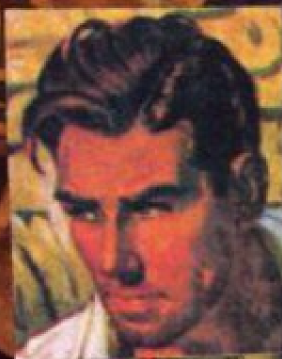
# DOC SAVAGE

por KENNETH ROBESON

# SECRETO EN EL CIELO



# Secreto en el cielo

Kenneth Robeson
Doc Savage/28

# CAPÍTULO I

### *FALLECE UN AMIGO*

NUNCA se ha dado caso más absurdo, más inverosímil, más descabellado, que el de Willard Spanner. Su historia apareció en todos los periódicos.

Sin embargo, de momento, todo el mundo creyó que se trataba de una broma, porque si bien es maravilloso este siglo Veinte en que estamos, hay cosas que, la verdad…

Exactamente a las doce del mediodía, hora oficial, había sonado el timbre del teléfono en el despacho instalado por Doc en un rascacielos neoyorquino.

El sol estaba en el cenit…

El timbre sonó hasta tres veces consecutivas, dejando, entre llamada y llamada, pausas lo suficientemente prolongadas para que las contestara cualquiera… de haber estado allí presente.

Luego, se estableció automáticamente la comunicación. Respondió a la llamada un aparato ingenioso, semi dictáfono, semi fonógrafo parlante, que era creación de la habilidad científica de Doc Savage.

Aquella placa de fonógrafo giró bajo la aguja y envió unas palabras al otro lado de la línea.

"Le habla un aparato mecánico desde el despacho de Doc Savage. El amo no está en casa. Pero lo que usted desee comunicarle será registrado por este dictáfono y leído después, por el mismo hombre de bronce."

—¡Doc! —balbuceó, en respuesta, una voz desfigurada por la distancia, y sobre todo por su paso a través de los amplificadores telefónicos—. Aquí en San Francisco. Te habla Willard Spanner. ¡Chico!, acaban de comunicarme una cosa tan terrible, que no me

atrevo a darle crédito…

La voz se apagó bruscamente, le sucedieron feroces gruñidos. Luego varios golpes. Se rompieron cristales allí, en San Francisco. De pronto se hizo un silencio sorprendente, que interrumpió, al cabo, un ¡clic! metálico.

Acababan de colgar el receptor al otro extremo de la línea.

La placa siguió girando un momento todavía en el despacho del rascacielos neoyorquino. Un reloj automático estampó la hora exacta en que se trasmitiera el mensaje, sobre un rollo de papel; luego el aparato se paró dispuesto a funcionar otra vez en caso necesario.

Eran las doce y dos minutos, hora oficial. Treinta minutos después, sobre poco más o menos, vibraron los hilos telefónicos de la Asociación de la Prensa y propalaron una noticia sensacional.

¡En San Francisco acababa de perpetrarse el rapto de Willard Spanner!

Ahora bien: Spanner era un nabab, lo que se llama persona de calidad. Y por ello, cuando le sucediera era digno de figurar en la primera plana de un periódico.

Mas todavía restaba saber lo más chocante del caso. Lo más sensacional se desconocía aún.

El examen post mortem a que se sometió su fortuna receló, más tarde, que ascendía a la suma de cinco mil dólares; una insignificancia para un hombre conocido, como él, en el mundo entero.

Por más que en otro tiempo declarara modestamente su “afición al manejo del microscopio” conocía lo mismo que un físico los gérmenes de una enfermedad, y asimismo sabía combatirla.

En cierta ocasión habíasele otorgado también el premio Nóbel. Los sabios y físicos que le conocían le tenían por genio en materia de ciencia, a pesar de que en la época de su fallecimiento no había cumplido aún los treinta años.

Por eso, al propagarse la noticia de su triste fin inesperado, físicos y sabios derramaron lágrimas de sentimiento. Ellos más que nadie se daban cuenta exacta de lo que perdía el mundo con aquella muerte.

La noticia provocó, asimismo, ataques de nervios a los periodistas, y en verdad que tenían motivo, ya que el cuerpo de

Willard fue hallado exánime en una de las calles de Nueva York, tres horas después de haber sido secuestrado en San Francisco.

En San Francisco se había llevado a cabo el rapto a las doce del mediodía; en cuerpo de la persona raptada era hallado en Nueva York, a las tres de la tarde del mismo día.

El primero en hablarle del caso Doc Savage fue un chiquillo pecoso, vendedor de periódicos, que era bizco también.

Pero no su persona, ni sus pecas, ni sus ojos defectuosos, guardaban más relación con el caso que la reacción operada en él, como en tantas otros personas, a la vista de su comprador más común.

Apenas hubo posado la vista en el hombre de bronce, abrió mucho los ojos y la boca, y se quedó embobado; más tarde, al venderle un ejemplar del periódico, adoptó una actitud temerosa, mezcla de respeto y de adoración.

—Le conozco, mister —confesó—. ¡Es usted Doc Savage! He visto su retrato en los diarios.

Doc estudió al chiquillo mientras le compraba el periódico y demostró un interés muy marcado por sus ojos bizcos.

—¿Llevas lentes? —le preguntó.

Tenía una voz muy notable, enérgica dominante.

—A ratos sí, señor; pero me produce dolor de cabeza —replicó el vendedor de periódicos.

Doc Savage le mostró una pequeña tarjeta de visita. No era ésta de papel blanco usual, sino de un papel de color de bronce y de un matiz ligeramente más claro que las letras impresas en él.

—¿Si te pido un favor accederás a hacérmelo? —le preguntó al propio tiempo.

—¡No faltaría más!

Doc escribió un nombre y dirección determinados en la tarjeta, y le dijo:

—Bueno, pues ve a hacerle una visita a este caballero.

Y siguió andando, y dejó todo perplejo al chiquillo.

El nombre y dirección que había escrito eran los de un oculista, cuya especialidad era precisamente la de afecciones de la vista similares a la que padecía el muchacho.

Más de una mirada siguió a Doc Savage a su paso por la calle, porque era un gigante de bronce, con un rostro notable por la

regularidad de sus facciones y con un cuerpo dotado de un sorprendente desarrollo muscular.

Sus ojos llamaban también la atención. Eran como líquidas charcas doradas continuamente agitadas por una fuerza invisible.

Él leyó los epígrafes del diario y los sueltos encabezados por ellos sin que ni la más pequeña contracción del semblante demostrara si sacaba o no de ellos materia digan de interés.

El rascacielos que albergaba su cuartel general era el más impresionante por sus dimensiones y su configuración arquitectónica de la ciudad de Nueva York.

Un ascensor particular, dotado de una velocidad vertiginosa, le elevó hasta el piso octogésimo sexto. Cruzó allí los umbrales de una pequeña puerta sencilla (esta puerta ostentaba un nombre en letras de bronce), y se halló en el interior de una sala de recibo provista de grandes ventanas, de soberbios butacones de cuero, de una mesa notable por su tamaño desusado y por sus ricas incrustaciones, y de una caja de caudales imponente.

En el suelo descansaba una pistola automática. Un cerdo, de largas patas y de orejas similares a las velas de una embarcación, daba vueltas y revueltas en torno del arma, gruñendo cual si estuviera disgustado.

En una silla estaba sentado un individuo. Como era muy bajo y la silla alta y voluminosa se hallaba colocada de modo que le daba la espalda a la puerta, Doc distinguió tan solo la parte superior de su cabeza, la coronilla, en la cual campeaban unos cuantos cabellos rojos y erizados.

El hombre de la silla le ordenó al cerdo, con una débil vocecilla infantil:

—¡Dispara esa pistola, Habeas, o te amarro por las cuatro patas!

Dando muestras de una inteligencia sorprendente, el animal posó en tierra el cuarto trasero, aplicó una pezuña sobre el gatillo y salió el tiro con ruido ensordecedor.

—¡Magnífico! —exclamó el hombre sentado en la silla—. Mantente derecho, Habeas. Piensa lo que puede suceder si te apuntan en el cuarto trasero con la pistola.

Doc llamó: —¡Monk!

—¡Ujú! —exclamó el hombre—. ¿Qué hay, Doc?

—Ese Willard Spanner era un amigo…

—Ya he leído en los periódicos la triste nueva de su muerte —repitió el químico con su vocecilla característica y doblemente ridícula por contraste con su cuerpo de simio.

—Parece ser que se apoderaron de él en San Francisco, a las doce del día… y a las tres de la tarde se le ha hallado muerto aquí. ¿Tú entiendes esto, Doc? ¿A quién debe faltarle un tornillo?

El rostro vulgarote de Monk se contrajo en innúmeras arrugas. Parecía amable, bobalicón. En realidad era uno de los químicos industriales más competentes de la metrópoli.

—¿Se habrá armado un lío el corresponsal respecto a la diferencia de horas locales? —agregó.

—No, porque justamente menciona la oficial de Nueva York —replicó Savage.

—Pues, entonces, o no ha sido Spanner el caballero raptado en California o no lo es el cadáver de la persona hallada aquí. En el transcurso de tres horas, bien lo sabes, no se viene de San Francisco a Nueva York ni tampoco lo ha intentado nadie hasta hoy.

Doc preguntó.

—¿Quién ha venido durante mi ausencia?

—Lo ignoro. Llevo poco tiempo en ese despacho. Ham acaba de decirme por teléfono que viene hacia acá.

El hombre de bronce penetró en silencio en la habitación vecina donde tenía instalado su laboratorio general, el más completo del mundo, y lo cruzó en dirección a una segunda pieza destinada a especializaciones en materia de química, electricidad y otras ciencias con ambas relacionadas.

Allí levantó la tapa del aparato parlante y puso la placa a girar.

Monk, que había seguido a Doc con el cerdo Habeas pegado a los talones aplicó atento oído y mientras el dictáfono reproducía íntegra la llamada de San Francisco, que tan violento fin había tenido, el asombro le movió a abrir mucho la boca. Doc Savage examinó la placa y vió estampada al pie la hora justa en que había cesado de oírse la comunicación telefónica.

—A las doce y dos minutos —dijo en voz alta.

—¿He oído mal o era la voz de Willard Spanner? —inquirió Monk.

—Sí, sí, la misma —replicó Doc.

—¿Será posible que te haya hablado desde el Oeste? —dijo,

incrédulo, el químico.

—¡Pronto lo sabrás!

Doc se acercó al teléfono, marcó en el disco el número correspondiente a "informaciones" y tras de hablar un momento con el empleado, colgó el receptor de su gancho. —Sí, en efecto, Willard fue quien me llamó al mediodía— le comunicó a Monk —. Justamente le raptaron mientras se hallaba dentro de la cabina.

Monk levantó al cerdo del suelo asiéndole por una de las orejas descomunales sin que el animal protestara de aquel rudo tratamiento.

—Entonces no puede ser el hombre muerto aquí —declaró.

—Ya lo averiguaremos.

—¿Cómo?

—Visitando la Morgue, donde debe hallarse a estas horas su cadáver.

Monk hizo un gesto de aprobación.

—Ham llegará de un momento a otro... —observó luego.

—No lo he olvidado —repuso Doc—. Le dejaremos una nota.

Aparentemente había escapado a la compresión de las autoridades locales que incluso un depósito vulgar de cadáveres puede alcanzar determinado valor estético y por ello, sin duda, un evidente mal gusto había presidido la construcción de la Morgue neoyorquina.

También estaba muy abandonada. Sus paredes sin encalar, aparecían tiznadas de hollín y la mugre, propias de una ciudad fabril. Los peldaños de su escalera ostentaban huellas del paso de varias generaciones.

Surcaban en todas direcciones la enorme calzada de piedra las ruedas de los coches fúnebres. Todas las ventanas estaban provistas de mohosas y gruesas rejas.

¿A qué obedecería esta precaución? No era fácil adivinarlo.

—¡Uf! La vista de ese feísimo edificio me crispa los nervios a pesar de ser poco impresionable por temperamento —confesó Monk al apearse del *roadster* que Doc acababa de detener frente a la Morgue.

El coche era increíblemente alargado, de color oscuro y, si bien tenía blindada la carrocería en irrompibles los cristales de las portezuelas y ventanillas, esto no se descubría a simple vista.

Monk tiró del cerdo asiéndole por la consabida oreja y murmuró:

—¿Por qué diantres se habrá dado muerte a Spanner? Era todo un caballero, y dudo que tuviera enemigos.

Doc aplicó el oído. En aquel momento se hallaba junto a la puerta de entrada del edificio. Un silencio profundo reinaba al otro lado y no vió sentado al empleado detrás de la mesa de despacho del recibidor.

Penetró en él precediendo a Monk.

—¡Hola! ¿No hay nadie por ahí? —gritó el químico.

El mismo silencio le respondió.

Monk olfateó el aire. Un olor peculiar, muy característico, impregnaba la atmósfera viciada de la pieza.

—Se diría que huele a un desinfectante —comentó—; pero hay algo más...

Doc se movió de pronto, con una celeridad tal, que pareció estallar en el aire. Pero verificó la explosión en silencio y, al cruzar el umbral de la puerta más próxima, puso en él un confuso, dorado manchón.

Aturdido, el químico comenzó a decir: —Oye; ¿qué te ha dado? Antes de oler...

Se interrumpió bruscamente.

De la oficina acababa de salir un desconocido, pistola en mano, y le advirtió con acento de amenaza:

—¡Arriba las manos! —Luego, el asombro le desorbitó las pupilas, porque había creído encontrar a dos hombres y solo veía a uno. No divisó a Doc que se hallaba precisamente junto a la puerta de la oficina.

Era un ente huesudo, de tez tostada, que parecía haber estado expuesta por espacio de mucho tiempo seguido a los ardores de un sol tropical.

Vestía un traje nuevo. Con todo, llevaba una camisa azul, de un tejido grueso descolorido por el constante lavado. La corbata, de un color igual, parecía haber sido puesta y quitada muchas veces sin deshacer el nudo, muy largo y prolongado.

Doc le atacó sin hacer ruido, con cegadora rapidez. El hombre le vió, mas no pudo esquivar a tiempo el golpe, y el puño del hombre de bronce le tocó en una sien.

El revólver que el hombre empuñaba estaba, evidentemente, amartillado, porque se disparó al instante y la bala abrió, limpio y redondo, un agujero en al pared, tras de Monk.

El químico lanzó un aullido y cayó sobre la puerta.

—¡Hola! Esto no en nada, ¿eh? —gritó al propio tiempo.

Doc había sido arrastrado por el impulso inicial y a la sazón se encontraba ya dentro de la oficina. En ella vió cuatro mesas, cuatro sillas giratorias y, alineadas en el suelo, a cinco personas.

Probablemente, cinco empleados de la Morgue. Ninguna de ellas estaba ligada o amordazada. Sin embargo, las cinco se mantenían en un estado de absoluta inmovilidad. Pronunciado olor a cloroformo pesaba en el aire.

En pie estaban otros dos individuos, de los cuales eran bajo el uno, alto el otro, y el primero llevaba zahones y tenía las piernas arqueadas hacia dentro.

Los dos tenían tostadas las caras por la intemperie.

El alto empuñaba en la diestra un revólver de acerados reflejos. En la izquierda sostenía un pañuelo impregnado de cloroformo.

El pequeño iba armado de rifle.

En mitad de la oficina yacía un informe montón de ropa.

Al cruzar Doc los umbrales de aquélla sonó el rifle automático, pero el tirador no había afinado bastante la puntería. En vista del éxito obtenido, disparó el arma por segunda vez.

Fallando el eyector al no expulsar el cartucho anterior, vacío.

—¡Maldito sea! —rugió el hombre del rifle.

—¡Tíralo! —le aconsejó su compinche—. Ya te ha dicho que no dejarás mucho el rifle porque lo inutilizarías.

Y así hablando retrocedió de un salto; no parecía darse prisa por hacer fuego, pero agitó en el aire el revólver con objeto de que lo viera Doc Savage.

—¡Repórtese! —le rogó, bromeando—. Y sobre todo, no oponga resistencia.

Doc alzó los brazos, pero no se detuvo hasta que el impulso tomado le hubo llevado al centro mismo de la pieza.

Monk atravesó a paso tardo el umbral de la puerta. Se detuvo, miró atento el revólver de acerados reflejos, cual si el arma fuera un ser extraño y levantó las manos, de romos dedos.

—¡Eso es razonable! —exclamó el hombre alto—. Con esta

fierecilla corto un pelo en el aire. También aquí, Stunted, es un buen tirador, sólo que el rifle le ha dado un chasco, porque creía conocerlo más que su propia madre.

Stunted, o sea el hombrecillo de las piernas arqueadas, estaba embebido en la contemplación del mecanismo interior del rifle.

—¡Ahora caigo! —murmuró—. Le he quitado tensión al muelle.

Monk dijo con un gruñido.

—Bueno, ¿qué hacen aquí, caballeros?

—Pues, le diré: nos agrada echarles de vez en cuando la vista encima a los cadáveres que hay aquí —replicó con acento seco el individuo alto—. Somos así…

Doc se encontraba tan cerca del montón de trapos que yacía en el suelo, que casi le tocaba con los pies. Era un lío atado fuertemente con un cinto de cuero.

Doc insertó debajo el dedo gordo del pie y le alzó con fuerza.

El sistema nervioso del hombre en capaz de registrar muy deprisa todas las impresiones. Indudablemente el hombre alto conoció que se le venía encima el proyectil improvisado, pero no pudo impedirlo. Sólo retrocedió instintivamente en el instante de recibir el golpe.

Un momento después se había caído de bruces al suelo y le mantenía inmóvil el pie que Doc le había colocado sobre el cuello.

Monk lanzó un alarido de triunfo y acometió a Stunted. Sus luchas eran siempre ruidosas.

Stunted empuñó el rifle con el ardor de un fanático, tratando de dispararle pero fracasó en el empeño. Entonces se sirvió de él para asestarle un golpe a Monk.

El químico se lo arrancó de las manos, como quien le arrebata un juguete a una criatura, y lo tiró al suelo, después de lo cual asió al hombrecillo por la mitad del cuerpo y le lanzó lejos de sí.

Había actuado con tan vertiginosa rapidez, que el hombrecillo no tuvo tiempo de defenderse, y cayó de cabeza quedando inmóvil.

Monk le miró guiñando los ojos pequeñuelos.

—¡Caramba! —exclamó—. ¿Le habré lastimado?

El individuo alto le dijo entre diente:

—¿Qué función de circo en ésta?

Monk palpó la cabeza de Stunted, la halló intacta y le retorció entonces una de las orejas, cuyo tamaño le había llamado la

atención, sin obtener respuesta.

El simiesco químico se volvió entonces contra el hombre alto.

—Conque una función de circo, ¿eh? Ahora lo veremos.

—¡Uf! ¡Váyase al demonio! —exclamó el otro.

Monk se le aproximó y se sentó sobre su magro cuerpo. Doc Savage levantó el pie y lo separó de su cuello. Monk le asió por ambas orejas y les dio un tirón violento. Parecía fascinado por la manera especial que tenían de salirle al hombre de la cabeza.

—¡Será un bonito recuerdo de esta aventura! —gruñó al propio tiempo.

—¡Calle! —le ordenó el hombre, impaciente—. Calle y dígame lo que piensa hacer conmigo.

—Dirigirle, ante todo, varias preguntas. Y tenga entendido que si se niega a contestarlas le haré picadillo.

—¡Naranjas!

—¿Tiene este raid, o como quiera que se llame, relación alguna con Willard Spanner?

—¿A usted qué le parece? —inquirió descaradamente el prisionero.

Monk le tiró de las orejas. Las lágrimas asomaron a los ojos del pistolero, que lanzó un juramento. Su voz era un doloroso lamento de agonía.

—¡Le mataré por eso! —prometió a Monk—. ¡Que me condene si no cumplo esta amenaza!

Monk hizo ver que se estremecía, sonrió y le dijo.

—Si llevase botas me verías temblar en ellas, bribón, pero no las llevo. ¿Qué has venido a hacer aquí?

Una voz inesperada declaró así:

—¡Veo, caballeros, que están ustedes de broma!

Monk sufrió violento sobresalto y se volvió a mirar a la puerta. Lo que vió allí le hizo atragantarse.

—¡Canastos! —exclamó. Y rápidamente se puso de pie.

El recién llegado era un atleta y empuñaba un revólver con el aire desenvuelto del que está acostumbrado a su manejo. Se había descalzado y esto explicaba que pudiera haber entrado en la oficina sin hacer ruido; esto y el débil murmullo del tráfico callejero siempre presente.

—¡Levántate! —le ordenó al individuo alto—. Enjúgate los ojos.

Bien; ahora coge ese lío de ropa. La aventura es digna de que la menciones cuando escribas a casa.

—¡Permite que mate antes a ese orangután! —aulló el hombre alto.

—Ya lo harás en otra ocasión —le sugirió su libertador—. Llévate ahora ese lío... oye: ¿quiénes son el orangután a que aludes y ese caballero de la piel bronceada?

—¿Cómo quieres que lo sepa? —dijo entre dientes el individuo alto. Tomó el lío de ropa y marchó en dirección de la puerta.

—Supongo que no dejarás aquí a Stunted, ¿eh?

Sin decir esta boca en mía el individuo alto cargó con el hombrecillo de los zahones y, no sin cierta dificultad, salió de la oficina.

El desconocido dirigió una mirada benévola a los dos camaradas. Sus ojos eran azules, mas esto no tenía nada de extraordinario.

¿Qué les pasaba, pues, a aquellos ojos, que llamaban enseguida la atención del observador? Pues, sencillamente, que se cruzaban a intervalos yendo a refugiarse junto a la nariz, tras de lo cual tornaban a enderezarse.

Su propietario parecía ejecutar aquel enderezamiento sin esfuerzo aparente.

Monk le preguntó:

—¿A quién pertenece ese lío de ropa?

—Responderán a esa pregunta las personas que van ustedes a ver dentro de poco —fue la respuesta que obtuvo.

Monk no se dio cuenta exacta de lo que sucedió después, porque se precipitaron los acontecimientos. Doc tuvo que leer por fuerza las intenciones que se traía el hombre de las pupilas movibles y por ello embistió de pronto.

El revólver se disparó. Pero el bizco había tratado de desviar la puntería apuntando a Doc en lugar de amenazar con el arma a Monk y no pudo hacerlo del todo. Su bala se incrustó en la pared. Luego Doc asió el revólver.

El desconocido lo soltó. De un salto se hizo atrás, emprendió veloz carrera, ganó la puerta y desapareció. Simultáneamente comenzó a gritar.

Sus aullidos originaron ruido de pasos en la habitación vecina.

Evidentemente había más hombres en la casa.

Doc asió a Monk por un brazo y tiró de él hacia sí. Con él penetró en un cuarto oscuro y cerró la puerta, corriendo luego el cerrojo.

En torno de la cerradura saltaban ya los proyectiles. La madera de la puerta se astilló. Sin embargo, la cerradura resistía. Uno de los asaltantes invisibles asentó un puntapié a la puerta. Monk rugió una amenaza.

Ya no volvieron a oírse más puntapiés no más tiroteo. El silencio tornó a imperar en la Morgue con la sola excepción, desde luego, del rumor que originaba el tránsito rodado en la calle.

Monk miró a Doc.

—El individuo ese del juego de ojos pensaba matarnos a los dos.

Doc no hizo comentario alguno a la salida de Monk. Aplicó el oído un momento y después abrió la puerta del cuarto. La oficina estaba desierta.

Avanzó unos pasos. Más allá uno de los cloroformizados empleados del depósito comenzaba a despertarse y sentirse mal.

En la calle no había señales del paso de los violentos *raiders*. Ni tampoco se divisaba el lío de ropa dentro o fuera del edificio.

El empleado comenzó a balbucear.

—Buscaban las ropas de un cadáver —murmuró—

—¿De quien? —interrumpió Doc Savage.

—Del de Willard Spanner —replicó el empleado.

# CAPÍTULO II

### *VAMPIROS*

DOC Savage salió a la calle y allí hizo averiguaciones. Los bandidos habían partido ya en dos coches respecto a cuya marca no lograron ponerse de acuerdo las personas interrogadas por él.

—Lo más probable en que se equivoquen todos —observó con un gruñido Monk. Varias veces había dirigido ya a Doc miradas de ansiosa expectación, mas el hombre de bronce no parecía dispuesto a emprender la persecución de la banda.

Siempre que se trababa de resolver problemas de aquella índole, se atenía a una característica e invariable regla de conducta. Lo que hizo fue volver a entrar en la Morgue y examinar a las personas cloroformizadas.

Todas estaban ya fuera de peligro.

—Pues nosotros —comunicó al empleado—, veníamos a ver el cuerpo de Spanner.

—¡Ya! ¡Qué coincidencia! —exclamó el empleado dirigiéndole una sonrisa, leve, de ironía. ¿Por qué las personas que se hallan en estrecha relación con los muertos se mostrarán dispuestas a alardear de tener buen humor?

Los cadáveres depositados en la Morgue ocupaban una larga sala y se hallaban tendidos sobre grandes tableros de mármol.

Como el empleado continuaba sometido aún a los efectos del cloroformo, una vez que hubo dado con el número de orden del cadáver buscado, tuvo Monk que ayudarle a sacarlo del plano inclinado donde se hallaba.

Doc examinó largo tiempo aquel cuerpo.

—Sí, es el de Willard Spanner —murmuró al cabo.

Y salió con Monk de la sala.

Monk se rascó la cabeza.

—Pero el hombre raptado en San Francisco —dijo—, no puede ser el propio Spanner...

—Su voz ha sido registrada por el dictáfono, sin embargo —le recordó Doc.

—Tú dijiste que lo era. ¿Estas seguro de no haberte equivocado?

—Me parece que no —replicó Doc pausadamente.

Ambos examinaron a los empleados, insensibles aún, dieron a los agentes de policía recién llegados una explicación detallada de lo sucedido en la Morgue durante el pasado raid, y a continuación se aproximaron el roadster.

Monk reflexionaba hondamente. De pronto hizo una castañeta con los dedos.

—Pienso en el lío de ropa que se han llevado esos bandidos —explicó a Doc—. ¿Para qué diantre lo querrán? La policía le había registrado ya los bolsillos a Spanner sin hallar en ellos nada.

—Así y todo, alguna importancia tendrá. De otro modo no se hubiera expuesto esa banda a atraer sobre sí la atención general.

Desde la puerta de la Morgue les gritó un agente:

—¡Eh! Llaman a mister Savage por teléfono.

Doc y Monk volvieron atrás. Doc tomó el receptor y dijo: —¿Diga?

Una voz sonora, melodiosa, le contestó apresuradamente. Era la voz de un orador y se expresaba con el acento particular de los estudiantes de Harvard.

—He llegado a la Morgue a tiempo de ver lo que ocurría fuera de ella —explicó a Doc—, y por ello he emprendido la persecución de sus asaltantes. Éstos se hallan, a la sazón, entre la Albemarle Avenue y la Trame Street. Os aguardo en la esquina.

Doc replicó: —Dentro de diez minutos estaremos ahí.

Y colgó.

Monk se plantó en la calle en cuatro saltos, preguntando al propio tiempo:

—¿Quién era?

—Ham —le contestó Savage.

—¡Ah! ¡El picapleitos! —gruñó Monk con infinito desdén.

La avenida Albemarle resultó ser una doble alameda abierta en las afueras de la ciudad. Allí, donde se extendiera en otra época una

fangosa marisma.

Trame Street no era, en realidad, más que un nombre aplicado a una extensión cubierta de hierba, verdadera marisma a la sazón.

Anochecía cuando Monk y Doc Savage llegaron a ella en el coche.

—Ahí está Ham —dijo Monk a su camarada.

Ham salió de la herbosa avenida, saltando para evitar que se manchara el nítido borde de sus pantalones y avanzó con el bastón bajo el brazo.

—Aquí tenemos al figurín de moda —gruñó Monk cuando le tuvo al lado.

—¡Hola, estúpido! —replicó Ham insultándole descaradamente.

Y ambos cambiaron una mirada centelleante.

Ham abrió la portezuela del roadster junto a la cual se hallaba Doc sentado ante el volante y le dijo:

—He leído la nota que me dejaste en el despacho del rascacielos, y como me ordenabas en ella que me dirigiera a la Morgue sin perder momento, así lo hice. Como te he comunicado ya por teléfono he seguido a la banda asaltante…

—¿Dónde está? —interrogó Doc, interrumpiéndole.

Ham le señaló con el dedo la marisma.

—Ahí detrás, en un criadero de ostras.

—¿En un criadero de ostras? —repitió Monk con aire incrédulo.

—Sí; probablemente se sirven de él como de pantalla —dijo Ham—. Y a propósito: ¿qué es lo que hay detrás de todo este enredo?

—¡Hum! Se presenta muy complicado todavía —dijo Monk con un resoplido—. De momento sabemos: primero, que se raptó a Willard, de San Francisco, al mediodía y que a las tres de la tarde se le halló muerto en las calles de Nueva York. Segundo: que una banda de malhechores ha asaltado el depósito donde se hallaba su cadáver y que se ha llevado sus ropas. No más ni menos.

Ham dijo: —Voy a llevaros hasta ellos. Todavía llevan el lío de ropa.

La marisma ofrecía algunos puntos firmes de apoyo y en ellos sentaron la planta los tres hombres. El resto del terreno estaba cubierto de agua.

Esta alcanzaba en unos sitios de una a dos pulgadas de

profundidad; en otros la profundidad era mucho mayor. Monk lo comprobó por sí mismo al hundirse en ella, en cierta ocasión, hasta la cintura.

Un banco de nubes que avanzaba en dirección Este acortó el crepúsculo y los tres camaradas se hallaron rodeados, al cabo, de tinieblas. El uso de las lámparas de bolsillo hubiera descubierto su posición al enemigo; un avance acelerado a través de la herbosa marisma era imposible. Por lo menos sin hacer ruido.

Doc se reveló como siempre en los momentos de apuro.

—Vosotros avanzad despacio —ordenó a sus compañeros—, y no tratéis de acercaros demasiado al criadero.

Monk comenzó a decir:

—¿Y tú…? ¿Qué es lo que…? —pero no concluyó la frase. El hombre de bronce se había desvanecido en la oscuridad.

Monk aguzó el oído y meneó la cabeza. Le era difícil concebir cómo podía moverse Doc con tanto sigilo.

Sin embargo, no era innata en él aquella habilidad del hombre de bronce, sino el producto de largas horas de práctica: en estudio prolongado de los maestros en el arte; las fieras carnívoras de la selva.

Llevaría recorridas unas doscientas yardas, cuando sucedió una cosa extraordinaria, algo que, más tarde, debía asumir un terrible significado y una enorme importancia.

Se oyó un estallido singular. Eso es, un estallido largo y prolongado, no una serie de pequeños sonidos emitidos en rápida sucesión.

El vocablo estallido en el más adecuado para designar aquel estruendo inesperado que conmovió la marisma. Comenzó de manera apenas perceptible y en el término de dos segundos alcanzó una sonoridad sorprendente.

Doc levantó la vista. Pendiente del cielo vió entonces lo que parecía ser un cable de fuego tendido de extremo a extremo. El cable desapareció enseguida.

Aquel fenómeno tenía algo de sobrenatural. Era sencillamente, pavoroso.

Doc se agachó, permaneció un instante en esta postura, escuchando, con las doradas pupilas fijas en el espacio. Pero ya no vió nada más y continuó marchando en dirección del criadero de

ostras.

Percibió el olor de las ostras mucho antes de divisar el bajo edificio en la playa. De él salía un malecón, a la manera de porche lateral, y evidentemente el canal que aparecía más allá había sido dragado para los botes del criadero.

El edificio propiamente dicho se destinaba, exclusivamente, a la selección y apertura de ostras.

Sus conchas, diseminadas por la playa, formaban verdaderas pirámides cuando no permanecían incrustadas en la arena, dificultando el avance de Doc.

El continuado rumor del oleaje ahogaba los pequeños ruidos, mas, así y todo, muchas conchas, petrificadas, crujieron, ruidosas, bajo sus pies, y en cierta ocasión tuvo que hacer alto con objeto de desprender las que se habían adherido a la suela de sus zapatos. El ala lateral del criadero a que se aproximó estaba sumida en tinieblas.

Describió entonces media vuelta en torno de la casa y aparecieron ventanas iluminadas.

El olor de las ostras se tornó mas pronunciado Doc vió dos pequeñas goletas amarradas al muelle y reparó en la iluminación de sus camarotes.

Poco después se apagó la luz y tres hombres ascendieron la escalera de la cámara. Bajaron al muelle. Uno de ellos había encendido la lámpara de bolsillo y su luz iluminó a los tres.

Uno era Stunted. Sus compañeros eran el individuo alto y el de los ojos bizcos. Este último iba cargado con un lío de ropa.

Stunted venía diciendo:

—Sostengo que puede modificarse el cañón de un rifle sin que el arma parezca detrimento…

—¡Eh, qué demonio! —El hombre alto arrojó de su boca un esputo. Parecía disgustado—. Parece mentira que te ocupes tanto de ese chisme cuando sabes que tenemos motivos más serios de preocupación. ¿No te impresiona saber que el hombre de bronce hallado en la Morgue es el propio Doc Savage?

Stunted hizo alto de súbito.

—Óiganme, señores —dijo—. Hace rato que les oigo cacarear como gallinas a la sola mención de ese Doc Savage. Pero díganme una cosa.

—¿Qué cosa? —repitió el individuo alto.

—¿Es cierto o no que, dado lo que poseemos, no tenemos que temer a persona alguna de este mundo?

—¿Aludes a...?

—¡A lo que sabéis! Hace rato que habéis visto una raya en el cielo y habéis oído el estruendo que la acompañaba, ¿no es cierto? Pues bien: responded ahora a mi pregunta.

—¡Haf! —El hombre alto volvía a escupir—. No es exactamente que le tengamos miedo —explicó a Stunted—. Pero sí me parecería más conveniente que no hubiera aparecido por al Morgue. No olvides que es hombre temible.

—No lo olvido —replicó Stunted—. Dad vosotros también al olvido vuestros temores. La situación no puede ser más favorable para nosotros actualmente. Ese Doc Savage no ha dado con nuestra pista; en nuestro poder tenemos ese lío de ropa. Todo está previsto... ¿Qué más podemos desear?

El individuo alto prorrumpió en una tremenda carcajada.

—¿Qué te ha dado? —Gruñó Stunted.

—Nada. Pensaba —explicó el otro—, en el asombro de las gentes. A estas horas deben preguntarse, atónitas, cómo ha podido hallarse Spanner en California a las doce del día y aparecer muerto aquí a las tres de la tarde.

Doc estaba, a la razón, muy cerca de ellos. Tan cerca, que, de extender al brazo, hubiera podido asir a cualquier componente del trío en el momento en que pasaban por delante de él.

El más silencioso de los tres, que era el de la vista defectuosa, iba a retaguardia. Doc había estado agachado. Se puso de pie.

Su puño produjo entonces un sonido semejante al chasquido de los dedos en la mandíbula del bizco. El hombre cayó. El lío de ropa voló por el aire, cayó a un lado.

Sucedieron entonces una serie de cosa sorprendentes. Las tinieblas vomitaron seres humanos. Por lo menos aparecieron una docena de hombres en el teatro de la lucha como por arte de magia.

Cada uno de ellos llevaba una lámpara de bolsillo y un revólver.

—¿Le cogemos vivo? —gritó uno, interrogando.

—No mucho —le respondió otro que era, evidentemente, jefe de la pandilla.

Doc echó a andar en dirección del punto ocupado por el lío de

ropa. Un hombre saltaba por encima de él; en aquel momento se le acercó, revólver en mano. El arma vomitó fuego.

Doc se dejó ir de través, iniciando un retorcimiento. La lluvia de plomo pasó, sin tocarle, por encima de su cabeza.

Entonces se dejó caer al suelo y se echó a rodar. Las altas hierbas de la marisma le ocultaron a la vista de los bandidos. Cuando hubo recorrido así unos doce metros dobló a la izquierda.

Los proyectiles rasgaron la hierba con sordos gruñidos...

Frente a él se destacó de la oscuridad una pira de conchas de ostras.

El hombre de bronce se situó detrás, corrió veinte pasos, descendió a un foso lleno de barro, pero no de agua, y aguardó allí, escuchando.

Stunted gritaba ya:

—¡Estás detrás de ese montón! ¡Si tuviera aquí el rifle me verías colocarle una píldora en su mismo centro!

—¡Mueve más tus piernas, y menos tu lengua —le recomendaron.

Los bandidos se diseminaron impedidos por el ardor de la persecución.

A guisa de precaución avanzaron por parejas, pero guardando entre sí cierta distancia para no ser sorprendidos a un tiempo. De esta manera, no podía sucederle nada a uno sin que se interese el otro.

Stunted gritó:

—¡Tunantes! Vosotros sabíais que él estaba aquí, pero ¿cómo?

—Aun cuando te lo dijéramos no lo comprenderías —le replicó una voz.

Stunted profirió un juramento.

—Vamos, hombre, ¿cómo lo habéis sabido? —Insistió.

—Es muy sencillo. En torno de este paraje hemos tendido una red de alambres...

—¡Y un jamón! —protestó el hombrecillo—. Yo no he visto tal alambrada...

—Porque está bajo tierra —profirió vivamente la voz—. A cubierto. Pero todo aquel que la pise altera de tal modo la potencia de un campo eléctrico de alta frecuencia que actúa sobre un aparato de alarma anexo.

—Bien, ¡qué me ahorquen si lo entiendo! —confesó Stunted.

Doc Savage tomó nota mental de la explicación. Parecíale evidente que una persona dotada de una cultura muy superior formaba parte de la banda, porque un sistema de alarma tan perfecto como aquél no era imposible de obtener, ciertamente, pero su construcción requería un conocimiento técnico poco común en materia de electricidad.

A rastras se alejó del lugar que ocupara, cruzando por entre las altas hierbas de la marisma.

Pero no fue muy lejos. Recorrido que hubo una veintena de pasos hizo alto.

Luego dedicó un momento a poner en juego los músculos de su garganta, que iba a poner en movimiento con objeto de obtener un efecto determinado.

—¡Manos arriba, muchacho! —exclamó muy fuerte, con su voz natural.

Y apenas hubo transcurrido una fracción de segundo tornó a gritar. Sin embargo, esta vez su acento era una imitación perfecta del de un ser asustado en grado sumo.

—¡Es Doc Savage! —fue el suyo un chillido agudo y penetrante —. ¡Que nos dé alguien una mano, compañeros!

El resultado de esta petición fue instantáneo... y ruidos. Los bandidos aullaron, iracundos, y marcharon marisma adelante con gran estruendo. Doc había logrado engañarles por completo.

Seguro, pues, de que les había alejado, emprendió carrera, pero no huída.

Describía un círculo perfecto para acercarse al montículo de conchas cerca del cual atacara al trío. Deseaba apoderarse del lío de ropa.

Al llegar frente al montículo, se detuvo a escuchar. Los bandidos lanzaban gritos de cólera, pero no estaban cerca. Uno de ellos había dejado caer la lámpara en su excitación.

Sus rayos no herían directamente el lugar donde estaban las prendas de ropa, pero a su fulgor atenuado el hombre de bronce descubrió el lío. Distaban de él unos treinta pies sobre poco más o menos y ocupaba un espacio despejado.

Doc continuó escuchando. Su oído era notable, porque lo tenía adiestrado desde la infancia por el uso constante de un aparato

calculado para desarrollar hasta el límite su sensibilidad. Evidentemente sorprendió Doc un levísimo sonido, pues de debajo de su ropa extrajo un rollo, sedoso, de cuerda, unido al cual, por un extremo, iba un pequeño artefacto plegable, semi gancho, semi arpón, de hierro.

Que Doc se hallaba acostumbrado a su manejo lo demostró la desenvoltura con que lo arrojó lejos de sí. El gancho prendió un el lío de ropa, lo pescó.

Doc tiró de él sin abandonar el refugio protector del montón de conchas.

Simultáneamente, Stunted y sus dos compinches salieron, dando un salto, del punto donde se inclinó, recogió las prendas de ropa del suelo y emprendió carrera.

¡Pom! ¡pom! Hicieron las armas de fuego a su espalda. Él se plantó, de un bote, al lado derecho del camino, y de éste al izquierdo, zigzagueando.

Luego dio media vuelta y mudó de dirección.

Esta fue una acción de las más prudentes porque, detrás, tableteó de pronto una ametralladora y su hilada de postas regó la hierba del lugar que acababa de ocupar Doc.

El hombre que estaba detrás de ella no abrió un fuego “ de abanico”. Por el contrario, lo concentró en un punto hasta agotar la provisión de municiones.

Cuando lo hubo hecho, le oyó Doc proferir maldiciones.

En aquellos momentos se había alejado bastante de la ametralladora y oía gruñido, alaridos de rabia, proferidos por los bandidos, que registraban la marisma cenagosa.

—¡Monk! —llamó en voz baja—. ¡Ham!

La pareja se hallaba metida en el lodo hasta la cintura. Doc los liberó y se le unieron en la huída.

—¡Este mono de Monk en quien me ha metido en tal berenjenal! —dijo en son de queja el abogado.

Monk halló a su cerdo favorito y lo cogió antes de responder:

—¡Mentira! ¡Has sido tú, picapleitos, el que llevaba la delantera!

El rumor de la persecución se debilitaban, por momentos, detrás de los tres y se hizo patente que ya no caerían en manos de sus enemigos.

—Tenemos que hacer algo —insinuó Monk—. Yo no quiero

dejar así a esos bandidos.

—La policía se cuidará de eso —le prometió Doc.

Él, Ham y Monk habían llegado ya al piso instalado en el rascacielos, cuando la policía les comunicó por teléfono el resultado de su raid, originado por la enérgica protesta del propio hombre de bronce.

El criadero de ostras, le dijeron, había sido descubierto, sí, pero vacío ya.

Los pájaros habían volado.

—Esos tunantes se hallan organizados de una manera perfecta —observó Ham—. De otro modo no podrían actuar tan deprisa. Han abandonado su madriguera en vista de que la hemos descubierto.

Monk asió al cerdo por una oreja y lo tuvo suspendido un momento en el aire balanceándolo, procedimiento que parecía agradar al animal.

—Lo que no se me alcanza ahora en —murmuró—, el significado de aquella estela de fuego que hemos visto surcar el espacio. ¿La divisaste tú también, Doc?

El interrogado afirmó con una inclinación de cabeza.

Monk insistió: —¿Oíste asimismo el estruendo que acompañó su aparición?

Doc volvió a inclinar la cabeza; luego replicó:

—Los bandidos hicieron alusión a ambos fenómenos mientras estaba yo oculto cerca de ellos, junto al criadero de ostras. Parece ser que los dos guardan una misteriosa relación con los proyectos de la banda.

Monk dejó caer al cerdo.

—Oye: ¿cuáles serán éstos? —interrogó, perplejo.

El timbre del teléfono sonó en aquel momento, deteniendo la respuesta semi formulada ya por los labios de Doc y una voz le notificó desde el otro lado de la línea:

—Habla con la Jefatura Central de Policía. Como se interesa en el asesinato perpetrado en la persona de Willard Spanner se le comunica que han robado su cadáver de la Morgue.

—Querrá decir sus ropas, ¿no?

—No, señor; su cuerpo. Primero se substrajeron aquéllas, y quince minutos después los bandidos se apoderaron también del cadáver.

—¿Está seguro de que han sido los mismos?

—Segurísimo —replicó el agente.

—Y, ¿han logrado escapar?

—Hasta ahora sí.

Doc había conectado al teléfono un altavoz amplificador de sonidos (procedimiento que seguía siempre durante las llamadas telefónicas que juzgaba dignas de interés) y por ello sus ayudantes pudieron oír el dialogo entablado.

—¡Por Jove! —exclamó Ham—. Me choca que los bandidos no se hayan apoderado de ese cadáver desde un principio.

—En el criadero les oí declarar que estaban dispuestos a “cuidarse del resto”. Ahora comprendo lo que eso significa: el cadáver de Spanner —manifestó Doc.

Ham levantó del suelo el lío de ropa.

—Por lo menos aquí tenemos esto —dijo—. Puesto que los bandidos tenían gran empeño en apoderarse de él, examinémoslo y veamos lo que contiene.

Monk se levantó, gruñendo, de su asiento.

—Si, examinémoslo —aprobó—. Quizá, como se relata en los libros de aventuras, se hayan cosido a esas prendas documentos, el contenido de los cuales va a dejarnos boquiabiertos.

Ataba el fardo de ropa una cuerda cuyos nudos parecían hechos por un marinero. Ham se apoderó de él y ensayó primero deshacer el nudo, luego trató de romperlo en vista de que no conseguía lo que deseaba y, al cabo, con forzada sonrisa, tuvo que desistir de su empeño, frotándose las manos doloridas.

Doc examinó la cuerda.

—No —decidió luego—. Este lío no ha sido atado por ningún hombre de mar.

—Tampoco se expresan los bandidos como si lo fueran —observó Monk—. ¿De que parte del país serán oriundos, Doc?

—Del oeste, o del sudoeste —replicó el hombre de bronce; y, sin esfuerzo aparente, rompió la cuerda que había resistido a Ham. Una vez hecho esto examinó la ropa del difunto.

—¡Nos han tomado el pelo! —exclamó después—. El lío les sirvió de cebo. Él me hizo volver, y me hubieran asesinado junto al montón de conchas vacías, de no andar yo listo.

Monk dio un respingo de sobresalto.

—Eso quiere decir…

—Que seas prendas no son las de Willard Spanner —le aclaró Doc—. Pertenecen a un hombre más alto y más grueso.

A Monk se le escapó un gemido.

—¡Nos han hundido!

—Todavía no —replicó Doc—. Aun nos resta una probabilidad de éxito.

# CAPÍTULO III

## *EL NATURAL DE OKLAHOMA*

DESPRENDIÓ el auricular de su gancho y marcó un número en el disco.

—¿Jefatura de Policía? —interrogó—. ¿Sí? Pónganos en comunicación con el departamento de homicidios —Hubo una breve espera—. ¿Homicidios? Habla Doc Savage. Tengo entendido que acostumbran ustedes a sacar fotografías de los lugares donde se ha cometido un crimen y asimismo de los cuerpos de las víctimas. ¿Podrían proporcionarme, si en así, una copia de las fotos que hayan sacado del cadáver de Spanner?

—Le enviaremos los originales —le prometió la voz del agente desde la sección de homicidios.

—¡Espléndido! Háganlo inmediatamente por conducto de un mensajero.

No tenía nada de extraordinario que le hubieran prometido el envío de aquellas fotos sin poner dificultades de antemano, porque desempeñaba en el cuerpo de agentes un alto cargo que, no por ser honorífico, era menos real y verdadero.

Dicho cargo le fue conferido como recompensa por la ayuda prestada anteriormente a la policía.

El trabajo a que dedicaba Doc su vida entera era el de sacar al prójimo de apuros… siempre que se mostrase digno de ello. Era esta una carrera singular que le aportaba escasos emolumentos. Pero no necesitaban dinero.

Siempre que el caso lo requiriese tenía acceso a las arcas de un tesoro fabuloso. Además, seguía aquella carrera por el placer y la emoción que ella le proporcionaba. Y sus cinco ayudantes habíanla emprendido por idéntica razón.

Monk y Ham eran dos de ellos; los tres restantes se encontraban, a la razón, en el norte del estado de Nueva York. Allí mantenía Doc Savage una notable institución benéfica, destinada a transformar en seres honrados, mediante un tratamiento que incluía operaciones en el cerebro, a los criminales de los cuales se apoderaba.

Las mencionadas operaciones quirúrgicas borraban de sus mentes todo recuerdo del pasado y sucedía a ellas un curso de estudios adecuados a la inteligencia y vocación de cada paciente.

Monk observó, con el ceño fruncido:

—Yo no le veo utilidad a esas fotografías. ¿De qué pueden servirnos?

Doc no le respondió. Al parecer, no le habían oído. Sin embargo, Monk no se mostró resentido. Aquello sucedía con frecuencia. Lo que hizo fue salir a la calle y de ella volvió trayendo un periódico correspondiente a la última edición de la noche.

—¡Mirad! —Con el dedo señaló a sus camaradas un suelto determinado.

Ambos leyeron:

*LLUVIA INESPERADA DE COMETAS QUE LA CIENCIA NO ACIERTA A EXPLICARSE*

*“Los habitantes de la ciudad de Nueva York, y más particularmente aquellos que residen en el pantanoso distrito de Long Island, presenciaron, a primera hora de la noche, el paso de un cometa. Muchos de ellos oyeron, al propio tiempo, un sonido detónante y divisaron en el cielo una estela luminosa.*

*“De nuestras indagaciones se deduce que tan extraordinario fenómeno ha sido presenciado, en estos últimos días, desde varias regiones de los Estados Unidos”.*

Monk observó:

—Lo que no dice aquí es, justamente, lo que más nos interesa averiguar: ¿Desde que puntos distintos se ha presenciado el paso de otros cometas?

—Telefonea a la redacción de ese diario y te lo dirán —le aconsejó Doc.

Monk se aproximó al aparato, marcó diferentes números en el disco y, al cabo, colgó el auricular. Parecía estar perplejo.

—Me dicen que los cometas han hecho su aparición inesperada durante los últimos quince días trascurridos —manifestó a su jefe—.

Varios han sido vistos en torno a San Francisco (quizá se relacione el fenómeno con el asesinato de Willard Spanner); pero la mayoría han surgido en el cielo de Tulsa, en el estado de Oklahoma.

Doc Savage examinó el lío de ropa.

—¡Ven aquí! —le rogó de pronto, y le señaló la etiqueta cosida en el reverso del cuello de una chaqueta.

“SASTRERÍA EL HOMBRE VIEJO”
Tulsa. Oklahoma.

Monk observó con un gruñido:

—Habrá que ver eso.

Doc Savage llamó a la central telefónica y a causa de lo intempestivo de la hora transcurrió algún tiempo sin que obtuviera la conferencia pedida.

Entretanto, procedente, logró saber por el sastre de Oklahoma el nombre y apellido del individuo a quien vendiera la chaqueta que correspondía a esa descripción.

—Esa prenda ha sido confeccionada por encargo de un tal Calvert R. Moore —le dijeron desde Tulsa.

—¿Qué sabe usted de él?

—Que es hombre acaudalado —titubeó un instante el sastre, y después agregó—: también es muy ladino en cuestión de negocios pero no malo, ¿sabe? Sino... ¿Cómo se lo explicaría yo...? Un poco aprovechado.

—¿Qué más?

—Últimamente había desaparecido...

—¿Qué dice usted?

—Que ha desaparecido.

—¿Se trata, quizá, de un secuestro?

—No, me parece que no. Dejamos de verle hará cosa de dos semanas, en decir, el día mismo en que desapareció Quince Randweil.

Doc repitió en tono vivo:

—¿Quince Randweil? ¿Quién es ese caballero?

—El dueño y principal accionista de una empresa local que organiza carreras de perros —le explicó el sastre.

—¿De veras no saben ustedes lo que ha sido de esos señores? —insistió Doc.

—Nada en absoluto.

—¿Y les tienen ustedes por hombres honrados?

—Le diré: no se sabe que hayan estado en la cárcel —replicó el sastre, que era un individuo franco y hablador.

Monk miró a Doc de soslayo en cuanto hubo concluido la conferencia por teléfono.

—¿Qué hay? —deseó saber.

—Lo siguiente: hará cosa de dos semanas que desaparecieron misteriosamente de Tulsa dos individuos llamados "Leases" Moore el uno, y el otro Quince Randweil. En ese lío está el traje llevado por el primero.

El hombre de bronce pasó, después de la declaración, a examinar las fotografías sacadas al cadáver de Spanner. Este había muerto a tiros.

Tenía incrustadas dos balas en el pecho.

Pero, otra herida, un corte en una muñeca, llamó la atención del hombre de bronce.

—Este corte no es reciente —explicó a sus camaradas—. Reparad en que ha sido colocado, indica la intervención de un facultativo. El propio Willard no hubiera podido aplicárselo en semejante forma. En la Morgue reparé en este detalle; pero como por desgracia no estaba muy cerca del cadáver, no pude asegurarme de ello.

Monk pareció sorprenderse. No sucedía a menudo que el hombre de bronce tuviera que examinar por dos veces lo que veía una vez sola.

—Bueno, dime a dónde va a llevarnos todo esto —deseó saber.

—A averiguar si es o no una misma persona el hombre raptado en San Francisco y el asesinado aquí, en Nueva York —le explicó Doc—, ya que parece imposible por falta de tiempo.

Otra vez recurrió al teléfono padre ponerse al habla con la Jefatura de Policía de San Francisco, en la cual le dieron la dirección del hotel que había hospedado a Willard Spanner.

Incidentalmente se le informó que Spanner había llegado a la capital californiana el día anterior a su desaparición.

La llamada al hotel tampoco fue infructuosa. Willard Spanner había resbalado en el momento de entrar en el cuarto de baño y, a consecuencia del resbalón, su brazo había entrado en contacto con una repisa de cristal colocada sobre el lavabo. La repisa se había

roto haciéndole un corte en la muñeca.

El médico del hotel le había vendado la herida que, sin ningún genero de duda, era la misma puesta de relieve por la fotografía.

—¡Uf! —hizo el químico—. Volvemos a la misma canción. A saber: que se raptó a Willard en San Francisco tres horas antes de hallarse asesinado aquí.

Ham hizo un movimiento con su bastón.

—¡Pero eso no puede ser! —exclamó.

Monk se alzó de la silla.

—Te ha llevado algún tiempo el obtener esas conferencias y quizá se haya tirado, entretanto, otra edición de diarios. Voy a ver.

Cuando regresó, al cabo de un instante, venía excitadísimo.

—¡Ved esto, ved esto! —exclamó mostrando a sus camaradas dos números extraordinarios.

Grandes epígrafes, negros, relucientes, encabezaban la siguiente gacetilla:

*“SE PIDEN CINCUENTA MIL DÓLARES POR EL RESCATE DE SPANNER”*

*“El director administrativo de un conocido diario de San Francisco acaba de recibir una carta en la cual se afirma que vive todavía Willard Spanner, de quien se dice que fue asesinado durante la tarde de ayer en Nueva York, y que se le pondrá en libertad, previo pago de la suma de cincuenta mil dólares.”*

Aunque breve, la gacelita no acababa aquí, mas toda la miga de la historia estaba condensada en el epígrafe que la encabezaba.

Monk miró a Doc.

—¿No te parece que es conveniente que averigüemos lo que hay de verdad en esto? —le preguntó—. Ham y yo podríamos ir a California…

—Los tres vamos a dirigirnos allá —le aseguró Savage—. Antes dejaremos aquí una nota rogando a nuestros camaradas que, a su vuelta del norte, procedan a efectuar las indagaciones que mejor les parezca. Ellos pueden encargarse de la solución de una parte del problema presentado por el asesinato de Spanner en Nueva York.

—Y de la otra parte, de la que se relaciona con Oklahoma, ¿quien va a cuidarse? —deseó saber Ham.

—Nosotros, naturalmente. Visitaremos Tulsa y San Francisco.

Tulsa se considera centro importante en la industria del

petróleo, y como la mayoría de sus industriales se ven obligados a viajar, con frecuencia, por vía aérea, es, y con razón, el aeropuerto local, fuente de orgullo inagotable para los habitantes de la región.

Los faros del mencionado aeropuerto de inundaron de esplendorosa luz cuando Doc Savage aterrizó en él con su veloz aeroplano. La escuadrilla nocturna de mecánicos le rodeó, al punto, y le contempló llena de admiración.

Uno de estos mecánicos corrió a la vecina escuela de aviadores y a poco regresó acompañado por un grupo de estudiantes de aeronáutica, vestidos del modo más pintoresco del mundo.

Quiere decirse que no iban vestidos del todo.

Era aquella una ligera aeronave trimotor cuyos motores, colocados en las alas, apenas eran visibles. El fuselaje tenía una forma adecuada para permitir el amaraje del aparato, y el tren de aterrizaje era retráctil.

La cabina, blindada, practicable, encerraba en su interior numerosos aparatos que eran un alarde de mecánica.

Un solo individuo parecía no sentir interés por la notable embarcación de Doc Savage.

Era éste un piloto embutido en un mono grasiento que manipulaba en el motor de un aparato viejo, de un monoplano plateado, en un extremo del campo de aviación.

Hacía dos horas que aterrizara en el aeropuerto y desde entonces no había dejado de dedicarse a la compostura del motor.

Las concisas respuestas que diera a los mecánicos les había movido a dejarle solo. A la sazón faltaba poco para el amanecer.

Doc llevó su aparato junto al pozo cubierto que encerraba las mangas de la gasolina y paró en seco los motores. Saltó a tierra, miró en dirección del este como aguardó ver la salida del sol.

—¡No he oído yo contar pocas cosas de ese sujeto! —exclamó un aspirante a aviador, sin darse cuenta de que sus palabras eran transmitidas por el viento al oído del hombre de bronce—. Se dice que él mismo ha diseñado los planos de ese aparato y que es el más veloz de todos los de su tipo.

Allá, en el extremo del campo, cobró vida, de súbito, el motor del monoplano, y zumbó reciamente.

Una pequeña multitud, compuesta principalmente por pilotos aviadores, había surgido y se aglomeraba, a la sazón, en torno del

trimotor.

—He oído decir que despega y vuela por sí solo —observó uno de ellos—, y que puede ser dirigido, a distancia, por radio. ¿Será cierto?

Otro individuo se interesaba, al parecer, por la cola del aparato. Al cabo le dejaron allí solo. De debajo de sus ropas sacó entonces un cuchillo de larga hoja y forcejea de aquí, tira de allá, abrió una de las portas de inspección, a través de la cual podía examinarse el mecanismo de los mandos.

El hombre era todo nervios; Sus movimientos, tan rápidos como los de un animal. Veloz como una centella extrajo tres paquetes de debajo de la ropa. Estos estaban unidos entre sí por un alambre y no parecían pesar mucho. El desconocido los introdujo los tres en la porta y la cerró.

A continuación se hundió en las tinieblas y rápidamente encendió y apagó una pequeña lámpara de bolsillo de que iba provisto.

Con el motor vibrante, el aparato monoplano abandonó el extremo del campo y avanzó en línea recta al encuentro de la nave de Doc.

El hombre de bronce habíase ocupado, totalmente, por lo menos en apariencia, en responder a todas las preguntas que se le dirigían.

Pero se animó ahora, de pronto, y supo exactamente lo que debía hacer.

—¡Corran ustedes! —ordenó a las personas que tenía en torno—. ¡Salgan de aquí! ¡Pronto!

Su voz sonora produjo el efecto de un trueno sobre los presentes, les movió a obedecer. Tres pilotos le volvieron a un tiempo la espalda y huyeron sin saber por qué. Sus compañeros retrocedieron sin apresuramiento.

Ellos divisaron al monoplano que se les echaba encima.

—¡Cuidado! ¡Hay un aparato en fuga! —chilló uno de ellos.

Monk y Ham habíanse apeado ya de la ligera nave aérea. Los dos se dispusieron a entrar atropelladamente en ella. Pero Doc se les adelantó, le dio con la puerta de la cabina en las narices, se apoderó de los mandos.

Los grandes motores vibraron al iniciarse el contacto de la palanca, y como estaban calientes todavía, instantáneamente

pusieron la nave en movimiento.

Transcurrieron uno, dos minutos de expectación, al cabo de los cuales se dio por descontado que el aeroplano trimotor iba a salir del camino seguido por el monoplano rugiente, a cuyo paso se diseminaba y huían los ocupantes del campo de aviación.

El aparato pasó por delante de ellos sin hacer daño, con excepción del susto espantoso que inspiró a un piloto en ciernes.

Las personas que le miraban repararon, a la luz de los faros del aeropuerto, que estaba vacía su cabina.

—¿Dónde está el piloto de ese trasto viejo? —gritó el nocturno encargado—. Es un descuidado a quien voy a…

Y se tragó el resto de la frase. Lo hizo porque estaba sucediendo una cosa inesperada, una cosa fantástica, extraordinaria. Sorprendente.

El viejo aeroplano había proseguido su carrera, mas, en lugar de chocar con la valla que se alzaba al otro extremo del campo, como creían todos, giró, osciló sobre sí mismo, cual si una mano invisible y experimentada acabara de apoderarse de los mandos.

Y una vez que hubo completado la media vuelta iniciada, echó a correr tras el veloz aeroplano de Doc Savage.

Los espectadores de aquel hecho increíble abrieron la boca, asombrados, sin atreverse a dar crédito a lo que presenciaban.

Ellos vieron cómo se arrojaba con violencia de la cabina del trimotor al cerdo Habeas Corpus y luego el propio hombre de bronce apareció en la puerta.

Trataba, por lo visto, de asirse a la cola de su aeroplano porque se tiró al suelo y trató de cogerla en el momento en que le pasó por delante.

Pero la superficie metálica y perfilada no ofrecía asidero; Doc fue derribado y la nave continuó marchando.

Cuando logró ponerse a cuatro pies se apoderó del cerdo y se tendió, con él, en el suelo, donde quedó inmóvil.

El astroso monoplano cargaba en pos del trimotor. Los dos aparatos se aproximaron en ángulo, se encontraron… La tierra se levantó en peso con deslumbrantes llamaradas…

El campo entero osciló, saltó, como por efecto de un terremoto. De las oficinas, de los hangares, de las escuelas de aviación anexas se desprendieron y cayeron al suelo los cristales de las ventanas.

El costado de un hangar inmenso se dobló hacia el suelo y su techumbre se vino abajo, cual si la hubiera aplastado un pie gigante.

El ruido de la explosión despertó los ecos dormidos, rodó por el campo y se perdió en la lejanía semejante a una salva sorda de cañonazos.

En el punto donde se efectuara la colisión de los dos aeroplanos se había abierto un agujero en la tierra, que iba a requerir dos días de trabajo para rellenarlo.

# CAPÍTULO IV

## *LA ACTUACIÓN EN OKLAHOMA*

DOC Savage se alzó del suelo, donde había estado tendido tras de tratar, inútilmente, de asirse a la cola de su aeroplano, y corrió, pero no en dirección de la escena de la catástrofe, sino en pos de sus hombres.

Monk y Ham le salieron al encuentro tras de dar media vuelta. El abogado venía sacudiéndose de encima el polvo acumulado en su traje flamante y pulcro.

—¿Por qué abandonaste el aeroplano? —balbuceó Monk en cuanto estuvo al lado de su jefe—. ¿Por qué no te has remontado con él por los aires?

—Porque tenía muy poco carburante —le explicó Doc—, y probablemente el monoplano tenía llenos los tanques. Así, me hubiera atrapado. Vamos, ¡daos prisa!

—Pero si en su interior no había nadie... —explicó Monk mientras corría.

—Sin embargo, se ha controlado por radio —replicó Doc corriendo hacia el límite del campo—. ¿Sabéis que estaba cargado de explosivos?

Monk y Ham corrían en pos de él pegando saltos. El cerdo Habeas les seguía la pista.

—¡Pues no lo entiendo! —declaró al fin.

—Se trata de un aparato mediante la influencia del cual el monoplano ha corrido en dirección de una emisora que actuaba mediante una frecuencia determinada —le explicó Doc, por encima del hombro—. Es ésta una mera adaptación del robot pilot, que, como sabéis, mantiene a los aeroplanos en el camino seguido por una onda de radio.

Monk le gritó:

—¡Pero a bordo de nuestro trimotor no había ninguna emisora! —Corría con la misma soltura de un orangután asustado.

—Te equivocas. Poco antes de dispararse el monoplano en dirección de nuestro aparato le habían metido en la cola un diminuto aparato portátil. Vi al individuo en el momento en que realizaba la operación, mas no tuve tiempo de detenerle.

—¿Por dónde ha huido? —rugió Monk redoblando la velocidad que llevaba.

—Por aquí —Doc le señaló la barrera metálica que circundaba el campo, y llegado que hubo a ella, saltó al otro lado.

Ham quiso imitarle poniendo en la operación mucho más cuidado, mas resbaló, enganchándose la bien cortada chaqueta en los pinchos de que estaban erizada la valla y, como resultado, se quedó con media chaqueta puesta. La otra media quedó allí.

—¡Adónde habrá ido el piloto del monoplano! —exclamó entre dientes.

—También escapó por este lado —le participó Doc—. Es probable que quedara, de antemano, en reunirse a su compañero.

Los tres hombres recorrieron unos cien metros rodeados de altas hierbas. La luz giratoria del faro instalado en el aeropuerto les iluminaba, a intervalos, el camino. También divisaban el gran resplandor de sus reflectores que continuaban encendidos.

Doc hizo alto, y susurró: —¡Escuchad!

Monk y Ham aplicaron el oído. Ambos oyeron un ruido de cohetes, el zumbido distante de los automóviles y el murmullo de voces procedentes del campo que tenían a la espalda. Nada más.

—Los dos fugitivos se han desviado un poco del camino —decidió el hombre de bronce—. Se encuentran actualmente a nuestra derecha.

Monk y Ham no dieron muestras de sorpresa. Ambos conocían de antiguo la casi sobrenatural habilidad alcanzada por el oído de su jefe.

Infinitas veces le habían visto servirse de un aparato ex profeso con la ayuda del cual habían venido desarrollando sus órganos auditivos.

Las hierbas, más densas cada vez, dejaron bruscamente de estorbar su avance. Desaparecieron al llegar ellos al borde de un

sendero muy poco transitado, a juzgar por su aspecto.

Delante de los tres se levantaba una verja a la cual consiguieron encaramarse sin que rechinara. El cielo encapotado tornaba la noche más oscura.

Los tres camaradas ascendieron por lo que juzgaron un terraplén, pero era un dique, en realidad, y al otro lado vislumbraron moles, diseminadas cajas de píldoras, al propio tiempo se impregnó el aire de un olor especial.

—Nos hallamos en un cercado destinado a la explotación de petróleo, quizá —decidió Ham expresándose en voz baja.

—Que no se utiliza actualmente —agregó Doc.

Ham le preguntó con acento de sorpresa:

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dice el olor. Aquí ya no se extrae petróleo —replicó su camarada.

A un lado vieron un edificio cuadrado y pequeño. Un rayo de luz hirió de repente los cristales sucios de sus ventanas. Dentro relucían con brillo apagado máquinas de acero y doradas de latón, que necesitaban una buena mano de limpieza.

—Debe ser la pum —station— gruñó Monk.

—Sin duda la utilizan los bandidos como punto de reunión.

Ham insinuó de repente:

—¿Qué te parecería, Doc, si en compañía de este idiota (por Monk) diera yo una vuelta y le echara un vistazo a la parte de atrás mientras reconoces tú ésta de delante?

—Bien, pero no te acerques mucho.

Ham se perdió en las tinieblas llevando a Monk pegado a sus talones. El cerdo Habeas echó a andar detrás de ambos. Tras de describir media vuelta se hallaron detrás de la pump-station, y como distinguieran cerca de ella un rimero de pipas se ocultaron a su sombra.

Dos hombres surgieron inesperadamente de las tinieblas, les apuntaron a la espalda con sus revólveres.

—¡Toma! ¿Qué diantres…? —comenzó a decir el químico.

—Es una vergüenza para nosotros —Observó interrumpiéndole uno de los hombres—, que nos hayáis tomado por pipiolos. Pero no lo somos, como veis.

Monk y Ham volvieron a un tiempo la cabeza. Allí no había

mucha luz, mas tampoco les hizo falta. Los dos comprobaron que los revólveres eran armas automáticas y de gran calibre.

También repararon en que se hallaba levantado el gatillo de las dos.

Habeas, el cerdo, silencioso como una sombra, se hundió en las tinieblas.

Monk estiró el pescuezo y aguzó la mirada con objeto de ver más de cerca sus dos apresadores.

—Vas a estropearte la vista, no la esfuerces tanto —le aconsejó una de ellos—. Para que lo sepas, si es que te preocupa: Tienes delante a los dos sujetos a quienes vienes siguiendo desde el aeropuerto.

El diálogo habíase entablado en voz baja inconscientemente. Ahora bien.

Ham decidió hablar en voz alta con objeto de enterar a Doc de lo que ocurría.

—Los dos sois... ¡ay! —dijo. Y se dobló penosamente, por la cintura. Como abriera la boca se le salió por ella el aliento con tanta fuerza que arrastró consigo una fina espuma salivosa.

El hombre que acababa de hundirle, con violencia, en mitad de la espalda la boca de su revólver, le siseó al oído:

—Ya sabemos que se halla Doc Savage al otro lado de la casa, conque ¡no trates otra vez de avisarle o te meteré una bala a la altura del tercer botón del chaleco!

Y su compinche añadió:

—Sentimos separaros de vuestro compañero, de ese gran hombre de bronce, pero no nos queda otro remedio. ¡EA, moved las piernas!

El grupo retrocedió abandonado la pump —station, llegó a un sendero. Bajó por él. Durante la marcha se registró a Monk y Ham y se les despojó de las únicas armas que llevaban encima: las pistolas-ametralladoras, producto del talento creador de Doc Savage.

—¿Qué pensáis hacer de nosotros? —preguntó Monk a sus apresadores.

—Vamos a presentaros a un caballero que desea conoceros —replicó uno de ellos.

—¿Puede saberse quién es?

—Uno de los seres dotados de más ingenio que conozco —

replicó el otro—. Y ten entendido, amigo, que la fama de Doc ha llegado hasta aquí.

—¡Sin duda es el mismo que ha concebido la idea brillante de lanzar tras de una emisora de radio el monoplano cargado de bombas; El mismo que inventó aquel perfecto sistema de alarma instalado en el criadero de ostras neoyorquino.

—¡Justamente! Y también tiene en proyecto muchas otras cosas que te dejarían boquiabierto.

—¡Cierra el pico! —le advirtió al bandido su compañero—. Eres capaz de hablar solo hasta cuando estés metido en la fosa y bajo unos metros de tierra.

Tras de tal exabrupto, continuaron marchando en silencio, apresadores y apresados. A la sazón sus pies hollaban un camino polvoriento y endurecido por la constante circulación.

—¿Qué pensáis hacer de Doc? —interrogó Ham.

—No somos ambiciosos, nos desharemos primero de vosotros, y más tarde recibirá él su merecido —le respondieron.

Rodearon una curva orlada de robles y cayeron súbitamente sobre un camión parado en mitad del camino. Este camión era un coche descubierto y muy grande, del tipo que se utiliza para el transporte de latas y útiles de la industria petrolera.

Un hombre bajito les salió al encuentro acompañado por otro alto, muy delgado, y otro, que cuando se hubieron encendido los faros, reveló tener los ojos defectuosos. Eran Stunted y sus compinches, de Nueva York.

—La reunión es escogida —observó riendo el primero.

—¡Hola! ¿Funciona ya el rifle? —quiso saber Monk.

—Tú lo dices —replicó Stunted—. Justamente he trabajado en su mecanismo durante el viaje.

—Que ha sido verificado en poquísimo tiempo, según veo. Observó el químico.

—¡Oh, sí! Hemos llegado aquí en...

El bizco no le dejó concluir. Se situó junto a él con la velocidad del rayo y le asestó un bofetón en pleno rostro. La fuerza del golpe hizo rodar al bandido por el suelo.

—Oye:¿Qué te ha dado? —rezongó al incorporarse.

—Deseaba recordarte que tienes una mala cabeza —exclamó, airadamente, el de los ojos inquietos—. Si no te llego a asestar el

bofetón le explicas a este mico cómo hemos llegado de Tulsa.

—¡Ah! —hizo Stunted; y se quedó amilanado.

Se extrajeron, no se sabe de dónde, dos zahones y dos blusas llenas de manchas, y bajo la amenaza de los revólveres, se obligó a Monk y Ham a ponerse ambas prendas. También se les obligó a tomar asiento en el camión con las piernas colgando hacia fuera y el coche arrancó a continuación.

Sus apresadores se mantuvieron, de pie, detrás de ellos. Todos iban vestidos con las ropas de trabajo y por ello cualquiera les hubiera tomado por un equipo de jornaleros que regresaban de las afueras.

—Como dejéis escapar un grito os meteremos una buena carga de plomo en el cuerpo —se había advertido previamente a Monk y Ham.

—¡Qué trato más descortés! —comentó el abogado.

Uno de los bandidos se echó a reír.

El avance del camión iba acompañado del rechinamiento de sus muelles, sonido que llegó a parecer de una monotonía desesperante. Por la carretera circulaban a aquellas horas, poquísimos coches, particulares la mayoría.

Dos motocicletas pasaron, raudas, junto a él, el cierta ocasión, entre nubes de polvo. Pertenecían al Cuerpo de Policía. Pero ni siquiera le dirigieron una ojeada al camión los agentes que las montaban.

Poco después alcanzó al camión un pequeño y desvencijado auto de distribución. Con gran estrépito de hierros viejos le pasó por delante, cruzó osadamente el camino y se perdió de vista.

—¡Así te despeñaras! —gruñó el conductor del camión de transporte.

Apenas habían transcurrido unos diez minutos cuando sonó una fuerte detonación que procedía de una de las ruedas delanteras y el camión avanzó saltando. Ello era señal de que se había deshinchado un neumático.

El conductor lo detuvo junto a la cuneta y comenzó a proferir juramentos sin molestarse en apearse para reparar el desperfecto.

—¿A que esperas? —le dijo Stunted—. ¿A que truene?

—No tengo otro neumático de recambio —le comunicó el conductor.

Por fin se bajó del coche y valiéndose de la lámpara de bolsillo descubrió incrustado en la llanta de goma un gran clavo de cabeza gruesa. Le dio un puntapié y juró con más brío.

En la parte baja de la carretera había surgido una luz.

—¿Qué será eso?

Uno de los malhechores de la pandilla bajó por el camino avanzando al amparo de las sombras, más densas, que se cernían sobre la cuneta. Al poco rato estaba de vuelta.

—Se trata de un auto de distribución que ha recibido un pinchazo —explicó a sus camaradas—. Es la misma cáscara de nuez que acaba de pasar por aquí. Quizá se le haya incrustado también otro clavo...

—¿Lleva neumático de repuesto? —interrogó Stunted.

—Así parece.

Stunted cloqueó:

—El viejo Nick cuida de los suyos, ¿eh, muchachos?

Las bocas de dos revólveres se mantuvieron pegadas a la espalda de Monk y de Ham. Tres hombres emprendieron la marcha. Se aguardó un momento, durante el cual resonaron golpes repetidos junto al pequeño coche de distribución; luego una viva sucesión de órdenes, uno de los bandidos gritó:

—¡Adelante, compañeros!

Los revólveres empujaron a los dos prisioneros y éstos avanzaron; de este modo llegaron junto al cochecillo. Su conductor era un sujeto de aspecto poco común; poseedor de una periferia respetable y de una pierna retorcida de la manera más grotesca que se pueda imaginar, tenía cara de bollo, tez morena y cabellos obscuros.

—Este sujeto se ofrece, gustoso, a conducirnos —dijo riendo Stunted, pero amenazaba con el rifle al atezado conductor.

El hombre gimió:

—Señores, mi pobre coche...

—¡Silencio! —le ordenó Stunted—. Guía bien y te diremos a dónde queremos ir.

Una hora después la pandilla recorría en coche un paraje desprovisto de carretera. El sol iba clavándose sobre el horizonte sin que se le distinguiera todavía.

—Vuelve a la derecha —aconsejó al chofer Stunted y el coche

descendió por una ribera cortada a pico y marchó sobre el lecho de arena de un arroyo seco.

El atezado conductor tornó a protestar.

—Señores, mi pobre coche no volverá ya por este camino. Díganme; ¿cómo voy a volver a la ciudad?

—Ya lo averiguará cuando llegue el momento —replicó Stunted.

—¡Eh! ¡Mirad!

La exclamación había partido de labios de uno de los bandidos.

Todos estiraron el cuello y aguzaron la vista. Transcurrido que hubo un instante oyeron un sonido prolongado que desgarraba el tímpano, y en el espacio teñido de grana apareció un amplio reguero de luz.

El reguero fue, poco a poco, convirtiéndose en un arco que parecía abarcar la extensión infinita de los cielos.

—¡Qué raro! ¿Qué significa eso? —rezongó Stunted—. ¿Será que...?

El reguero había desaparecido, extinguiéndose rápidamente.

El coche continuó su camino. A pesar de la apariencia desierta de la región, era indudablemente un camino el que recorrían a la sazón. Por dos veces, tras de haber cruzado extensiones arenosas, se apearon los ocupantes del camión y sirviéndose de ramas borraron, con cuidado, las huellas impresas por sus ruedas.

—No queremos que parezcan huellas recientes —dijo Stunted con una sonrisa.

El conductor se mostró alarmado.

—¿Qué significa esto, señores?

—Dentro de tres minutos lo sabrás.

El conductor reaccionó de manera sorprendente, dado que anteriormente no se había mostrado muy enérgico que digamos.

Le descargó un puñetazo a Stunted.

Fue un golpe terrible, después del cual el rostro de Stunted quedó desfigurado para siempre. El bandido se cayó del pescante.

Lanzando un aullido escalofriante el conductor del auto tomó una dirección opuesta. Había elegido bien, porque en aquel punto penetraba hasta el lecho mismo del arroyo, el tajo o cañón angosto de un barranco.

El conductor se metió en él, y su pierna retorcida no le impidió cobrar velocidad. Poco tardó en desaparecer.

El auto fue desocupado en revuelta confusión de algarabía. Se dispararon varios tiros de revólver. Los bandidos se aproximaron corriendo al barranco y algunos se encaramaron a sus flancos escarpados.

Pasado el primer momento de excitación, se encendieron las lámparas de bolsillo y se buscó con más detenimiento al fugitivo sin hallar de él ni rastro.

—Sin duda fue conejo uno de sus antepasados —gruñó Stunted.

A continuación sostuvo una conferencia con sus compinches. Mas, al cabo, se convino que ya no restaba nada que hacer.

—No es probable que ese individuo se haya dado cuenta de lo que significa todo esto —observó un bandido, con objeto de tranquilizar los ánimos.

Y lo consiguió. Tras de recorrer una media milla, sobre poco más o menos, llegó el auto a una planicie y se detuvo ante una verdadera mansión señorial.

Era aquél un hermoso edificio de ladrillo, flanqueado de dos alas, que alcanzaba la altura de dos pisos. En el garaje cabían, cómodamente, cuatro coches.

Erigida en las afueras de una ciudad como Tulsa, aquella mansión hubiera excitado la admiración del observador; levantada en aquel agreste paraje, entre colinas cubiertas de robledales, sin carretera digan de tal nombre que condujera a sus puertas, ofreciera un espectáculo impresionante.

La luz de los faros jugueteó en su fachada la aproximarse el coche y la claridad matinal reveló que tenía desconchadas las ventanas, que necesitaba una buena mano de pintura, que la hierba del campo de tenis no se podaba desde largo tiempo atrás.

Sin embargo, a juzgar por el estilo arquitectónico de la finca, no era posible que contara más de diez años de existencia.

Monk preguntó:

—¿Cómo se ha levantado aquí una casa tan impropia del lugar?

—Indio Osage descubrir manantial de petróleo —le explicó Stunted sonriendo burlonamente, no obstante su cara desfigurada.

—Ganar muchos dólares, construir esa tepee de ladrillo. Luego indio Osage arruinarse irse al pote la tepee...

—¡Miren qué gracia tiene! —gruñó Monk—. Remedas muy mal a los indios.

El coche fue desocupado al llegar delante de la casa, de cuyo interior salió a recibirles un hombre flaco, moreno, al cual deslumbró la luz de los faros.

En la diestra empuñaba un rifle.

—Llega una visita para el jefe —le agradeció el individuo flaco.

—¡Ah! Así, debía ser él quien iba…

El bizco le chilló:

—¡Maldito sea! Siempre te cojo en el momento de ir a meter la pata delante de nuestros prisioneros. ¿No comprendes que pueden oírte? —y le asestó un fuerte golpe con el puño.

El rostro de Stunted estaba lastimado ya por el puñetazo que le asestara el conductor del auto, y aquel nuevo golpe le enloqueció. Cayó al suelo, pero, sin soltar el rifle, rodando, logró variar de postura y levantó el arma.

Sus compañeros se le echaron encima, gritando, para evitar un probable derramamiento de sangre.

Ham le asestó un puntapié en la canilla a Monk. El agredido aulló de dolor y presa de un furor repentino derribó a aquel de sus secuestradores que tenía más próximo.

—¡A la casa! —Le gritó Ham—. No podemos cruzar el claro sin exponernos a que nos maten de un tiro.

La entrada de la casa distaba de ellos poco más de doce pasos y en consecuencia corrieron como locos a buscar refugio en ella. Justamente en el instante en que cruzaban los umbrales de la puerta, la bala de un rifle le arrancó a su marco un puñado de astillas.

# CAPÍTULO V

## *EL HILO DE FUEGO*

ERA la puerta en cuestión, de excelente madera de roble. Y aunque de ella se había desprendido buena parte de la capa de pintura, debajo se conservaba todavía nueva y fuerte.

Monk alargó su brazo largo, velludo, y la cerró de un golpe. El portazo despertó dormidos ecos en el interior de la mansión que parecía carecer casi por completo de mobiliario.

Monk dijo a Ham, refunfuñando:

—¡Otra vez avísame sin pegarme puntapiés!

—Es que me causa placer —replicó el abogado—. ¡No! Quise decir que... de algún modo tenía que moverte a entrar en acción.

—¡Ya! —Monk le asestó un puñetazo a una puerta situada al final del hall, donde ambos se hallaban, a la sazón.

No estaba cerrada con llave, por lo cual el ímpetu de la propia embestida le arrojó dentro de la habitación, donde cayó de bruces.

En un ángulo divisó una mesa construida toscamente de una madera inferior.

Pero no lo era, en modo alguno, el aparato que sostenía su tablero. Lo mismo sus llaves y sus pomos que sus costados de negro metal aislante brillaban de puro nuevos.

Monk se aproximó sin vacilar.

Ham le gritó:

—¡No va a sernos de utilidad1 No pierdas el tiempo.

—¿Qué no? ¡Ya lo veremos! —Monk comenzó a manipular en los discos del aparato—. Este es un aparato receptor y emisor de radio.

—Ya lo sé —Ham marchaba ya en dirección de otra puerta—. Pero, ¡qué bien puede hacernos?

—Por lo menos hará que nos socorran —Monk puso cara feroz —. Lo malo es que no sé qué disco tocar.

En este momento se rompió el cristal de una ventana, sonó el estampido de un rifle y un proyectil de largo alcance se vino a incrustar en la pared.

No hirió a Monk, pero pasó a un metro escaso de él.

—No te apresures —le dijo en tono seco Ham—. Abre la radio y llama hasta que te responda una estación. En cinco o diez minutos lo habrás conseguido.

Todavía entraron en la pieza dos balas más de rifle, rociando a Monk con el yeso arrancado a la pared.

Monk hizo gesto de desesperación y siguió al abogado al interior de otro aposento. Éste encerraba numerosos cajones de sólida madera y sin letrero por el cual se pudiera deducir a quién habían ido destinados anteriormente.

Monk volcó uno de ellos, lo halló vacío y comenzó a acumularlos una tras otro, tras de la puerta para asegurarla, mas la lluvia de plomo los atravesaba como si fueran de queso.

—Esas armas tan potentes vienen a complicar la situación —gruñó.

Retrocedió con Ham, internándose cada vez más en la casa, y ambos descubrieron primero una nueva habitación vacía; luego, otra, con varios catres de lona barata.

Sobre ellos se habían acumulado mantas sin orden ni concierto. Varias prendas de ropa veíanse diseminadas aquí y allá. Puntas de cigarros alfombraban el suelo.

Monk recogió una brazada de pantalones y chaquetas, observando al propio tiempo.

—Quizá hallemos algo interesante en los bolsillos…

Anadeando, echó andar en pos de Ham sin abandonar el brazado de ropa. El abogado atisbó por una ventana, le quitó el polvo, tornó a mirar al exterior y mediante rápidos golpes comenzó a romper el cristal.

—Sí, desde luego, podremos escapar por ese hueco —manifestó sombríamente su camarada—. Pero los bandidos están cerca.

¡Menudo concierto nos van a dar!

—¡Mira, engendro de la Naturaleza! —Ham le señaló un punto determinado—. Detrás de la casa hay un coche en el que no

habíamos reparado hasta ahora.

Monk vió, en efecto, un magnífico automóvil estacionado debajo de la ventana. Lleno de júbilo ayudó a Ham a rematar su obra destructora, permitiendo que saltara antes que él por la ventana, y luego le siguió sin abandonar la ropa y gruñendo en el momento de estar el pie en tierra firme.

A un tiempo llegaron los dos juntos al coche y se empujaron uno a otro acuciados por el ansia de entrar cuanto antes. Monk extendió la mano con objeto de abrir la llave, pero en lugar de esto le asestó un puñetazo al tablero de instrumentos.

—¡Malditos bandidos! —exclamó—. ¡La han quitado!

Se agachó; de debajo del tablero sacó de un tirón un puñado de cables, perdió un segundo largo en seleccionarlos; luego unió los extremos de dos y el motor comenzó a vibrar.

—¡Siempre en útil saber el mecanismo de estos coches! —comentó, satisfecho de su actuación.

Zumbó el motor del coche, picó éste en segunda y describió amplio círculo en torno de la casa. Ham guiaba intrépidamente, asomándose de vez en cuando para mirar al exterior con el fin de asegurarse de que iba por buen camino.

La maleza rozaba la parte baja del coche. Junto a una ventanilla sonó una fuerte detonación, inesperada, y Monk dirigió una mirada de soslayo a los hilos de araña que aparecían en el cristal como por arte de magia.

—¡Bendito sea Dios! Este vehículo tiene cristales irrompibles. ¡Creo en una providencia!

Ham se enderezó en su asiento, guió poniendo más atención en la operación y el coche recorrió por segunda vez el mismo camino oscuro que les había llevado a la mansión del indio.

Ahora bien; la ansiedad extrema que embargaba al abogado le movió un poco a aumentar aún la celeridad del coche; éste patinó en el momento de doblar una curva, se metió en la cuneta y allí quedó inmóvil. Ham miró al exterior.

—Bueno, podemos apearnos aquí —decidió.

Luego se quedó muy quieto, porque acababa de sentir, en el cuello, el contacto de un objeto frío, redondo, de metal. Al instante se dio cuenta de lo que era, porque ya en otras ocasiones se le habían aplicado sobre la piel desnuda cañones de las armas de

fuego.

—¡Qué descuido! Antes de entrar en el coche debimos registrar su interior —dijo a Monk.

El químico volvió la cabeza y miró tras de sí. El arma se levantó del cuello de Ham y le apuntó casi en la chata nariz. Era un revólver de seis tiros.

Lo empuñaba una mujer.

Esta mujer, joven, tenía la cara pecosa y tostada por el sol, mas no era despreciable ni mucho menos; sus blancos dientes hubieran figurado honrosamente en el anuncio de un dentífrico.

Sin embargo, no era una sonrisa la que los ponía de manifiesto, a la sazón, sino un gesto que pretendía demostrar ferocidad.

—El revólver está cargado con proyectiles de punta hueca —advirtió a los dos camaradas—, lo cual quiere decir que, si me provocáis, volarán vuestras cabezas por el aire.

Monk dijo atragantándose: —Bien. Ahora atienda un...

—¡Silencio! —le ordenó la muchacha atajándole—. No te conozco ni tú me conoces, más quizá habrás oído hablar de mí. Soy Lanca Jaxon.

—¡Ya!

—Ahora sabes de mi carácter lo suficiente —concluyó ello—, para hacerte cargo de que te mataré si me place, cuando bien me parezca.

—Lanca Jaxon, pistolero y servidor de usted —murmuró el químico. En realidad desconocía el nombre y apellido, tan poco comunes, de la desconocida.

—¡Vaya! ¡Aquí tememos un humorista más —exclamó ella con acento glacial—, que sumar a la pandilla!

—Señorita...

—¡Cállate! —saltó ella—. Te aseguro que mis balas no tienen gracia ninguna... Bien; estaos quietos, que voy a apearme, y después lo haréis los dos. Cuando estemos en el camino os diré lo que tenéis que hacer.

Y salió al exterior.

Simultáneamente surgieron tres hombres de detrás de unas matas. Su aparición, tan repentina, demostraba que los tres se habían diseminado por el límite del claro que rodeaba a la finca en el momento de iniciarse el tiroteo, con objeto de poder hacer fuego

sobre la persona o personas que trataban de atravesar el espacio despejado. Cada uno de ellos iba armado de una carabina.

—Nosotros vamos a encargarnos ahora de este negocio, Lanca —dijo uno de ellos.

La muchacha clavó en ellos una mirada dura. De momento, pareció resuelta a ventilar consigo misma algo de suma importancia. El arma no temblaba en su mano. Pero, al cabo, se encogió de hombros, uno de los bandidos se aproximó a ella y se apoderó del arma que empuñaba hasta aquel mismo instante.

—Nos has servido de mucho, ¿sabes? —observó riendo.

Lanca no dijo nada.

Los miembros que faltaban de la pandilla llegaron, jadeando, poco después.

Regañaron entre sí. Ellos rodearon a Monk y a Ham, tras de lo cual entablaron una discusión. Tres pretendían fusilar, en el acto, a los dos prisioneros; sus compinches se mostraban más indulgentes.

—Bien; pues que lo decida el gran jefe —sugirió a unos y otros el individuo de los ojos defectuosos.

Fue él también quien les obligó a volver a la finca.

Pero antes asió por un brazo a Lanca y la interrogó:

—¿Me explicarás, Lanca amiga, por qué estabas metida en el coche? ¿Qué te indujo a armarte? ¿Para qué te apoderaste del viejo revólver de seis tiros, propiedad de Stunted?

La muchacha le replicó cuidando mucho de no demostrar una vehemencia excesiva en la explicación. Sin embargo, los ojos del bizco se entregaron a su juego acostumbrado, con una viveza mayor de la común, y condujo a la joven al lado opuesto de la casa.

Monk y Ham fueron llevados a la habitación donde estaba el aparato de radio. Uno de los bandidos salió al pasillo un instante, regresó de él trayendo en la mano un lazo de cowboy, con el cual les ató fuertemente, dando muestras de sin igual habilidad durante la operación.

—¿Qué haremos de ellos ahora? —deseó saber Stunted, entregado, en aquel momento, al lavado de su inflamado rostro.

—¡Ahora lo sabremos! —dijo un compañero con aire resuelto. Se acercó al aparato de radio, que, evidentemente, captaba todas las longitudes de onda existentes, porque, una vez abierto, surgió de él la voz del locutor de una emisora local que les leía un programa

futuro a los radioescuchas, y con voz agradable y clarísima dicción interrumpióse, de pronto, para comunicarles una noticia fresca al parecer.

—... fenómeno extraordinario que nos comunican desde varios puntos distintos de la nación... —dijo la voz.

El bandido se dispuso a variar de estación.

—¡Aguarda! —le gritó Stunted—. Quiero oír eso.

El hombre volvió a mover el disco.

—Varios testigos declaran haber visto surcar el espacio largos hilos flameantes acompañados de gran estruendo —decía el locutor —. Otros insisten en que no se trata de hilos, sino de esferas inflamadas. Con todo, los astrónomos se mantienen en su idea primera de que no se trata del paso de aerolitos por el cielo de la nación, porque no se ha visto caer a ninguno.

Uno de los malhechores se rió con gana comentando:

—La cosa les tiene preocupados de verdad.

—¿Sí? Pues no tardará mucho en preocuparles más aún —murmuró Stunted.

—La última estela de fuego que ha surcado los cielos fue vista sobre Oklahoma y sobre Kansas. Ello ha ocurrido hará cosa de una hora... —La voz se interrumpió. Durante la pausa que sobrevino a continuación los bandidos oyeron el leve crujido de unos papeles en la estación emisora.

—Aquí tengo otra importante noticia, la última recibida, que comunicar a ustedes —dijo otra vez la voz, con mal reprimida agitación.

—¡Cerrad esa radio de una vez! —suplicó a sus compinches un bandido—. El locutor va a decirnos, sin duda, que en Liberia se han matado dos hombres entre sí, o algo por el estilo.

Stunted profirió con inesperada viveza.

—¡No! ¡Captad esa noticia antes de ponernos en contacto con el jefe!

Sus compinches guardaron silencio. El locutor continuaba hojeando papeles. Al cabo, reanudó la información de esta suerte:

—Nos dicen aquí que la explosión oída en la parte baja de la ciudad de Kansas, la misma que ha roto los cristales de las ventanas de nuestra emisora en dicha ciudad, la ha producido una carga de dinamita de la cual se han servido unos ladrones para entrar en los

subterráneos de un Banco muy acreditado.

"Se trata de un raid en gran escala, ejecutado con singular osadía, en el cual han intervenido, por lo menos, diez hombres. A estas horas los empleados del Banco no han podido hacer todavía un cálculo exacto de la suma a que asciende lo robado, pero creen que han escapado los cacos llevándose unos tres millones de dólares.

Stunted se olvidó, de momento, de su cara hinchada. Una amplia sonrisa le dilató los labios de oreja a oreja y se dio una palmada en el muslo.

—¡Muchachos, OH, muchachos! —exclamó—. ¡Atended, atended!

—¡Cállate! —le rogaron.

A la sazón, todos escuchaban con suma atención al locutor.

—Unos minutos después de haberse verificado el robo, se divisó sobre el horizonte uno de los extraordinarios surcos luminosos que tan perplejo tienen al país. En la Jefatura de Policía corre la voz de que quizá se halle relacionada la aparición con el robo de Banco.

Stunted comentó:

—Los ratones comienzan a roer el queso...

—Y aquí concluye nuestra emisión de la mañana —dijo la voz del locutor—. Entrado el día, volveremos a radiar más detalles.

Uno de los bandidos le dio vueltas al pomo de control del aparato, abrió una llave y la situó en el punto marcado por las rayas de onda corta.

Todos los rostros adquirieron visible expresión de regocijo.

El bandido manipuló todavía un rato en el aparato, tomó un micrófono y un librito de notas, cifradas, con toda probabilidad.

—¡Llama a C. Q., llama a C. Q.! —dijo por el micrófono—. La estación W. G. E. X. F. Llama a C. Q.

Monk hizo un guiño al oír aquello. Trababan de ponerse en contacto, entre sí, dos estaciones amateurs. C. Q. Eran, sin duda, los iniciales convenidas de antemano para anunciar que la emisora deseaba hablar con otra determinada y que ella debía de responder.

Del altavoz de la estación privada llegó, al cabo, la réplica deseada.

—Aquí en la emisora W.. S. A. V. Que hable la estación W, G. E. X. F. —dijo una voz.

El sujeto situado ante el aparato de radio se sonrió, les guiñó un ojo a los camaradas. Consultó el libro cifrado y dijo.

—Me siento atacado de dos jaquecas en este instante. ¿Cómo te encuentras tú?

—¿Te refieres a las dos jaqueas que tanto temía? —inquirió la voz distante, un poco desfigurada.

—Justamente.

—¿Te ha visto el doctor?

El bandido tornó a consultar el libro de notas.

—Sí —replicó—, pero son unos dolores enigmáticos los que padezco.

Monk frunció el ceño mientras escuchaba el diálogo entablado. El país estaba lleno de estaciones amateurs, y por ello no despertarían sospechas aquellas conversaciones, cuya clave era simple, tan simple que aun conociendo que lo era nadie hubiera podido adivinar su significado real.

—Tú me hablaste de un gran dolor de cabeza que presentías la última vez que entablamos conversación por radio —siguió diciendo la voz distante—. ¿Se ha presentado ya?

—No, pero todavía puede atacarme —dijo el bandido desde Tulsa.

Monk comprendió que aludían a Doc Savage.

—Aparte de eso, ¿estáis todos buenos?

—Sí, no hay motiva de queja —el bandido de Tulsa hojeó rápidamente el librito cifrado—. ¿Qué tal va tu caso de tomaína? Aludo a la que obtuviste de una lata...

—¡Ah, pues ya he acabado con él! —dijo riendo la voz distante.

Otra ojeada al librito consabido.

—En fin: ¿qué me recetas para el dolor de cabeza?

—Voy a consultar el manual. Veremos qué dice —El bandido de Tulsa se echó a reír; luego reinó silencio, durante el cual dedujo Monk que el “manual” mencionado correspondía a la voz de “jefes” en el lenguaje cifrado y por ello se trataba del cabeza misterioso de la banda.

—El manual dice que te tomes dos píldoras —la voz distante volvía a dejarse oír.

La sombría expresión asumida por las caras de los bandidos al terminarse el diálogo radiado demostró al químico que todos sabían

lo que una “píldora” significaba, tener que recurrir al librito de notas.

Stunted se levantó de la silla frunciendo el ceño.

—No me agrada ese plan —dijo en tono agrio.

—Oye, ¿qué te ha dado? —profirió vivamente el bizco.

—No es que yo sea precisamente un puritano —explicó Stunted a la reunión—. Pero no me agrada retorcerles el cuello a estos pájaros a sangre fría. Si se defendieran ya sería otra cosa. Pero para atraparles y meterles una bala en el cuerpo, como quiere el jefe, sin más ni más, la verdad... ¡no contéis conmigo!

—¿Te has convertido en campeón de la virilidad indefensa? —gruñó el bizco.

—¡Qué disparate! —Stunted le dirigió una mirada fulminante—. Cómo tampoco he olvidado el beso que me diste hace poco en la cara, ¡ojos insinuantes!

—¡Vaya, no discutáis ahora! —chilló un bandido.

Stunted no le quitaba al bizco la vista de encima. Los ojos de su oponente se cruzaron, se descruzaron...; Luego se encogió de hombros.

—Comprendo que no debí asestarte el puñetazo —concedió—. Pero, ¿qué quieres? La fuga del conductor del auto de distribución me había enloquecido.

—Bueno, dejémosle correr —dijo Stunted magnánimo.

El hombre de los ojos defectuosos sacó un revólver.

—Yo me cuidaré de administrar la dosis convenida: dos píldoras —prometió—. No soy tan remilgado como algunos.

Dio un empellón a Monk y a Ham, empajándoles en dirección de la puerta, delante de él. Ellos avanzaron tambaleándose, incapaces de hacer otra cosa que proferir amenazas a voz en cuello sin que ellas surtieran efecto.

El lazo les oprimía cruelmente los brazos y les mantenía seguramente atados.

Uno de los bandidos que se quedaban en la habitación le gritó al bizco:

—Oye, ¿qué podemos hacer con respecto al conductor del camión?

—Lo buscaremos en cuanto haya yo ultimado este negocio —dijo el ejecutor voluntario.

Y salió al pasillo precedido por los dos prisioneros. No cerró la puerta de la habitación porque su corazón endurecido le inclinaba a desear que sus compañeros oyeran los tiros con que pesaba derribar a sus víctimas.

—¡Vamos, avanzad! —recomendó a aquéllas—. Como hagáis la más pequeña resistencia os daré aquí mismo vuestro merecido.

Monk y Ham avanzaron. A sus espaldas oían los pasos acompasados y firmes del bizco, pasos que no acusaban nerviosidad, pasos implacables como su adverso destino.

De pronto cesaron. Monk afirmó, después, que acompañó a su extinción un gemido ahogado. Mas, en el fondo, no estaba muy seguro.

Transcurrió largo rato sin que osara volver la cabeza por temor a que el bizco le disparase un tiro a quemarropa, y cuando no hizo, abrió unos ojos tamaños, quedándose boquiabierto.

En mitad del pasillo, abierto de piernas, estaba el conductor del camión asiendo, con ambas manos, por el cuello, a su verdugo. Sin esfuerzo aparente le alzó en vilo. El bizco no gritó, apenas forcejeaba.

Monk dirigió una mirada penetrante al conductor. Su aspecto había cambiado mucho, aun cuando iba vestido lo mismo y tenía oscura la tez, oscuros los cabellos; pero ya no cojeaba. Su estatura extraordinaria, su fuerza prodigiosa, revelaron a Monk su identidad.

—¡Doc Savage! —balbuceó, emocionado.

# CAPÍTULO VI

## *DOS CABALLEROS DE TULSA*

EL nombre de bronce no estrangulaba al bizco como a primera vista parecía, le palpaba la nuca con los dedos en busca de determinados centros nerviosos, muy sensibles, sobre los cuales una presión sabiamente aplicada debía provocar una parálisis de larga duración.

Cuando hubo privado de voluntad, cuando sólo sus ojos y el movimiento de su pecho fueron las dos únicas muestras que daba de vida, le dejó Doc en tierra.

Monk y Ham se estuvieron quietos mientras les despojó de las ligaduras. La operación de aflojar los nudos fue tarea que los dedos de Doc llevaron a cabo con facilidad sorprendente, a causa del notable vigor de sus manos.

—¿Oíste la conversación entablada allí dentro? —le susurró al oído el químico.

—Sí, o por lo menos una buena parte de ella —replicó su jefe—. Tras de ocurrírseme apelar al subterfugio de un disfraz...

—... sembraste de clavos la carretera... —concluyó Ham.

—Justamente. Formaban parte del material de construcción acarreado por el vehículo que alquilé a un buen hombre, lo mismo que su traje. Este me ha servido de disfraz, como veis. En cuanto al maquillaje, es muy simple. Se reduce a un poco de cera y otro poco de color, materias de las que siempre lleva encima una buena provisión.

Sin dejar de escucharle, Monk y Ham se sacudieron las ligaduras.

—¿Dónde está mi favorito? —interrogó Monk.

—En el depósito de petróleo. Me he visto obligado a dejarlo para

acudir en vuestra ayuda.

Monk agitó un brazo.

—¡Qué deduces después de todo lo oído, Doc?

—Que el jefe de la banda es el que ha planeado el robo del banco de Kansas...

—¡Oh, desde luego! Pero ¿y esos surcos luminosos que aparecen en el cielo? Yo creo que guardan, en parte, si no toda, relación con la pandilla... ¿Por qué se habrá asesinado a Willard Spanner' ¡Quién será esa Lanca Jaxon y que hará aquí?

—¡Siempre pensando en las mujeres! —comentó con ironía Ham.

—Se conduce de una manera singular —siguió diciendo el químico, sin prestarle atención—. ¡Puf, nos van a volver locos!

Doc se apoderó del revólver que empuñaba, poco antes, el bandido de los ojos inquietos y lo disparó dos veces. Los estampidos ensordecedores sonaron en el pasillo.

—Ellos harán creer a los bandidos que acabáis de ser ejecutados y nos concederán un momento de respiro —susurró Doc al oído de sus camaradas.

Retrocedieron, y se internaron en la casa hasta dar con una puerta cerrada.

De ordinario no había cerradura que ofreciera resistencia al hombre de bronce, pero la puerta que a la sazón cerraba el paso le tenía echada la llave y corrido el cerrojo... al otro lado.

—Bien, probaremos de salir por la planta baja —murmuró Doc.

La escalera estaba detrás de una puerta contigua y crujió un poco, no con exceso, al bajar los tres hombres. Abajo descubrieron un salón destinado al recreo del dueño de la finca en otros tiempos, porque en su centro había una gran mesa de billar, cuyo tablero, cubierto de paño verde, estaba sucio y apolillado.

Esta mesa parecía pesada en grado superlativo y por ello, sin duda, la habían dejado donde estaba. En un cuartito anexo estaban las calderas de la calefacción. Ventanas sucias de polvo dejaban penetrar poquísima luz en su interior.

—¡Caspitas! —Monk se detuvo en seco en el momento de ir a atravesar sus umbrales.

—¡Mirad!

Dos hombres, esposados, se hallaban atados a las calderas. Uno

de ellos era alto y delgado, tenía el cuerpo acartonado como hecho de cuero o de madera. Al sonreír, hizo una mueca feísima, porque sin duda llevaba diente postizos, mas no en aquel momento. Su traje ofendía la vista.

Contribuyó a hacerle más grotesco una seña que les hizo, seña que descubrió que le faltaba el pulgar de la mano derecha.

—Ignoro quiénes son ustedes —les dijo con lengua estropajosa —, pero me parecen enviados del cielo. Sin duda no pertenecen a la pandilla de bandidos. En ese caso, libértenos, hermanos.

El segundo individuo parecía una bola de manteca y era enteramente clavo.

No sólo su cuerpo era redondo, sino sus manos, sus brazos, su cabeza, eran semejantes a alargados cuerpos esféricos.

Llevaba un anillo provisto, anteriormente, de una piedra enorme que brillaba, a la sazón, por su ausencia, como si se la hubieran arrancado sin quitar el anillo de su dedo grasiento y redondo.

—Sí —dijo con marcado acento local, es decir, acabando en us todas las palabras terminadas en o as—. Desatadnos.

Monk corrió hacia ellos impulsivamente y le preguntó:

—¿Quiénes son ustedes?

—Leases Moore —replicó el sujeto acartonado, a quien le faltaban los dientes y el pulgar.

—Quince Randweil —dijo su obeso acompañante.

—¡Oh! —Monk les dirigió una mirada de soslayo—. ¿Los dos caballeros desaparecidos en Tulsa?

Y Ham exclamó:

—¡De la ropa de mister Moore nos apoderamos en Nueva York!

Moore hizo una mueca.

—¿Cómo voy a saber yo lo que esos tunantes han hecho de ella? —dijo—. Se apoderaron de mi traje tras de apoderarse de mí en el momento en que me apeaba, con Quince, del coche.

—¿Es éste un sedán que tiene cristales irrompibles? —le interrogó Monk, pensando en el automóvil en que habían tratado de escapar.

—Eso es —replicó Moore—. Pero ¿van a soltarnos o no?

Doc se acercó a las manillas que les esposaban, examinó sus eslabones y descubrió que no eran extraordinariamente fuertes. Las calderas le ofrecían un punto de apoyo excelente.

Cogió, pues, los eslabones, se colocó en posición y puso en juego sus enormes tendones. La delgada cadena de metal se rompió con intermitentes chasquidos.

—¡Bondad divina! ¡Ahora sé quién es usted! —exclamó Quince Randweil.

Doc guardó silencio; y terminó de desunir los eslabones.

—He oído hablar de usted —siguió diciendo Randweil—. Es usted Doc Savage —pronunció "Savvash"

—Lo menor que podemos hacer ahora —observó el hombre de bronce, sin hacerle caso y dirigiéndose a sus camaradas—, en salir de aquí cuanto antes. Probaremos a embarcarnos de nuevo en el coche de los cristales irrompibles.

En consecuencia, el grupo se aproximó a la sucia ventana.

—¿Por qué estaban presos? —interrogó Monk a Moore.

—Es un misterio de los más profundos —replicó el interrogado —. Lo ignoramos.

—¿No han pedido un rescate por ustedes?

—Ni siguiera se ha hablado de él.

—¿Sabe cómo se llaman esos bandidos?

—Sólo el de ese bribón de Stunted, a quien no había visto jamás antes de ahora, como tampoco a ningún componente de la pandilla. Lo mismo le dirá, aquí, Randweil.

El aludido afirmó con una inclinación de cabeza que puso en movimiento toda la grasa acumulada sobre su persona.

—¿Qué es lo que pretende la banda? —siguió preguntando Monk.

—¡Que me registren! Ese es otro misterio —replicó Moore.

Doc Savage manipulaba en la ventana y, al cabo, logró abrirla sin que rechinara mucho.

—¡Afuera! —ordenó; y alzó en vilo al flaco Moore hasta colocarle a un nivel de la ventana tras de haber dirigido, previamente, una ojeada al exterior.

A continuación prestó la misma ayuda a Randweil. Él y Moore corrieron en dirección del punto donde se hallaba el coche que había sido traído al claro y distaba unos metros de la casa. Ambos avanzaron osadamente, con mas prisa que precaución.

—¡Qué idiotas! —comento Monk—. Deberían ser más prudentes... por lo menos hasta que todos hayamos salido de aquí.

De pronto se le abrió la boca y su rostro expreso un cómico desaliento.

Leases Moore y Quince Randweil habían puesto el coche en marcha y huyeron en él a todo gas. El motor zumbaba ruidosamente.

—¡Oh! ¡Qué traicioneros! Han estado jugando con dos barajas.

El simiesco químico tenía un gravísimo detecto. Cuando se encolerizaba se inclinaba a actuar al instante, sin detenerse a meditar en las probables consecuencias. En aquellos momentos procedió de igual suerte.

Dio muestras de persecución de los fugitivos. Doc le puso la diestra en un hombro y le movió a adentrarse en la pieza.

—¡Aguarda!

En el piso de encima se oían voces de alarma, gritos y carreras. Los ladrones habían oído arrancar al coche y comenzaban a disparar sus armas.

—Es posible que no hayan visto quiénes iban dentro y crean que hemos escapado —observó Doc—. Circunstancia tan afortunada nos dará ocasión de recorrer toda la casa son ser molestados y quizá sepamos algo que aclare un poco nuestras dudas.

Arriba sonaba, con intermitencias, toda una serie de ensordecedores estampidos que surgían, sin duda, de la boca del auto-rifle, propiedad de Stunted.

Los revólveres de seis tiros producían un ruido semejante al de los cohetes y una escopeta tronaba a más y mejor. De la casa salieron, a paso de carga, todos los componentes de la banda.

Era muy posible que hubieran tropezado en el pasillo con el bizco, privado de conocimiento. La rabia feroz de que parecían poseídos hubiera sido ridícula en otras circunstancias, mas no a la sazón.

Doc había cerrado la polvorienta ventana y presenciaba la escena desde detrás de los empañados cristales.

Monk le interrogó con una sonrisa:

—¿Los has contado?

—No —replicó Doc Savage.

—Pues lo menos corrían una docena detrás del coche. Me parece que no deben quedar más hombres en la casa.

Doc hizo una inclinación de cabeza, como mostrándose de

acuerdo.

—Ahora se nos ofrece, pues, la tan ansiada ocasión de examinarla bien —manifestó.

Los tres hombres abandonaron la planta baja. Los crujidos de la escalera les parecieron más fuertes durante su ascenso que durante el pasado descenso, porque imperaba profundo silencio en la mansión.

—Yo no he visto salir a Lanca —murmuró Monk—. Quizá demos con ella. Si así fuera deberíamos someterla a un interrogatorio.

—¿Y exponernos a que nos pegue un tiro? —dijo, pesimista, Ham.

Los tres aplicaron el oído. Fuera bañadas por el sol matinal, gorjeaban las aves. El viento susurraba, suave y pérfido, entre las hojas de los robles.

Entonces fue cuando oyeron una voz sonora, bien modulada, que hablaba a intervalos. Le respondía otra voz metálica en inteligible.

Monk dijo muy quedo:

—¡La radio! Veamos quién utiliza el aparato.

Los tres se dirigieron, sin vacilar a la habitación provista del aparato transmisor y receptor de radio. La puerta estaba abierta. Uno de los bandidos se inclinaba sobre el aparato, sosteniendo, abierto en al mano.

El librito cifrado.

—¿Te parece, pues, que la temperatura más cálida es la de San Francisco? —decía.

—Viejo, en posible que tengas razón y, si como dice el manual, Frisco es el punto más adecuado, iremos allá…

Inesperadamente, Stunted aulló a espaldas de Doc, Monk y Ham:

—¡A las armas, señores! ¡Defiéndanse ustedes!

A pesar de su villana condición parecía poseer una parte del espíritu caballeresco que se atribuye, hoy, a los antiguos malos del oeste. Le repugnaba hacer fuego sobre seres indefensos.

Ya hubiera vuelto del exterior sin ser oído, ya hubiera permanecido en la casa, de haber disparado, sin previo aviso, Doc Savage o la pareja que le acompañaba o, posiblemente, los tres, hubieran muerto en aquel mismo punto y hora.

Al no ser así, los tres obedecieron, inconscientemente, la orden

de su adversario. Rápidos como saetas se metieron en la habitación de la emisora.

El bandido que allí estaba de guardia gritó, alarmado, y trató de sacar el revólver. Pero era infinitamente tardo de movimientos.

Doc franqueó, de un salto, la distancia que le separaba de él, le amenazó con un directo que el bandido eludió situándose, de un bote, sobre la mesa que sostenía la emisora.

Su peso rompió unos hilos de los cuales brotaron chispas y se levantó una columna de humo azulado. En el ínterin había logrado extraer el revólver de un bolsillo, que se le escapó de la mano y cayó a tierra.

Monk se apoderó de él.

Fuera, en el corredor, aullaba Stunted:

—Señores, tienen ustedes poquísimo sentido común… ¡Vengan acá! ¿No comprenden que las balas de un rifle atraviesan las paredes de esa habitación?

Monk levantó el brazo armado con el revólver de bandido, lo pensó mejor y tornó a bajarlo dirigiendo, al propio tiempo, una sonrisa a sus camaradas.

—Quizá no disparará si cree que continuamos desarmados —observó.

Stunted levantó la voz. Pedía auxilio, ahora. No quiso entrar en la habitación. Su voz potente bastaba para poner sobre aviso a sus compinches.

El bandido cayó de la mesa al suelo y ya no se movió más. Humeaba el agujero abierto en su chaqueta por la descarga eléctrica. Ham se le aproximó y le puso un pie encima.

Doc abrió una ventana haciendo bastante ruido para que Stunted le oyera.

Luego escuchó. Stunted guardaba silencio. Tomó entonces una silla y la tiró por la ventana. El mueble sonó, al herir el suelo, como si él acabara de saltar al otro lado. Stunted profirió un juramento y le oyeron correr a la puerta de entrada. Doc precedió a sus dos hombres en la huída, les condujo al pasillo que acababa de desalojar Stunted. En el ala opuesta del primer piso descubrieron una ventana abierta, deslizándose por ella al claro.

A cierta distancia oyeron los gritos de excitación que lanzaba la banda.

Acababa de oír la voz de Stunted. Este último contestó a sus alaridos poniéndose al corriente de lo ocurrido.

Doc y sus camaradas apretaron a correr. Fue el oído entrenado de Doc el que le avisó que Stunted corría ya en torno de la casa y que pronto iba a echarles la vista encima. Doc dio una orden en voz baja.

Los tres se tendieron, de bruces, sobre la áspera hierba. Stunted dobló, resoplando, la esquina del edificio y se detuvo. Su respiración anhelosa se oía claramente. En cierta ocasión juró entre dientes.

Doc y sus camaradas guardaban una absoluta inmovilidad. Parecía increíble que no fuesen descubiertos. Pero Doc se sentía seguro de que ello sucedería al cabo. Monk empuñaba el revólver y aguardaba.

Una voz musical, femenina, llamó al bandido.

—¡Stunted! ¡Los fugitivos se hallan el otro lado del edificio!

Doc levantó los ojos. Sus compañeros le imitaron. La extraña desconocida, que respondía al nombre de Lanca, estaba asomada a una ventana del primer piso. Miraba a Stunted y le indicaba con el gesto el ala opuesta de la casa.

—¡Les he visto salir de allí por una ventana! —gritó excitada—. Y corrieron al oírte. ¡Date prisa, no se te escapen!

Stunted titubeó, refunfuñando. Mas, al cabo, giró sobre sí mismo y se lanzó en pos de los fugitivos, engañado por la muchacha. Esta miró a Doc y sus camaradas, a quienes veía perfectamente desde lo alto.

Agitó vivamente un brazo para darles a comprender que no desperdiciaran la oportunidad que se les ofrecía de escapar sin ser vistos.

Ellos la obedecieron.

Los matorrales se cerraron a sus espaldas en el mismo instante en que un grupo, desbordado, de malhechores penetraba en el claro anexo a la mansión.

Monk había calculado mal el número de aquellos hombres, porque sumaban, en conjunto, veinticuatro y todos iban bien armados.

—Permanezcamos ocultos y sin movernos de junto a la casa —propuso Monk a Doc. Era aquella una idea que el hombre de bronce

se disponía a aprobar, pero que fue impracticable porque la banda había dado ya con su pista y la seguía con una rapidez tal, que indicaba que ella contaba con un rastreador de sin igual habilidad.

Doc y sus hombres se vieron, pues, obligados a retroceder, seguidos de cerca por sus perseguidores. Un riachuelo de lecho rocoso les proporcionó un momento de respiro. Le vadearon, marchando primero contra la corriente y dejando una falsa pista en la ribera, tornando a entrar, luego, en el agua y bajando por ella y, una vez hecho esto, volvieron a emprender el camino de la casa confiando en que sus perseguidores perderían un tiempo precioso en seguirles los pasos.

—¡Cómo nos ha ayudado esa muchacha! —susurró, maravillado, Monk—. ¿Por qué nos haría prisioneros la primera vez?

Ham replicó con acento pausado:

—¿Sabes? A mí se me figura que la detención fue casual. Lanca debió creer que formábamos parte de la banda.

—Pero ¿qué hacía dentro de coche?

Ham se encogió de hombros.

—Lo ignoro —replicó—. Tal vez trataba de escapar.

Monk miró a Doc.

—¿La abandonaremos así? —interrogó.

—No. Justamente para poder hablar con ella os hago volver a la finca —le contestó el hombre de bronce.

Su huída les había separado casi dos millas del riachuelo y durante el regreso a él procedieron con cautela. Avanzaban separados unos de otros por la distancia de cien pies, o cosa así, a fin de que, si cualquiera de ellos fuera descubierto, se hallaran los otros en posición de poderle prestar ayuda.

Fue justamente el abogado quien, unos diez minutos más tarde, hizo alto en mitad de un espacio despejado y clavó una mirada perpleja en el vacío.

A través de una brecha abierta en los robledales acababa de divisar un cobertizo de regulares dimensiones, cuya moderna construcción le intrigó en grado sumo. Dio media vuelta y corrió al encuentro de Doc.

No fue poca su sorpresa y, ¿por qué no decirlo?, Su decepción, al descubrir que el hombre de bronce había atisbado ya aquel cobertizo y que, encaramado, a la sazón, en un árbol, le observaba

con la mayor atención.

—¿Qué opinas? ¿Será propiedad de la banda? —quiso saber Ham.

—Lo acaban de rodear —le notificó Doc.

—¡Ahora entran! Veo con ellos a Lanca.

Ham exclamó con acento de asombro:

—¡Toma ¿Pues no nos andaban persiguiendo?

—Hace lo menos diez minutos que han dejado de hacerlo —le replicó Savage.

Por dos veces silbó imitando de la manera más perfecta el canto de un ave común en Oklahoma. Era ésta una señal convenida de antemano por los tres camaradas para llamarse unos a otros, y Monk apareció a poco avanzando con paso tardo. Sus ojillos miraron, curiosos, a Doc.

—Observa ese cobertizo —le dijo su jefe—. En él acaban de entrar nuestros amigos.

Monk trepó por un árbol poco elevado con una agilidad jamás igualada por aquellos simios a quienes tanto se asemejaba. Y desde la improvisada atalaya escudriñó el cobertizo.

—No parece un cobertizo corriente —observó—. Además, es circular.

—Aproximémonos a él y le observaremos más de cerca —propuso Doc.

Los robledales eran muy poblados y en el pequeño valle que tuvieron que atravesar, las zarzas y los arbustos espinosos y entrelazados, formaban una barrera caso inexpugnable que les llevó mucho tiempo atravesar.

A ambos lados del valle crecían los árboles tan espesos que les ocultaban el cobertizo por completo. Hallábanse aún junto al arroyo cuando un estruendo prolongado, restallante, conmovió el aire.

Fue muy fuerte y tan claro que no les pasó inadvertido. Ellos le habían oído ya en Nueva York y también allí, en Oklahoma.

Era aquel fragor espantoso que al decir de los comunicados periodísticos y de los locutores de las estaciones de radio, había amedrentado a los habitantes de diversos estados de la nación.

Aquellas detonaciones iban acompañadas de las estelas luminosas en todos los casos. Mas, a la sazón, ni Doc ni sus acompañantes divisaron surco alguno de fuego en el espacio

brillante de sol.

—¡Vamos! —dispuso Doc con inesperada viveza—. ¡Aproximémonos al cobertizo!

Emprendieron la carrera y al cabo de un momento se le escapó a Monk un grito de sorpresa.

—¡El cobertizo está ardiendo! —aulló.

Sin duda alguna se le había rociado de gasolina o de otro líquido inflamable, tal vez, porque cuando lo alcanzaron estaba convertido en una pira, crepitante, de llamas.

El calor espantoso que se desprendía de aquella hoguera improvisada incendiaba ya los árboles más próximos. Doc y sus camaradas dieron varias vueltas en torno de la pira sin ver nada, sin oír gemidos reveladores de que se hallaban dentro seres humanos.

Claro que, por entonces, de haberlos, habrían muerto ya... Resignáronse, pues, a permanecer inactivos contemplando cómo ardía el cobertizo y se cuidaron, eso sí, de extinguir las llamas que, al extenderse, hubieran originado el incendio del bosque entero.

Una vez que estuvieron seguros de haberle librado de la catástrofe, volvieron a la quinta de la planicie. De ella habían huido todos sus habitantes destrozando el aparato de radio, y el dormitorio quedaba desembarazado de chaquetas y pantalones. Doc no llevaba encima los ingredientes de que se valía, generalmente, para recoger las huellas digitales que le interesaban.

Mas su ingenio fértil en recursos le sugirió la idea de hacer una mezcla de corcho quemado y de la pulverizada mina de un lápiz que aplicó a todas las superficies desnudas de la cocina.

Las examinó valiéndose, a manera de una lente de aumento, del fondo de vidrio de una botella vacía, operación en al que invirtió algún tiempo, y durante ella le estuvieron observando Monk y Ham, que guardaban respetuoso silencio.

Ambos conocían de antiguo su enorme y extraordinaria capacidad de retentiva. Por ello hubieran apostado, sin temor a equivocarse, a que Doc reconocería, mas tarde, aquellas huellas al descubrirlas, posiblemente, en cualquier jefatura de policía.

Al salir de la cocina se volvió a verificar un registro de la casa sin que él les proporcionase una manera de resolver el misterio de que aparecía rodeada la muerte de Spanner o el robo perpetrado en el Banco de Kansas, o el enigma presentado por la aparición de

aquellas estelas flamígeras que surcaban los espacios.

Desanimado en alto grado, Doc invitó a sus compañeros a volver junto al incendiado cobertizo. Éste se consumía rápidamente, se convertía en pavesas...

Doc intentó remover sus cenizas, mas el procedimiento resultó tan infructuoso como el registro de la finca.

Aquel fuego devastador que consumía toda materia inflamable, había fundido, al propio tiempo, los metales encerrados en el cobertizo, convirtiéndolos en una masa informe, irreconocible.

De él se salvaron únicamente dos grandes tornos cincelados por una mano hábil.

—Creo que ya no tenemos nada que hacer aquí —dijo Monk.

Ham adoptó una grave expresión.

—Pienso —dijo al ser interrogado por sus camaradas—. En lo que puede haberse hecho de Lanca y de la banda. ¿Habrán ardido todos?

Doc guardó silencio.

A su regreso a Tulsa hallaron por el camino al cerdo Habeas Corpus.

# CAPÍTULO VII

## *EL PELIGRO DE SAN FRANCISCO*

UNA vez en la ciudad gastó Doc cuatro horas justas en hacer averiguaciones, de las cuales obtuvo datos interesantísimos. El revólver que Monk le arrebatara al bandido muerto junto a la emisora, en la finca de los robledales, se lo había vendido un año antes a Leases Moore. Doc supo también que el mismo sujeto había adquirido, durante los últimos seis meses trascurridos, rifles, revólveres, ametralladoras, escopetas, y todo un arsenal, en fin, de armas de fuego.

—Esto explica la procedencia del rifle que Stunted se empeñaba en arreglar —observó Monk.

En cuanto a la finca de la planicie, había sido erigida a voluntad de cierto indio asoge —fallecido ya— al cual enriqueciera la explotación de petróleo.

La explicación venía a corroborar aquella otra dada a Monk por un componente de la banda de malhechores. Doc la obtuvo de labios de cierto redactor del Gráfico uno de los periódicos locales de la mañana, que hacía acopio de informes escritos por él de manera graciosísima.

El tal redactor hubiera podido competir con Ham en materia de elegancia y era una fuente inagotable de información, en sus archivos conservaba material abundancia referente a al vida y costumbres de los habitantes de Tulsa más destacados.

Gracias a sus informes pudo realizar Doc un estudio minucioso, interesantísimo, de la carrera emprendida por Leases Moore y Quince Tandweil.

El primero era corredor de fincas, principalmente interesado en el arrendamiento de los campos de petróleo. Esto en apariencia; en

realidad era un acabado bribón que robaba a mansalva. Jamás había estado preso.

No cabe decir más en alabanza de su pericia en la materia. Su ambición, su carácter astuto y emprendedor, le habían hecho millonario. Quince Randweil se dedicaba a otras actividades.

Había comenzado su existencia en calidad de crupier de un pequeño garito.

Durante la época de prohibición, habíase dedicado a al venta clandestina de licores y, por último, tenía arrendado un campo destinado a las carreras de perros, negocio lucrativo en grado sumo.

Secretamente era un jugador sin ley ni freno, aun cuando, en público, arriesgara, raras veces, un puñado de dólares. Por ello se le denominaba en broma el zar de la timba.

Mas, lo mismo que Moore, jamás había sido acusado de reo de otros delitos que los de menos cuantía. A saber: de tener estacionado el coche más tiempo de lo reglamentario, de llevarlo a una velocidad espantosa; de apagar sus faros después de estar estacionado y así por el estilo.

De tan pequeñas infracciones se originaba, no obstante, una serie de pruebas convincentes. ¿Era que no bastaban por sí solas para atraer sobre la cabeza del culpable el castigo a que se hacía acreedor?

La pregunta fue dirigida por Doc al redactor del Gráfico.

El interrogado repuso:

—Sí, justamente por eso se ha tratado de echarle de aquí, en diversas ocasiones. Ello fue hará cosa de dos años. Ahora ya no se piensa en eso.

De la información obtuvo Doc un dato importantísimo, relacionado con el aeropuerto de Tulsa. Sólo que no fue el redactor quien se lo proporcionó, sino Monk, en el momento de examinar, distraído, la lista de pasajeros salidos, en aquella misma mañana, de Tulsa por vía aérea.

Emocionadísimo telefoneó a la redacción del Gráfico donde estaba Doc a la sazón.

—¡Nos estamos quemando! —le participó.

—Sí, ¿eh?

—Sí, ¡Leases Moore Quince Randweil acaban de poner los pies en polvorosa! ¡Se dirigen a San Francisco en aeroplano!

Doc no trató de perseguirles y por ello se abstuvo en esta ocasión de emprender el viaje a California en un rápido aéreo. De Tulsa iba a salir un correo tan veloz como cualquier otro aparato de la Compañía.

Doc tomó pasaje en él de manera que le llevaba a bordo cuando despegó del aeropuerto. Durante el viaje se sirvió de su emisora para comunicarse con Nueva York y conferenció con Long Tom, Johnny y Renny; los tres camaradas que allí había dejado, pero ninguno de los tres pudo proporcionarle dato alguno digno de interés que se relacionase con la muerte de Spanner.

En el primer punto de parada adquirió revistas y diarios en cantidad. Ya se sabían novedades referentes a las flamígeras estelas que surcaban el espacio y la policía relacionaba su aparición con determinadas actividades punibles, ya que, en tres casos distintos, descontando el robo efectuado en el Banco de Kansas, habíanse perpetrado latrocinios, muy lucrativos, poco antes de cruzar los susodichos surcos el horizonte de los estados.

Doc leyó estas noticias mientras se proveía de carburante el aeroplano y las fue digiriendo en el restaurante del aeropuerto, entre bocado y bocado de sándwich.

Por ello, sin duda, no reparó en un sujeto muy bien vestido que le observaba hacía ya largo rato. Desde luego le hacía objeto de un examen furtivo, pues, de otro modo, hubiera llamado la atención.

El sujeto en cuestión había subido a bordo en Tulsa, lo mismo que ellos y, con tres personas desconocidas, componía el resto del pasaje.

Por todo equipaje llevaba dos maletas, una de ellas muy grande, y otra de tamaño regular. Desde el punto y hora en que entró en el aeroplano ocupó su asiento, situado a proa, y desde entonces no había mirado a Doc con más insistencia o curiosidad de la usual en estos casos. Pero sí le vigilaba, en aquel momento, desde la parte de fuera del restaurante, casi al lado de la ventana que ocupaba el hombre de bronce. Aun así, fue el primero en volver a bordo cuando hubo cargado el correo su provisión de combustible.

Rápidamente se agachó, abrió la maleta pequeña y de su interior sacó un objeto que, a primera vista, podía tomarse por un rollo de alambre muy apretado.

Una vez que lo tuvo en la mano, volvió sobre sus pasos y lo

colocó en una red de las del equipaje para que no lo vieran. Después salió del aeroplano, y corrió al restaurante con velocidad extraordinaria y conferenció desde allí por teléfono con una ciudad del estado de Arizona.

Antes había consultado un librito de notas que llevaba en el bolsillo.

—¡Hace un día espléndido! —exclamó junto al receptor.

—¡Magnífico! —le contestaron—. Ya te recogeremos, ¿entiendes?

—Entiendo —replicó el sujeto bien vestido. Y no habló más. Cogió el auricular y voló a ocupar su asiento en la gigante nave aérea, cuyos motores giraban ya ruidosamente fuera de la acolchada cabina.

El viento sonaba con fuerza en las capas altas de la atmósfera. La nave picó y despegó. A sus pies se extendía una región arenosa, alfombrada de salvia, a trechos, en la que uno que otro montículo aislado no bastaba para alterar la monotonía del paisaje.

El aparato voló por espacio de dos horas seguidas. La tarde ya estaba muy avanzada. El sujeto bien vestido se inclinó y abrió la maleta grande.

Encerraba un paracaídas. Agachado como estaba para no llamar la atención, le costó ímprobo trabajo sujetárselo al cuerpo. Y cuando lo hubo logrado miró en torno para ver si lo observaban.

¡Ah, sí, sí! Doc Savage se había levantado, avanzando por el pasillo y se acercaba…

El desconocido se lanzó como loco a la portezuela de la cabina, pugnó por abrirla. La mantenía cerrada la corriente de aire que originaba la hélice del aparato.

Cuando, al cabo, se hubo salido con la suya, pretendió arrojarse al espacio.

En su rostro alboreaba una expresión de triunfo… que se alteró, de pronto.

Una mano, ¿o la garra de metal de una grúa?, Acababa de asirle por el tobillo. Simultáneamente, lanzó un grito penetrante.

Aplastado por la espantosa fuerza del viento pendía, cabeza abajo, del aeroplano y sólo la mano que le tenía sujeto le impedía caer en el vacío.

Su cuerpo azotó el duro fuselaje del correo aéreo. Luego,

pausadamente, le elevaron hasta el nivel de la portezuela. Desesperado, sacó un arma de fuego.

El viento le agitaba cual si de un trapo se tratara y erró el tiro. Asióse entonces al marco de la puerta y afinó la puntería. Doc le dejó caer. No cabía otra cosa. Sólo aquel movimiento podía salvarle la vida.

El desconocido descendió por el aire dando vueltas y más vueltas. Mas, a juzgar por el movimiento que, sabiamente, le imprimía a las piernas, era evidente que no era aquella la primera vez en que daba el saldo mortal.

Al cabo, recobró la posición vertical, tiró del cordón y, semejante al capullo de una flor que se abre, extendió sus pliegues sedosos el paracaídas. A bordo reinaba un tumulto indescriptible.

Los pasajeros gritaban, corrían asomarse a las ventanillas situadas junto a la portezuela, trastornado el equilibrio perfecto del aeroplano y originando los sermones de piloto que se desgañitaba en vano.

Doc Savage se le colocó al lado de un salto.

—¡Siga a tierra a ese hombre! —le ordenó.

Y tal era la fuerza irresistible de su acento que, sin saber por qué, el piloto le obedeció.

Monk avanzó pasillo adelante con la furia de un rinoceronte y se detuvo junto a él.

—Oye: ¿por qué se habrá tirado ese sujeto del aeroplano? —interrogó, receloso.

Doc abarcó de una ojeada el horizonte y no vió nada alarmante. Tampoco abajo, en tierra firme, descubrió señal alguna visible.

—Lo ignoro. ¡Verifica un registro de la cabina! —ordenó al químico.

Los pasajeros protestaron con energía, ruidosamente. Se negaban a dejarse registrar y no había tiempo que malgastar en explicaciones.

Ham perdió la paciencia y derribó por el suelo a un viajante barbilampiño que trataba de defender un maletín de chagrín. Una vez abierto se vió que encerraba una pequeña fortuna en piedras preciosas.

En la lucha entablada con una gorda obstinada como una mula, perdió Monk parte de los cuatro pelos —¡diremos mejor cerdas!—

rojos que tenía.

El piloto continuaba luchado con los mandos.

Su segundo y la esposa de éste hicieron lo que pudieron por restablecer el orden. En realidad, únicamente lograron sumarse al concierto de voces y gritos. Pero Doc se salió con la suya.

Fue él quien, al fin, descubrió la bomba oculta en la red por el desconocido.

Abrió al punto una ventanilla y la arrojó al espacio. No se pudo precisar si estalló n poco antes o en el momento de chocar con el duro suelo.

Lo que sí se vió fue la columna espesa de humo, el chorro de tierra y piedras que sucedieron al impacto en cantidad suficiente para demostrar prácticamente a los pasajeros lo que les tenía reservado el destino.

Aquella explosión hubiera deshecho en menudos fragmentos la gigante nave aérea. El piloto había seguido al paracaidista únicamente hasta el momento en que las idas y venidas de los pasajeros alteraron el equilibrio del aeroplano. El alboroto que se produjera a continuación le hizo olvidar la orden del hombre de bronce. Por ello, a la sazón se hallaba el aeroplano a cierta distancia del paracaídas. El banco y sedoso capullo había caído de un cañón, era sólo un punto en el desierto…

Doc tornó a acercarse al piloto. Con torvo semblante le mostró una pequeña tarjeta. El digno sujeto rectificó el rumbo seguido por la nave después de leerla.

En ella se descubría la identidad de Doc Savage y, sin excepción, se rogaba a todos los empleados de la Compañía, que acataran sus órdenes, a petición suya.

Ello se debía, en parte, a que el hombre de bronce, poseedor de una fortuna considerable que nadie soñaba en atribuirle, era el principal accionista de aquella línea de aeroplanos.

Sin embargo, un aterrizaje en el cañón era imposible de todo punto y el terreno más próximo donde podía verificarse sin peligro el descenso del aeroplano distaba de aquél una milla larga.

El piloto dirigió allá la nave aérea.

—¿Está armado? —le interrogó Doc.

El piloto hizo un gesto, afirmando.

Doc voló en dirección del cañón, y sus compañeros le siguieron.

El camino era malísimo. Las púas de los mezquites les rasgaron los trajes, en más de una ocasión, y los cactos les punzaron dolorosamente las carnes.

Junto a ellos silbó, una vez, una serpiente de cascabel. Monk se detuvo en seco poco después, haciendo un ruido singular con la garganta. Lo que dijo se perdió en el estruendo inesperado, ensordecedor, de un trueno que procedía, al parecer, del cañón.

—¡He aquí, eso otra vez! —exclamó. Y buscó en vano, en el horizonte, uno de los característicos surcos de fuego.

Luego, los tres reanudaron la marcha.

Durante ella se dejó oír el trueno por segunda vez. Alzaron la vista. No vieron nada.

La lectura de los espacios les fue fatal o por lo, menos se lo pareció cuando al llegar al cañón no hallaron rastro en él de su presa. Lo que sí localizaron fue el punto donde cayeron el paracaídas.

Allí las huellas de unos pies impresas en la arena revelaban por dónde cayera el paracaídas. Allí las huellas de unos pies impresas en la arena revelaban por dónde había huido el presunto asesino.

Ellos las siguieron. Terminaban de manera confusa en mitad de un espacio arenoso sobre el cual se destacaban con una limpieza extraordinaria. Pero en el punto mismo donde desaparecían se hallaba removida la arena como absorbida, de momento, por un pequeño ciclón y dejada caer, al punto, desde lo alto. Monk insistió, ceñudo, en que todavía flotaba en el aire una parte de ella. Con todo, anduvieron registrando el cañón por espacio de una hora, antes de convencerse de que, de manera inexplicable, todavía, había desaparecido el hombre que andaban buscando.

—En este caso hay muchos puntos oscuros —fue Monk quien, refunfuñando, hizo el comentario—; Pero lo que es éste le da a todos ciento y raya.

# CAPÍTULOVIII

## *EL HERMANO DEL MUERTO*

HABÍA niebla en San Francisco. El aire estaba saturado de humedad. Ella ablandaba el papel de los periódicos que Monk trajera a la habitación del hotel, donde se hospedaba Doc.

Monk parecía desconcertado y agitó en el aire los periódicos que empuñaba.

—¡Malditos reporteros! —gruñó—. ¡Llevamos en San Francisco menos de dos horas y todos los periódicos traen ya la noticia! ¡Quisiera saber quién se la ha comunicado!

—Yo mismo —replicó Savage.

—¿Tú? ¡Qué raro! —Monk meneó la cabeza con aire grave—. Por regla general procuras que no salga tu nombre a relucir…

—Te diré: hasta ahora contamos con poquísimas pruebas, casi ninguna en realidad, sobre que hacer deducciones…

—¡Harto lo sé!

—Por ello deseo ponerme en relación con los periodistas. No es imposible que, al fin y a la postre, aporten algunas de utilidad para el caso que nos ocupa —concluyó Doc.

Monk exhibió una sonrisa de duda.

—Bien —dijo al fin—; todos los caminos llevan a Roma…

Doc le quitó uno de los diarios que traía, pero prestó escasa atención a la historia impresa de su llegada a California.

La gacetilla indicaba, entre otras cosas, que el hombre de bronce había arribado a las costas occidentales de la nación con objeto de iniciar una investigación encaminada a aclarar el misterio que envolvía el asesinato de su amigo Spanner… si realmente se la había asesinado.

En un suelto aparte del mismo periódico se mencionaba otro

sucedido reciente. Parecía ser que el director de aquel diario que recibiera ya una misiva acabada de recibir otra en la cual se continuaba afirmando que Spanner vivía y al propio tiempo volvía a pedirse por su rescate una cantidad determinada.

—Eso en una artimaña de que se vale ese director para darle una salida al periódico —le sugirió Monk a Doc después que su jefe le hubo leído el párrafo—. No será el primero que se rebaja de ese modo.

Sin molestarse en contestar, descolgó Doc el auricular telefónico y pidió comunicación con la redacción del periódico que le interesaba. Ante todo, reveló su identidad al director y después le confesó:

—Me gustaría leer estar cartas…

El otro trató, ladino, de llegar a un ajuste.

—No tengo inconveniente —replicó—. Pero a cambio tendrá que concedernos una exclusiva de información…

—¡No en mis días! —replicó prontamente Doc Savage.

—En ese caso puede esperar sentado, a que yo le envíe las cartas —le dijeron.

El hombre de bronce recibió aquella noticia impertérrito.

—Como guste.

Menos seguro de sí mismo quiso saber el director:

—¿Que va a hacer?

—Dar cuenta, en otros periódicos, de lo que acaba de sucederme con usted —le notificó Doc—. Quizá le interese al público saber que pretende oponerse al buen éxito de las gestiones que van a llevarse a cabo para saber el paradero de Spanner. Por otra parte, tenga en cuenta que desempeño un cargo en el cuerpo de policía y que por ello daré parte a las autoridades de su negativa de información y cooperación a un agente. También puedo recurrir a otros expedientes no menos eficaces. Por ejemplo: como sé que la mayoría de acciones de su periódico pertenecen a una compañía de la que soy Director…

—Bien, todas las ventajas están de su parte —confesó, interrumpiéndole, el director del periódico—. Ya le enviaré esas cartas.

Doc acababa apenas de colgar cuando sonó el timbre del teléfono. Le llamaban desde la gerencia del hotel.

—Un tal mister Nock Spanner desea ver a Doc Savage —le comunicaron—. Dice que en hermano de Willard Spanner.

—Que suba —dijo Doc. Y colgó el receptor de su gancho.

El hombre de bronce advirtió a Monk y Ham de la llegada de una visita y les notificó de quién se trataba.

—¡Caramba! ¡Ignoraba que Spanner tuviera un hermano! —exclamó el químico.

—Pues así es —repuso Doc.

—¿Le conoces tú?

—No. Es perito militar y se hallaba en China. Ahora ha vuelto, por lo visto...

Un discreto golpecito dado en la puerta hizo levantarse a Doc de su silla y admitió a la visita en la habitación. Nock Spanner parecía hombre vigoroso y tenía una estatura que sobrepasaba en mucho a usual. Aun cuando el cabello blanqueaba en las sienes no tendría más de unos treinta años. En la muñeca izquierda lucía un enorme reloj, cuya pulsera se componía de monedas chinas unidas entre sí por eslabones.

—Por los periódicos acabo de enterarme de que viene a San Francisco para aclarar el misterio que envuelve la muerte de mi hermano —dijo con acento vigoroso y el tonillo especial que contraen ciertos americanos que llevan viviendo varios años en el extranjero—. Yo estoy aquí desde esta mañana.

—¿Tiene idea de lo que había traído a su hermano a San Francisco? —le interrogó Doc.

Nock Spanner le dio media vuelta a la pulsera de monedas chinas que le molestaba por estar demasiado apretada, quizá.

—Vino aquí para verme —declaró—, pues llevábamos separados siete años largos. Yo he acabado un trabajo en China y deseo establecerme en los Estados Unidos.

—¿Por qué supone usted que haya podido asesinarse a Willard?

Nock tornó manipular en al pulsera.

—¿Qué sé yo? Tengo enemigos en China —confesó—. Sin embargo, no creo que hayan pretendido herirme a través de mi hermano.

—Pero ¿sería posible?

Nock se encogió de hombros.

—Desde luego no puedo creer otra cosa —dijo—. Conozco muy

poco las reacciones entabladas por Willard durante mi ausencia. Es posible que también se haya creado enemigos… si es que no se trata exclusiva y simplemente de sacarle dinero. Si así fuera estoy dispuesto a pagar lo que sea por su rescate, que, al decir de la Prensa, asciende a cincuenta mil dólares.

—¿Posee usted esa cantidad?

Nock Spanner hizo un gesto afirmativo. De uno de sus bolsillos extrajo un automático de fino cañón y a continuación un fajo de billetes que mostró a Doc.

—Sí. Puedo pagar ese rescate —dijo—, pero antes desearía convencerme de que mi hermano no está muerto. Quiero hacerles una pregunta a las personas que han escrito esas cartas y si me contestan acertadamente sabré que está vivo.

—¡Caramba! ¿Tan eficaz será la pregunta? —exclamó Savage.

—Sí lo es. Les preguntaré si saben cómo me llamo de segundo nombre, porque no lo he usado desde la infancia y, desde luego, les aseguro que lo conoce mi hermano.

—Bien, pues tendremos aquí esas cartas de un momento a otro —le prometió Doc.

En efecto; de allí a poco las trajo un mensajero. Las dos estaban impresas sobre un papel marrón, de envolver, que es más difícil de identificar y no presentaban huellas digitales.

Redactadas en una forma simple y clara, declaraban que Willard Spanner estaba vivo todavía y que se le daría libertad a cambio de una suma de cincuenta mil dólares, pagadera en pequeños billetes.

Como posdata llevaba esta frase aclaratoria:

*“Telefonaremos cuando lo creamos oportuno.”*

—¡Hum! ¿Se arriesgarán a tanto? —dijo Monk.

—Sí —repuso Doc—, porque pueden hacerlo desde un punto apartado y escapar enseguida.

Aquí sonó justamente el timbre del teléfono.

—Hable —dijo Doc a través del receptor.

—Me ha dicho que le llame el director del periódico —le comunicó una voz de falsete.

—¿Para que?

—Para hablarle de Willard Spanner —dijo la voz—. Willard está en mi poder.

Valiéndose de la mano izquierda, Doc hizo varios signos con los

dedos en rápida sucesión. Monk se los quedó mirando, los leyó.

Pertenecían al alfabeto usado por los sordomudos y ellos le ordenaban que corriera a la telefonista para que averiguase desde qué punto se estaba comunicando.

Obediente, salió escapado de la habitación.

—Nosotros desearíamos asegurarnos de que vive aún —replicó Doc entre tanto—, pues ya debe saber que se afirma haber descubierto su cadáver en Nueva York, como tres horas después, o cosa así, de haberle secuestrado aquí.

—¿No le parece imposible que hayamos podido hacer eso? —interrogó la voz.

—Pregúntele a Spanner cuál es el segundo nombre de pila de su hermano, y según sea la respuesta sabremos la verdad.

—¡Un momento! —replicó la voz, y colgó.

Transcurrieron unos cinco minutos antes de que, muy cariacontecido, volviese a entrar Monk en la habitación.

—Las cosas se han llevado muy deprisa —observó—. Antes de haber podido averiguar una palabra se ha cortado la comunicación.

—La averiguación instantánea de un punto cualquiera de llamada se consigue tan sólo en las novelas o en el cine —observó Doc—. En la práctica todo son equivocaciones.

Nock Spanner habíase mantenido de pie, a un lado, manoseando la pulsera de su reloj durante los últimos cinco minutos transcurridos.

A la sazón adelantó, sin embargo, un paso.

—Para que no nos quepa duda —dijo. Y de la mesa escritorio que había en la habitación extrajo un pliego de papel y un sobre.

Rápidamente escribió sobre el primero una palabra, manteniéndose vuelto de espaldas para que ninguno de los presentes pudiera ver lo que ponía, insertó luego el pliego dentro del sobre, lo selló y se lo entregó a Doc Savage.

El nombre está escrito dentro —le notificó—. A menos que nos diga el mismo la persona que acaba de hablarle por teléfono, no creeremos en la existencia de Willard.

Cuando sonó por segunda vez el timbre del teléfono, le comunicó la voz destemplada, de falsete:

—Willard ha respondido que el segundo nombre de su hermano es Mauricio.

Y casi al instante sonó un ¡clic! En el otro lado de línea. Tampoco esta vez se había podido averiguar desde dónde comunicaba la voz.

Doc abrió el sobre. En el pliego que contenía estaba estampada una sola palabra:

*“Mauricio”*

—¡Willard vive! —dijo Nock—. Esto nos lo demuestra.

Haciéndose cargo, al momento, de que aquella no iba a ser, probablemente, la única vez que le llamasen al hotel las personas que confesaban tener en su poder a Willard Spanner, si es que, por increíble que ello pudiera parecer, vivía aún, Doc se dispuso a hacer sus preparativos.

Primeramente entabló negociaciones con la Compañía Telefónica y, tras de sostener varias polémicas con ella, consiguió que le prometiera su concurso.

De esta manera podía estar seguro de que iba a trabajar para él todo el personal instalado ante el cuadro telefónico de la central, cada empleado o empleada debería vigilar las llamadas hechas al hotel, y averiguar, en el acto, de dónde partían.

Con un poco de suerte, no cabía duda de que se saldría con bien del empeño.

A la hora o cosa así de haberes verificado la visita de Doc a la Compañía, volvieron a llamarle al hotel. La llamada procedía de la misma voz de falsete.

—Tomad el dinero —dispuso—, y en un automóvil salid de San Francisco por el camino real de Los Ángeles. Observad los vallados que hay a vuestra derecha. Cuando veáis pendiente de uno de ellos un trapo verde, arrojad el dinero por encima y pondremos en libertad a Spanner.

Hubo una pausa momentánea que se originó mientras la voz cobraba aliento.

—Y ahora escucha, Doc Savage: se dice que eres un hombre duro —continuó diciendo después—; pero si me vendes, ¡seré contigo y con Spanner tan despiadado como despiadado seas tú conmigo!

¡Clic! Hizo el otro receptor.

Doc Savage conservó el suyo aplicado al oído y no transcurrieron más de veinte segundos antes que la voz sonora,

oficialmente cortés, de una empleada de teléfonos llegara desde el otro lado de la línea y le comunicase:

—La llamada que acaba de hacerse se origina del número seis mil novecientos treinta y dos de la calle Fantan.

He aquí cómo habían dado resultado la conferencia sostenida por él con la Compañía Telefónica.

Nock Spanner agitó, asustado, ambos brazos cuando le vió dirigirse a la puerta del departamento.

—Oiga, ¿no va a hacer lo que se le ha ordenado? —deseó saber.

—No —declaró Doc—. La voz que acabo de oír por teléfono no me ha parecido muy deseosa de apoderarse del rescate de Willard.

Spanner exhibió un involuntario parpadeo.

—No comprendo —murmuró.

—Quiero decir, simplemente, que la cosa me huele a un plan ingenioso concebido con objeto de atraernos… a la calle Fantan.

Monk y Ham echaron a andar en pos de su jefe.

—¿Es decir, que se trata de un lazo?

—Posiblemente.

—Y ¿qué va usted a hacer?

—Pues, hasta cierto punto, voy a hacerle un favor al caballero de las llamadas telefónicas —replicó Doc.

Nock Spanner les acompañó hasta la puerta, muy desasosegado.

La calle Fantan comenzaba bajo favorables auspicios por bellos edificios y aceras asfaltadas de nuevo, pero a partir de número mil quinientos, señalado en una de sus manzanas de casas, varió de aspecto y cuando Doc la hubo seguido, en coche, hasta el seis mil, le pareció originada por un mal sueño.

Finalmente, se quedó sin aceras y sin arroyo. En su lugar corría un sendero herboso abierto en la arena. Incluso los hilos del teléfono pendían allí de postes desiguales en longitud.

Los cuatro hombres habían dejado de ver, desde largo tiempo atrás, casas numeradas y desde luego no les chocó gran cosa que tampoco hubiera ninguna morada en aquel punto tan distante que no podía considerarse urbanizado no muchísimo menos.

Doc no se esforzó por sacar al coche del camino. Lo que hizo fue detenerlo y parar el motor.

Nock Spanner se levantó del asiento que ocupaba en la trasera —el coche era un faetón descubierto— y lanzó en derredor una

mirada penetrante. El radiador parecía hervir.

—¡Maldito si veo una casa por aquí! —observó.

—La que buscamos dista de aquí por lo menos media milla —repuso Doc Savage.

Dejando el faetón con su recalentado y borboteante radiador en mitad del sendero, los cuatro hombres avanzaron pisando arena que repetidas veces les llenó los zapatos.

Esta circunstancia movió a Monk a descalzarse y a marchar sólo con los calcetines puestos.

—Ahora despierta el dormido orangután que llevas dentro —comentó Ham.

Monk se sonrió y con los talones le echó arena encima al cerdo Habeas, que se detenía a olfatear un enorme, negro y amedrentado escarabajo.

Había bosque a ambos lados del camino cuyos grandes árboles de tronco grueso nacían de una alfombre de matorrales. Doc examinó el suelo atentamente y descubrió las huellas de unas llantas de goma.

Éstas no eran muchas. En un punto determinado notó en qué dirección había desparramado arena el girar de unas ruedas, y antes de mucho había llegado a una conclusión: la de que, recientemente, habían cruzado tres coches el camino a mejor, dos, porque uno había ido y vuelto y los otros, cuyos neumáticos ostentaban marcas distintas y estaban en estado distinto de conservación, habían seguido una sola dirección.

Todas aquellas huellas databan del día. De no ser así las hubiera borrado el rocío nocturno. Doc dejó bruscamente, sin darles la más pequeña explicación, a sus acompañantes y continuó marchando en línea recta.

—¿Qué mosca le habrá picado? —interrogó Spanner, receloso.

—De su manera usual de proceder —explicó Monk—. Sin duda intenta echar un vistazo por ahí. Lo mejor será que nos lo tomemos con calma.

Doc siguió el sendero trillado, se hundió en la espesura y avanzó entre los árboles. No podía darse hecho más sobrenatural que el silencio con que se movía. Todavía no se divisaba casa alguna por aquellos parajes.

Pero, en teléfonos le habían dicho que existía y en consecuencia

tenía que hallarla. El hombre de bronce marchaba de cara al viento desde el punto en que abandonara el camino y le olfateaba de vez en cuando.

Años y más años de entrenamientos no le habían aguzado los sentidos hasta el punto de poder competir con los de una bestia feroz, pero sí se le habían desarrollado por encima de la potencia usual de los seres humanos.

Su olfato sorprendió, pues, el olor del tabaco. Le siguió el rastro, y si las precauciones tomadas poco antes habían sido notables, a la sazón fueron maravillosas. Sin hacer el más leve ruido sorprendió a dos personas agachadas junto al sendero. Eran dos hombres que argumentaban entre sí.

—Te digo que he oído un coche —decía uno de ellos—, y que se ha detenido en la parte baja del camino. ¡Esto es sospechoso!

—Tú siempre estás oyendo ruidos extraordinarios —dijo agriamente el otro.

Era muy posible que los dos fueran algo tardos de oído, porque parece increíble que ni uno no otro se dieran cuenta de la presencia de Doc hasta que el gigante de bronce se les echó encima; mas esto fue lo que en realidad sucedió.

Doc había calculado el salto de antemano, de manera que no anduvo desacertado en sus cálculos. Tras del salto aterrizó con una mano puesta sobre el cuello de cada uno de sus enemigos.

Su empuje les derribó enterrándoles las caras en el suelo esponjoso. Ambos lucharon por desasirse y uno de ellos lanzó un chillido penetrante, que Doc comparó mentalmente al de un conejo asustado.

La terrible presión de sus manos, hábilmente administrada, comenzó a hacer su efecto, de manera que la pareja se debatió con menos violencia cada vez; se quedaron inertes, al cabo, y semi privados de sentido. Doc volvió a los dos hombres boca arriba.

¡Eran Leases Moore y Quince Randweil!

# CAPÍTULO IX

## *ORGÍA DE HOMICIDIOS*

EL balido emitido por Quince Randweil fue tan penetrante que llegó a oídos de Monk, Ham y Nock Spanner, de manera que avanzaron a una, corriendo sobre la punta de los pies para no hacer ruido.

—¡Ah! Volvemos a ver a los dos caballeros misteriosos —comentó en tono seco Ham, apenas les hubo echado la vista encima.

—Los dos vigilaban el camino cuando les he sorprendido —le dijo Doc.

El hombre de bronce no les había sumido en aquel estado de parálisis que sabía provocar mediante una presión diseminada sobre ciertos centros nerviosos cervicales, y por ello pronto revivieron lo suficiente para poder hablar.

Por cierto que se condujeron de una manera inesperada al fin y al cabo.

—¡Me alegro de verle, muchacho! —dijo a Doc Leases Moore, que no parecía feo del todo tras de haber recuperado la dentadura postiza.

—¡También yo lo celebro —exclamó, como un eco, Quince Randweil.

—¿De veras? —Monk le miró de soslayo—. ¡Vaya, vaya!

—¡De verdad que sí! —afirmó, ceceando, Randweil.

—Y ¡qué caramba! ¡Por qué no hemos de alegrarnos? —remachó Leases Moore—. Hicimos una mala jugada, ahora lo reconocemos.

—¡Ya! Ustedes tienen explicación para todo —Monk acentuó la mirada de través con que les favorecía.

—¡Y un jamón! —exclamó Leases Moore, que comenzaba a amoscarse.

—No discutan, señores —le rogó Quince con acento conciliador —. Es natural que estén resentidos estos caballeros, mas…

—¿Resentidos? —repitió Monk atajándole sin hacer caso de la interrupción.

—Obramos del modo que ya conocen, movidos por nuestro carácter impulsivo. Sí, señor, por nuestro carácter impulsivo exclusivamente. Habíamos perdido ya la cabeza, estábamos locos, y por ello, en nuestro deseo de ajustarles cuentas a nuestros carceleros, huimos al vernos en libertad y vinimos aquí, a San Francisco, porque sabíamos que los miserables pensaban reunirse en el número seis mil novecientos treinta y dos de esta calle. En el momento presente no les hemos visto todavía.

Monk hizo una observación:

—Es una suerte que el rayo no mate a los embusteros.

—¿No me cree usted? —Quince se sintió herido en su orgullo.

—¿Cómo no? —replicó el químico en el tono más sarcástico que supo adoptar.

Randweil miró a Doc Savage.

—¿Me cree usted? —le interrogó.

Doc no le contestó directamente. Le hizo una pregunta.

—¿Actualmente, tienen ustedes idea de lo que se trama? ¿De lo que significan el asesinato de Willard Spanner, los singulares surcos de fuego?

—Ni la más pequeña idea —replicó Tandweil—. Esa es la verdad —dijo como un eco emplazaba a su dedo pulgar.

—¡Naturalmente! —exclamó el químico un énfasis sarcástico.

Moore aulló.

—¡Pues lo es! ¡Váyanse todos a paseo y no me apuren más la paciencia!

Monk miró, esperanzado, a Doc.

—¡Qué te parece? ¿Le cojo por mi cuenta —inquirió.

Doc no dijo una palabra.

Monk puso cara de pascua, y manifestó a Leases Moore:

—¡Cuándo acabe contigo, bribón, te va a faltar algo más que el pulgar y los dientes!

—¡Un momento! —dispuso el hombre de bronce—. Voy a echar una ojeada en torno. Aguarda a que yo regrese.

Para marchar por entre los matorrales usó ahora las mismas

precauciones que ya conocemos y, cuando hubo recorrido unos cien pies de extensión, se detuvo y permaneció largo rato con el cuello tendido, escuchando, con objeto de asegurarse de que nadie se acercaba atraído por el ruido hecho en el momento de sorprender a Leases Moore y Quince Randweil.

No oyó nada sospechoso.

Las aves habían guardado silencio, amedrentadas por la breve contienda, mas, a la sazón, tornaban a sus cantos ruidosos. Tan furtivo era el hombre de bronce en su marcha, que no asustó a los pájaros.

El bosque variaba de aspecto. Disminuía su maleza, aumentaban en él los árboles elevados y corpulentos. A la hierba que alfombraba su suelo sucedían ahora el musgo y las hojas secas.

Al final del sendero distinguió Doc un edificio. Entonces sonó un ruido atronador, el mismo de otras ocasiones, súbito, extraño, un ruido que no se parecía a ninguno del pasado.

El hombre de bronce se lanzó con la velocidad de una flecha al árbol más próximo, y trepó por él con celeridad vertiginosa. Había elegido un árbol de follaje relativamente claro.

Poco después hallábase en el punto más alto de la copa. Elevó la vista... y se quedó extático. En el cielo había un objeto singular. No era una estela luminosa. Se parecía a una bola, opaca, de vidrio.

En diámetro aquella esfera se aproximaría a una veintena de pies y no era toda de la misma materia uniforme. Puntos claros y puntos oscuros formaban el dibujo liso e igual de su superficie.

Tan fantástica esfera permanecía en el aire suspendida justamente sobre el punto en que dejara a Monk y al resto del grupo. Doc calculó que distaría del suelo unos cien pies y reparó en que no se mantenía estacionada, sino que botaba, lentamente, como si reposara sobre invisible alfombrilla de goma.

Le rodeaba una leve atmósfera caliginosa muy parecida al vapor de agua. Y, en efecto, lo era, se dijo poco después Doc Savage.

Las partículas acuosas de la bruma se habían vaporizado en torno de la bola ardiente por la velocidad de su paso a través del aire. Indudablemente era aquella bola un vehículo aéreo de nueva y maravillosa construcción, cuyo diseño difería, en parte, del seguido comúnmente por los ingenieros aeronáuticos.

Pero lo que más sorprendió al hombre de bronce fue que

careciera del perfil de líneas correspondiente a un vehículo capaz de alcanzar una velocidad tan fantástica.

Su forma difería de la usual, fusiforme, que adoptan los ingenieros que diseñaban los vehículos aéreos. Era perfectamente esférica.

Ello quizá tuviera una explicación maravillosa por su alcance y significado.

Los planetas, en el espacio, el sol, la luna, las estrellas, son cuerpos redondos o semi redondos, como resultado, más que de su rotación, en opinión de varios astrónomos, de la aplicación de la ley misteriosa de la gravitación.

¿Será también la mencionada ley responsable de la forma esférica de la aeronave?

Para su carencia de líneas rectas cabía encontrar otra explicación más razonable que la primera. A saber: que la forma esférica es la más perfecta que puede darse a un cuerpo que deba moverse en todas direcciones y no cabía dudar de que el vehículo aéreo se movía así, aunque sin girar sobre sí mismo.

Doc metió una mano debajo de su ropa. Escondido llevaba un pequeño anteojo muy potente. Mas antes de que hubiera podido graduarle a su vista, el sorprendente globo cayó con inesperada rapidez y se perdió entre los árboles.

A juzgar por la velocidad de su descenso debió suceder un trueno a su contacto con el suelo, mas no se oyó el menor ruido.

Doc Savage aflojó la presión que su mano ejercía sobre la rama a que se había encaramado y se dejó resbalar por ella. Antes de llegar al suelo se asió a otra rama, manteniéndose aferrado el tiempo indispensable para detener su caída; luego se tiró a suelo.

En el primer momento avanzó con cautela. Algo que sucedió después le obligó a sacrificar el silencio a la velocidad. Acababa de oír un lamento de agonía, aquel lamento era inconfundible.

¡Monk lo había proferido! Otra voz prefirió una maldición. Doc apretó el paso. Delante de sí oía crujir la maleza. Fue entonces cuando volvió a dejarse oír el sonido ensordecedor.

Sólo que esta vez era un poco diferente, pues comenzó por un silbido que sugería la vertiginosa carrera de un cuerpo y le sucedió un estruendo prolongado, que aumentaba, aumentaba, hasta poner espanto en el ánimo.

Poco a poco disminuyó de volumen, y se apagó como si se perdiera en la lejanía. A la primera nota Doc hizo alto, abrió mucho los ojos, sorprendido.

Escudriñó el espacio y creyó divisar… ¿qué? Lo ignoraba, en realidad. Quizá fuera un surco borroso que pareció cruzar la bóveda celeste hasta fundirse en ella. Pero, desde luego, no se trataba de una estela luminosa.

Cuando dejó de verlo reanudó la marcha y buscó el pequeño grupo que dejara poco antes. Descubrió a Monk, Ham y Nock Spanner, pero no a Leases Moore y Quince Randweil.

Los tres primeros estaban inmóviles, tendidos en tierra. A juzgar por la violencia ejercida y por el estado de las víctimas, el paraje había sido escenario de una lucha espantosa.

Monk presentaba dos grandes tajos en la cabeza y uno Ham. A Spanner le habían aporreado el semblante, evidentemente, porque de sus labios surgía un arroyo escarlata que se derramaba sobre las verdes hojas de un arbusto aplastado por él en su caída.

Doc Savage escuchó. Alguien pisaba las hojas sacas del sendero. ¡Ah! Era el cerdo Habeas que salía de la maleza. El animal le miró con sus ojillos semi entornados, dio media vuelta y tornó a desaparecer.

Ya no volvió a oírse más. Hasta los pájaros guardaban silencio. Doc se inclinó sobre las víctimas. Ham murmuraba palabras incoherentes y trataba de incorporarse.

Doc prestó toda su atención a Monk y le cuidaba, cuando se despejó la cabeza de Ham. El atildado legista miró fijamente al postrado químico simiesco.

Su rostro asumió horrorizado expresión el contemplar la sangre que emparaba la cabeza de Monk.

—¡Monk! —balbuceó—. ¿Está muerto?

Savage no dijo palabra.

Ham se levantó tambaleándose y gimiendo:

—Monk… ¡El mejor amigo que poseo…! ¿Es que no está bien?

Sin abrir los ojillos murmuró el químico. —¿Qué estás ahí hablando de amistad? ¡Yo no tengo más amigo que Habeas!

Ham disimuló su ansiedad, arrugando el entrecejo y acercándose a Monk, le asestó un puntapié, nada suave, en el costado.

—¡No hablábamos de ti! —exclamó.

El cerdo Habeas salió otra vez de la espesura, les miró de manera singular, y justamente lo mismo que ya hiciera, dio media vuelta y desapareció.

Monk se había incorporado y se vendaba por sí mismo la cabeza, de manera que Doc pudo atender a Nock, que varió de postura y se llevó ambas manos a la boca herida.

Apenas se hubo dado cuenta de dónde se hallaba, rápido como una centella, se quitó la diestra de la boca y se la llevó al bolsillo en que guardaba el dinero.

—¡Me han robado! —gimió—. ¡Eran cincuenta mil dólares los que llevaba encima! ¡Y han desaparecido!

Comenzó a jurar con voz recia y sonora. Sus chillidos penetrantes y sus irreverentes palabras se tornaron más y más violentos hasta convertirse en incoherencias propias de un ser privado de razón.

—Con ello no conseguirá usted nada —dijo Monk y se llevó ambas manos a los oídos—. Además, nosotros no empleamos nunca un lenguaje así.

—¡Es que son los ahorros de toda mi vida! —aulló Spanner—. ¿Le parece poca broma?

—Nada de eso —gruñó Monk—. Pero me duele la cabeza y sus gritos me producen pésimo efecto.

Habeas Corpus surgió por tercera vez de entre las matas y tornó a internarse en ellas.

Doc observó:

—Ese animal trata, hace rato, de llevarnos a alguna parte.

Monk, tambaleándose, se puso de pie, describió un pequeño círculo y cayó al suelo: gimiendo, tornó a levantarse. Nock Spanner fijó en él una mirada de asombre, dándose cuenta, por vez primera, de que estaba mal herido, y, al parecer, avergonzado de su reciente ataque de nervios, guardó silencio largo rato.

Como las tres víctimas de la pasada agresión no estaban para andar a paso ligero, penetraron, lentamente, en el bosque, precedidos de Doc Savage.

—¿Qué os ha sucedido? —les interrogó el hombre de bronce mientras avanzaban.

—Pues, verás; de repente oímos ese ruido particular que acompaña la aparición de los surcos flamígeros —le explicó Monk

—; levantamos los ojos al cielo y en él vimos, justamente por encima de nuestras cabezas, una especie de masa opaca, cristalina...

—...que en realidad, es una aeronave de nueva invención, sumamente curiosa —concluyó Doc.

—¿De veras? —Monk arrugó la frente.

—De forma esférica —continuó diciendo su jefe—, que puede moverse en todos sentidos. Todavía no se me alcanza cómo será el motor que la impulsa, excepto que es totalmente silencioso.

—¡Silencioso! —Monk le miró, incrédulo—. ¿Y ese ruido atronador que...?

—¿Te ha pasado una bala junto al oído en alguna ocasión? —le interrogó con viveza Doc.

—¡Pues ya lo creo!

—¿Qué ruido producía? —tornó a preguntar Doc—. ¿Era semejante a un quejido?

—¡Oh, no! Si no más bien un... —calló boquiabierto. Simultáneamente comprendió.

—Eso es. Todo cuerpo que se mueve en el aire con velocidad vertiginosa, lo desplaza, y deja en pos de sí un vacío que, al volver a llevarse, hace un ruido particular. Esta en la explicación del sonido que acompaña el tránsito de esas aeronaves.

Monk exhaló un hondo suspiro.

—Bueno, pues si un demonio provisto de pezuñas y rabo hubiera surgido de la tierra, a mis plantas —siguió explicando—, no me hubiera sorprendido tanto como la vista de aquella esfera aeronave o lo que sea. Mirándola estaba todavía cuando perdí el conocimiento.

Fue Leases Moore quien te dio con un palo en la cabeza —le reveló Ham—. Y casi a un tiempo me atacó Randweil de igual manera.

Nock Spanner observó:

—Tras de lo cual los dos se me echaron encima. Randweil me sujetó y Moore levantó el puño sobre mí. Eso en todo lo que recuerdo.

Monk exclamó muy serio: —¡Pues tiene gracia!

Ham observó, petulante: —¡Todo te parece gracioso de algún tiempo a esta parte!

Monk sacudió la mal parada cabeza como si no quisiera entablar

una discusión.

—Después de recibir el garrotazo no perdí instantáneamente el sentido —explicó, pausadamente, como si le doliera revelar a sus camaradas lo que vino a continuación—. Estaba en estado de coma o algo por el estilo. Pero antes de perderlo del todo me pareció ver a la muchacha.

Ham le interrogó:

—¿Qué muchacha es esa?

—La de Oklahoma —replicó tristemente Monk—. Lanca Jaxon.

—¡Bah! Sería una alucinación... —dijo escéptico, Ham.

—Quizá —Monk se arregló la venda que le ceñía la testa—. Pero la vi bajar en compañía de ese tuno de Stunted, a través de la espesura. Luego dio media vuelta y volvió al punto donde la bola permanecía suspendida en el espacio.

Doc se agachó hasta el suelo.

—No fue una alucinación —afirmó.

—Lo creo, pero ¿cómo lo sabes?

Doc le indicó con un gesto el suelo arenoso que pisaban en aquel momento.

Él había retenido las huellas de un pie estrecho, de un tacón alto, inconfundiblemente femenino.

—Me gustaría hablar un ratito con esa joven —dijo con aire sombrío Ham—, para que me explicara un sinfín de cosas que no entiendo.

Aquí le echaron la vista encima al cerdo Habeas. El animal echaba hacia atrás las enormes orejas para que no fueran pinchadas por los espinos, y si sus movimientos traducían sus deseos, les aguardaba para ver si le seguían.

—Jamás he visto cerdo más chocante —declaró Spanner.

—No en vano le educo desde hace varios años —gruñó Monk—. ¡Ah, ved, esa bola ha estado también por estos contornos!

Los cuatro redoblaron el paso y salieron a un claro del bosque, si podía llamársele tal, ya que estaba cubierto da matas y altas hierbas. Estas hierbas aparecían aplastadas en una extensión de doce pies cuadrados como si sobre ellas se hubiera posado un cuerpo pesado.

# CAPÍTULO X

## *ZONA PELIGROSA*

LOS cuerpos privados de vida descubren su condición, porque tienen en sí algo de grotescos. Por ello no les cupo dudar de la muerte de aquellos desconocidos que ante sí tenían.

A uno de ellos se le había rematado a tiros; a puñaladas a los otros dos. Las víctimas del arma blanca no vestían con el lujo que la víctima de las balas.

Sus trajes habían salido de un almacén económico, y tampoco parecían ser tipos tan inteligentes.

Doc y sus camaradas les habían visto antes de aquella ocasión.

—¡Toma! ¡Si son miembros de la banda! —exclamó e químico.

—Apreciables camaradas que acompañaban en Tulsa a la pandilla y también en Nueva York —puntualizó Ham.

Doc miró a Nock Spanner.

—Y usted ¿les conoce? —le interrogó.

Spanner negó con un enérgico movimiento de cabeza.

—Me son totalmente desconocidos —repuso.

Doc se inclinó sobre las víctimas, buscando, al propio tiempo, sin alimentar la esperanza de hallar nada, pues había reparado en que tenían los bolsillos vueltos del revés, lo que quería decir que se había registrado ya a los dos infortunados.

Las prendas que cubrían el individuo fusilado no llevaban etiqueta. Si alguna habían llevado se la habían descosido con todo esmero.

En cambió, sí la ostentaban las ropas de los otros dos y ellas revelaban que se adquirieron en Tulsa, Oklahoma. Doc volvió a dedicar su atención al fusilado.

—Lleva muerto diez horas, por lo menos —manifestó.

Monk y Ham no dieron muestras de sorpresa hasta que el primero, que observaba morbosamente a las víctimas del puñal, percibió de súbito que todavía manaba la sangre de sus heridas.

—¡Anda! —exclamó—. Estos dos individuos…

—Fueron asesinados hará cosa de unos minutos —concluyó Doc por él—. Probablemente, mientras descansaba aquí la misteriosa bola de cristal.

Doc se decidió a examinar más atentamente a la víctima fallecida diez horas antes. Para ello destornilló las lentes de sus anteojos y ellas le sirvieron de excelentes amplificadores. Debidamente utilizadas ampliaban todos los objetos de manera tan eficaz que únicamente hubiera podido excederlas en potencia el más caro de los microscopios.

—¿Qué? ¿Ves algo de particular? —deseó saber Ham.

Doc no le contestó, pero el abogado no dio muestras de enfado.

Se hallaba ya habituado a ver caer a Doc en estados frecuentes de sordera repentina, cosa que sucedía siempre que era interrogado respecto a hechos sobre los cuales no tenía formada aún una opinión, o si la tenía, pretendía reservársela para sorprenderles, más tarde, con una revelación inesperada.

Monk observó, quejumbroso, mientras se llevaba una mano a la cabeza:

—Hasta aquí no saco nada en limpio de todo este enredo. ¡Es enloquecedor!

Nock agitó los brazos y gruñó:

—¿Qué haremos del caso de mi hermano? ¿Y de la casa que hemos venido a visitar? ¡Aun no hemos hecho nada de lo que nos habíamos propuesto!

Doc reunió los dispersos fragmentos de sus anteojos y se los guardó.

—Vamos a echarle un vistazo a la casa —propuso a sus camaradas.

—Si la hay… —murmuró Nock.

—Existe —afirmó Doc—. La vi entre los árboles poco antes de… esta interrupción.

La casa era vieja como habían supuesto. En tiempos pasados, cuando la región estaba despoblada y no había nacido aún en ella el promotor, entusiasta, de la posesión individual, había sido un

rancho destinado al cultivo de árboles frutales.

A la sazón parecía llevar deshabitada uno o dos años. A unos metros de distancia corría un sendero en el que desembocaron y Savage se adelantó allí al grupo sin excusarse o explicarles el porqué.

Tampoco se cuidaron ellos de interrogarle, preocupados por el lastimoso estado de sus heridas. El sendero hacía un recodo y, de momento, le perdieron de vista.

Doc aprovechó aquellos instantes de soledad para extraer un frasquito y derramar parte del liquido espeso, pegajoso e incoloro que contenía, sobre el camino. El frasco desapareció antes de que se le reuniera el grupo.

Éste pisó, sin reparar en su presencia, el líquido vertido. Doc no le hizo advertencia en contra y se continuó avanzando. Al llegar junto a la antigua cerca del corral se detuvieron y aplicaron el oído.

Les rodeaban las cizañas que por allí crecían en cantidad. Ni Monk ni Ham o Spanner oyeron ruido, mas los dos primeros interrogaron a Doc con la mirada confiando en sus sentidos, aguzados por el entrenamiento diario, de su jefe.

—Me parece que no hay nadie ahí dentro —les confió Doc.

Tranquilizados hasta cierto punto, reanudaron la marcha. A medida que se acercaban poníase más y más de relieve su estado ruinoso, la techumbre falta de tejas, las ventanas arrancadas...

Monk les sugirió:

—Opino que obraríamos sensatamente diseminándonos, en previsión de la que pueda ocurrir. Si se nos prepara una trampa no hemos de ser tan bobos que caigamos, juntos, en ella.

—¡Excelente idea! —aprobó Spanner; y como Doc no opusiera su veto a la proposición, se separaron y agacharon entre las altas hierbas.

—Yo voy a entrar en el rancho —les confió Doc.

Dejando a los tres hombres avanzó sobre pies y manos y llegó junto a la puerta de la casa. Sólo uno de los goznes sostenía su paño.

Como no oyera salir ruido alguno del interior Doc entró. De las paredes y del techo habíanse desprendido grandes trozos de la antigua capa de yeso, que se deshacían, ahora, bajo los pies del hombre de bronce.

Determinados puntos polvorientos indicaban que allí se habían pisado recientemente el yeso. Doc les examinó con detenimiento.

Sí, muy poco antes habían entrado personas en la casa vacía. Del recibidor pasó a una habitación contigua, igualmente manchada de polvo blanquecino y se detuvo a escuchar. Ahora percibía ruido, un sonido musical, débil y agudo al propio tiempo.

No ondulaba. Se mantenía invariable, monótono, persistente, como el canto de un grillo. No lo era, desde luego más a Doc se lo pareció, de momento.

Con al velocidad del rayo buscó la fuente de origen del sonido. Procedía de una segunda pieza. Doc vió lo que lo producía en cuanto hubo traspasado sus umbrales.

En el suelo, enchufado, se había dejado un aparato, portátil, de radio, a su lado había una caja, poco mayor, cuyos hilos desaparecían en determinadas hendiduras del entarimado.

Doc le hizo objeto de rapidísimo examen. Su funcionamiento era harto intrincado, pero no tan complejo para que dejara de captarlo la habilidad científica del hombre de bronce.

Era aquél un delicadísimo aparato eléctrico, una especie de sismógrafo, cuya aguja señalaba la dirección de los movimientos hechos por toda persona que se acercara a él y que, mediante su acción sobre un reloj muy sensible que, a su vez, actuaba sobre el aparato transmisor de radio, daba una señal invariable en lugar de producir n sonido estridente.

Un aparato así debió ser utilizado para descubrir su aproximación al criadero de ostras de Nueva York. Aquí había contribuido a un mismo fin, con la sola excepción de que había puesto en movimiento al aparato de radio y no otro cualquiera. Doc dio media vuelta y se lanzó fuera de la casa. Todos sus movimientos denotaban una prisa extremada. Al salir al exterior dio la voz de alarma, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Huid lejos de aquí, camaradas! ¡Os han tendido un lazo!

Monk surgió, al punto, de entre la hierba. Ham apareció a su derecha, no muy lejos de él.

Ambos aguardaron.

—¡Spanner! —llamó Doc.

Nock Spanner no dio señales de vida. Doc le volvió a llamar. Silencio.

—¡Caramba! ¡Qué extraño es esto! —balbuceó el químico.

—¿Dónde estaba cuando le perdisteis de vista? —les interrogó Savage.

Monk le señaló un punto determinado.

—Allá —dijo.

Los tres se acercaron al lugar indicado. Allí las hojas aplastadas en el sendero y las hierbas tronchadas en el camino les revelaron el rastro de Nock.

Pero únicamente le siguieron poco trecho, porque se les hizo en extremo difícil de seguir.

—Ha avanzado en dirección de la espesura —observó Ham con acento seco—. Pero, ¿por qué?

—Tal vez habrá visto algo anormal —dijo Monk, dudando de lo que él mismo afirmaba.

Doc extrajo un fresquito del bolsillo. Estaba lleno de unas píldoras verdes poco más grandes que granos de arroz.

Valiéndose del mismo recipiente que las contenía las sembró en el sendero y apenas quedaron expuestas al aire se volatizaron en forma de verdes columnas de humo que fueron rápidamente dispersadas por el viento.

Pero, antes, las extraordinarias píldoras verdes habían operado un milagro: pusieron de relieve las huellas de unos pies impresos en la hierba y en la tierra desnuda.

Dichas impresiones eran de un claro y distinto color amarillo verdoso.

Monk se atragantó:— ¡Toma! ¡Es extraordinario! —dijo.

Bajó la vista y vió que él mismo iba dejando en pos de sí las mismas huellas por donde quiera que iba. A Ham le sucedía lo propio. Sólo Doc no dejaba rastro de su paso.

—Se trata de un producto químico, sumamente adherente, que os he dejado pisar —explicó Doc—. Vaporizado produce una reacción mediante la cual se tornan visibles vuestras huellas.

Ham dijo prontamente: —Así, has sospechado…

—No, únicamente me he valido de ese producto por vía de precaución. —le explicó Doc—. Pero ¡daos prosa! Tenemos que salir de aquí cuanto antes y asimismo debemos ir en busca de Spanner.

En consecuencia los tres siguieron el tan notable rastro dejado por Nock sin saberlo.

—¿No has visto en la casa a Willard? —deseó saber Ham.

—No —replicó Doc.

A la sazón se encontraban en el bosque, lejos de los corrales y de las cuadras. Las huellas se distanciaban más aquí, como sí Nock hubiera echado entonces a correr.

—¡Demonio de hombre! —exclamó el químico—. ¡Cada vez entiendo menos lo que le ha dado!

—¡Escuchad! —les ordenó Doc, de súbito. Pronunció solamente una breve palabra pero escasamente le había salido de la boca cuando rasgó los oídos de los tres un sonido espantoso, detonante.

El instinto les movió a levantar los ojos: la sorpresa les puso los rostros inexpresivos. Una esfera fantástica, resplandeciente, se mantenía suspendida en el aire, sobre sus cabezas.

No era la misma que vieran en otra ocasión. Esta era más pequeña, de un matiz levemente distinto. De ella partía, además, extendiéndose en el espacio, una estela similar a la de un cohete que descendiera con rapidez vertiginosa.

Aquella bola ardía. Los tres sintieron su calor en el semblante.

Probablemente habíase originado del roce de la masa cristalina con la atmósfera. Al atravesar determinadas nubes bajas y húmedas, de la brillante envoltura de la aeronave se desprendieron tenues gotas de vapor.

—¡Poneos a cubierto —les gritó Doc a sus dos compañeros.

Ellos corrieron a refugiarse bajo los árboles y una fracción de segundo después descendió la bola, botando al caer en el paraje que acababan de abandonar.

—¡Diantre! ¡Es una masa sólida de veras! —comentó Monk.

Una vez en el suelo pareció enfriarse más rápidamente de lo que hubiera sido natural.

—Es muy probable que posea dos capas, una interna y otra externa, que la aíslen de un calor excesivo —observó Doc con acento sombrío—. De no ser así se recalentaría hasta el punto de impedir toda vida humana en su seno, cosa que se realizaría pocos minutos después de haber emprendido carrera por el espacio. Y de su manera rápida de enfriarse deduzco que buena parte del calor mencionado es absorbida por una máquina o sistema de refrigeración interno.

Mientras así hablaba, la esfera se elevó, lentamente, se cernió en

el espacio, recordándoles de manera harto desagradable el proceder de un ave de presa.

Monk corrió gateando por la maleza y exclamó: —¡Esa condenada bola trata de aplastarnos!

La esfera flotaba en el aire corriéndose ora a la derecha, otra a la izquierda, y observándola atentamente.

Doc y sus hombres descubrieron en varios puntos de la rugosa cubierta lo que exteriormente parecían grandes lentes y en realidad eran ventanas periscópicas.

Ahora bien, las ventanas en cuestión no se abrían exclusivamente en un punto, sino que estaban localizadas en la parte alta, en la parte baja y en los costados.

—Sí, tiene ojos todo alrededor como la cabeza de una mosca —observó Monk.

La nave aérea se colocó de un bote sobre ellos dejando, al moverse, un marcado surco que parecía formado de chispas de fuego.

—¡Esto explica las estelas flamígeras observadas en el espacio! —gritó el químico. Doc demostró su aprobación con una inclinación de cabeza.

—Las partículas luminosas no son, en realidad —explicó—, sino el escape del motor que mueve la esfera.

—Pero no todas dejan un rastro en pos de sí...

—Sin duda se hallarán más perfeccionadas —le dijo Doc, gravemente—. Podrían estar provistas de digestores que eliminaran los escapes luminosos.

Aquello era una simple teoría del hombre de bronce, mas conforme se vió después, los acontecimientos vinieron a darle la razón.

Doc y sus hombres comenzaron a correr en busca de un refugio adecuado, pero les fue muy difícil, invisible, hallarlo, porque estaban en un claro del bosque y la fabulosa motonave se metía por entre los árboles en su pausado descenso, como si fuera un ser sobrenatural, previsto, en toda la extensión de su redonda y opaca superficie, de ojos, cerebro y sentidos corporales.

A continuación se elevó un poco y se deslizó en donde acababan de sorprender, desde su interior, a Doc y sus camaradas. Entonces sonó un ruido metálico y cayó a tierra una pequeña esfera de metal.

Con ruido apagado se posó sobre las hojas secas, y se abrió por la mitad como la cáscara de un huevo enorme y podrido. Exactamente lo mismo sucedió poco más allá, al otro lado del grupo formado por Doc, Monk y Ham.

—¡Gas! —gritó Ham, después de lo cual le acometió un fuerte acceso de tos y se enderezó, llevándose las dos manos a la garganta y tirando de ella como si pretendiera desembarazarse de algo alojado en su interior. Todavía tiraba de ella cuando cayó de bruces. Monk se desplomó cerca de él. Ya fuese debido a una superior resistencia física, o bien al hecho de contener el aliento, Doc pudo recorrer todavía largo trecho y es muy probable que hubiera logrado escapar, de no ser asimilado el gas de manera tan eficaz por los poros de la piel como por los pulmones.

Se debatió, pues, a más de cien metros de distancia del punto en que yacían sus camaradas.

Al recobrar el conocimiento le oyó decir al hombrecillo conocido por el remoquete de Stunted.

—¡No me figuraba yo vivir para gozar de este día! ¡Os aseguro que no!

Cuando abrió los ojos fue para ver a Stunted, de pie, a su lado y con el rifle bajo el brazo.

Doc extendió los brazos… sin cubrir más allá del área de unas pulgadas.

Limitaban su movimiento unas esposas muy recias de enorme tamaño, colocadas. Un par de ellas a la altura de sus codos: tres pares más en torno de sus muñecas.

Por instinto alzó las piernas y se miró los tabillos. También estaban sujetos por otros tres pares de manillas. Además, se le habían atado, juntas, las rodillas, y los nudos apretados de estas ligaduras le cortaban las carnes.

—Como ve, nos volvemos más cautos —observó Stunted.

Doc volvió la cabeza. Cerca de él distinguió, esposados también, a Monk y Ham. Rodeaban los miembros del químico tantos pares de esposas como los de él mismo. Ni uno ni otro habían recobrado el conocimiento.

—Pronto saldrán de ese estado —le comunicó Stunted—. Si hemos de creer al jefe, ese gas no es mortal.

En éstas se le aproximó le bizco con el ceño fruncido y de un

empujón le sacó de allí, refunfuñando:

—¡Siempre estás dándole a la lengua y hablando de más!

Stunted le dirigió una mirada chispeante.

—Se me acaba la correa, ¿sabes? —le dijo.

El bizco pasó por alto la observación y miró ceñudo a Doc Savage.

—¿Qué se ha hecho de Leases Moore y de Quince Randweil? —le preguntó.

—Eso —repúsole Doc pausadamente—, quisiera saber yo también.

Al otro se le nubló el semblante.

—Así, han andado cerca de vosotros, ¿eh?

—Sí, muy cerca.

El bizco juró y por lo que dejó escapar comprendió Savage que en tiempos pasados debió habitar en un rancho de vacas.

—¡Cabezas huecas! ¡Seres sin seso! —dijo para concluir—. Justamente en la maleza, en el punto mismo donde ha aterrizado una de las aeronaves, acabamos de descubrir los cadáveres de dos compañeros. Leases Moore y Quince Randweil fueron sus asesinos, tal vez para apoderarse de la esfera.

—Ya se me había ocurrido esa idea —admitió Doc.

—¡Pues es justamente lo que hemos estado tratando de evitar! —gruñó el bizco entre dientes y sus ojos se cruzaron de manera horripilante.

Doc deseó saber:

—¿Conocía también al tercer individuo, el que llevaba diez horas difunto?

El hombre abrió la boca como si en su abstracción fuera a darle una franca respuesta: luego enderezó, de súbito, los ojos, y exclamó: —¡Eso no te importa!

—¿Dónde está la muchacha? —siguió Doc interrogando.

Stunted hizo con seco acento esta observación:

—Supongo que la retienen viva esos dos zorros de Moore y Randweil. ¡Que lo hagan! De lo contrario…

Le interrumpió un aullido del bizco.

—¿Te callarás? —le gritó—. ¡Me está pareciendo que únicamente una bala puede servirle de tapón a ese gaznate!

Stunted le advirtió:

—¡Si te sientes capaz de ello, trata de ponerme ese corcho en la boca!

Mas en lugar de recoger el guante, el otro dio media vuelta y se alejó.

A los cinco minutos volvía a estar de vuelta. Traía cara de pascua.

—¿Has bebido o qué? —le interrogó Stunted.

—¡Bah! —El bizco le dirigió una perversa sonrisa—. Acabo de hablar con el patrón… ¿No sabes? Vamos a recibir doble paga como premio de la faena de haber atrapado aquí al hombre de bronce.

—Todo se lo perdono al portador de tan buena nueva —le confió el achaparrado.

Le individuo de los ojos bizcos agregó: —Del resto se encargará personalmente el patrón.

—¿De qué resto hablas?

El bizco explicó: —Me refiero a Long Tom, Johnny y Renny, tres caballeros amigos de Doc Savage que se han quedado en Nueva York.

# CAPÍTULO XI

## *“IR POR LANA…”*

RENNY tenía grandes puños. Los más grandes que se conocían incluyendo los del gigante de Cardiff, al decir de una reconocida autoridad en el campo de la medicina. Sin embargo, no era hombre jactancioso.

Únicamente se alababa de que no había puerta cuyo paño, si era de madera, resistiera al embate de sus manos cerradas.

Renny —su verdadero nombre y apellido era el de Juan Renwick — había estudiado la carrera de ingeniero y su reputación de tal llegaba hasta los mismos límites de la tierra.

Con todo, a la sazón, no trabajaba mucho en materia de ingeniería. Su amor por las aventuras y su sed de emociones le habían movido a alistarse, como simple soldado, en el grupo que capitaneaba Doc Savage.

Renny estaba sentado ante la mesa del despacho instalado por Doc Savage en el rascacielos de Nueva York. En sus rodillas había puesto un periódico extendido.

Bajo el periódico, y oculto por él, empuñaba una de las pistolas ametralladoras de Doc, capaz de disparar cien proyectiles por minuto.

Llamaban a la puerta por segunda vez.

—¡Adelante! —dijo Renny.

Un hombre, o mejor dicho una torre de huesos, penetró en el despacho. Este individuo miró, parpadeando, el periódico y, a continuación, tomó con dos dedos el monóculo que llevaba pendiente de una cinta de seda, en el ojal de la solapa.

—Tu actitud denota aprensión, Renny —observó con pedantería.

—¡Hola, Johnny! Ignoraba que fueras tú —tronó el ingeniero

con la voz honda y cavernosa que le era propia. Y se guardó la pistola.

El recién llegado era William Harper Littlejohn, o Johnny, a secas, caballero que sentía dos amores: amor por las aventuras y amor por las frases rimbombantes. Que se le tuviera por insigne arqueólogo y geólogo eminente, era incidental.

—¿Durante la última hora transcurrida has sabido algo de Long Tom? —interrogó a Renny.

Renny parpadeó.

—No me pongas nervioso —replicó—, con tus frases rebuscadas.

—Long Tom acaba de hablarme por teléfono —le explicó el geólogo en lenguaje vulgar—. Dice que ha obtenido unos informes de importancia capital.

Distraído, repuso el ingeniero: —¡Ya! Pues no me ha telefoneado…

Johnny entró en la biblioteca taconeando. —¿Cómo podía vivir, dada su delgadez inverosímil?— y de ella regresó con un libro en la mano.

Lo abrió y hojeó sus páginas de hermosa impresión.

Era un tratado de historia natural que él mismo había compuesto referente a la vida y hechos de un ser prehistórico: el pterodáctilo.

—¿Lo vas a corregir? —deseó saber Renny.

—Sí. Imagínate que me he olvidado de un detalle. Se trata de las consecuencias que implica la lapidificación o petrificación progresiva del ova…

—¡Hum! No prosigas —le rogó el ingeniero—. Me duele la cabeza. ¿Que se sabe de Doc?

—Nada todavía.

La puerta se abrió con violencia, dando acceso a un sujeto pálido y enfermizo que parecía pedir a voces una cama en el hospital. Su estatura no sobrepasaba en mucho a la normal y tenía el color de la acelga.

—¡Noticia sensacional! —le participó a gritos mientras agitaba un papel en el aire.

Era Long Tom, Tomás J. Roberts, llamado “el mago de la electricidad” y jamás en su vida había estado enfermo.

El papel, escrito a máquina, decía, sobre poco más o menos, lo

siguiente:

*“Sé que es usted persona honorable y que le interesaría saber cuanto pueda relacionarse con el asesinato de Willard Spanner. Para ello diríjase a Carl Street 60, y le dirán algo. Pero sea prudente. Más tarde hablaremos y si desea saber algo por mí me parece muy bien.*

*Buzz.”*

—¿Quién en Buzz? —interrogó Renny.

—Lo ignoro —replicó Long Tom—. Pero vale la pena enterarse. No se ha hecho público nuestro interés por el caso Spanner. Este sujeto le conoce y por ello no me cabe duda de que tiene algo interesante que comunicarnos.

—Es eminentemente plausible —afirmó Johnny.

Renny cerró los puños en un gesto maquinal, se contempló los pálidos nudillos, y gruñó a continuación:

—¿Sabéis qué aspecto tiene la Carl Street? Era una vía amplia de rascacielos que se alquilaban casi exclusivamente para oficinas y despachos.

Lo descubrieron media hora después cuando les llevó a ella un taxi. La exagerada altura de aquellos edificios, de construcción reciente en su mayoría, le esforzó a estirar el cuello y echar hacia atrás las cabezas para ver su fin.

Pero el más importante de todos era, sin duda, el número sesenta. Sus departamentos se señalaban por las hermosas ventanas de la fachada y bajo el toldo instalada sobre la puerta de entrada se paseaban, en lugar de uno, dos porteros de librea galoneada.

—¿Qué haremos? —Long Tom reflexionaba en voz alta—. La casa me parece grandísima. Por lo menos posee trescientos departamentos y no sabemos cuál es el que venimos buscando.

—Entra ahí dentro e interroga por los pisos —le propuso Renny.

—¡Qué idea más aborigen! —exclamó Johnny, disparatando como de usual.

—Eso creo yo —dijo Long Tom—. Es la mejor manera de no pasar del entresuelo y de espantar a nuestros pájaros.

—¡Pues no veo que sea cosa tan complicada! —protestó el ingeniero—. En fin: si me lo permitís entraré yo. Aguardad a que me suba el cuello.

—Y también a que armes camorra, ¿no es eso? —dijo con acento zumbón el “mago de la eléctrica”—. Hay que apelar a otros medios.

Ellos guiaron el coche hasta doblar el recodo de la primera esquina y allí se apearon. Long Tom se detuvo en al acera.

—Como quizá nos conozcan de vista esos pájaros —observó rascándose la cabeza—, sería bueno penetrar de manera poco ostensible en el edificio.

Entonces debió concebir una idea luminosa, porque abandonó bruscamente a sus dos compañeros, sorteó los coches que circulaban por el arroyo, a la sazón, en profusa cantidad, y entró en unas oficinas de Telégrafos.

Renny y Johnny aguardaron. Transcurrieron cinco minutos. La pareja comenzó a impacientarse. Disponíanse a averiguar lo que sucedía, cuando vieron salir de las oficinas telegráficas a un mensajero.

Hasta que no le tuvieron delante no reconocieron en él a Long Tom.

—Le he dado dos bucks al muchacho y éste me ha dejado su uniforme —les explicó con una sonrisa.

Tras de lo cual se metió en el rascacielos llevando en la mano un telegrama... en blanco. Cuando trató de detenerle uno de los porteros le lanzó una mirada de indignación.

—¡Eh! ¡No me detenga —exclamó—, que con ello va a privarme de ganar una propina!

Siguió marchando hasta llegar junto a la tablilla de indicaciones donde había una lista de los inquilinos, según suele hacerse en los edificios destinados a fines comerciales.

De todas maneras el rascacielos no se destinaba exclusivamente a ellos. Era, también, una casa de vecindad. Y por ello mismo Long Tom recibió una sorpresa de las más grandes de su vida.

Tras de examinar la lista de una ojeada giró sobre sus talones y salió a la calle. Su pálido rostro daba muestras visibles de agitación en el momento en que se reunió a sus camaradas.

—¡Nunca adivinaréis lo que acabo de descubrir! —exclamó.

—¡Caramba, buen principio es ese! —gruñó Renny—. ¿Qué es lo que sucede?

—Willard Spanner tenía un laboratorio y un estudio en la parte baja de Staten Island —les recordó Long Tom—. La policía verificó el registro de los dos, sin hallar indicación alguna de la cual pudiera deducirse la causa de su muerte. ¿Digo bien?

—¡Sí! ¡Sí!

—Bueno, pues también tenía alquilado un departamento ahí dentro. Su hombre y apellido figuran en al lista de inquilinos —concluyó Long Tom.

Renny avanzó pausadamente.

—Después de todo, es posible que descubramos algo interesante —observó—. ¿Qué número lleva ese departamento?

—El dos mil setecientos doce.

Quince minutos más tarde Renny y Johnny estaban junto a la puerta de servicio del rascacielos. Entre ambos sostenían una pesada caja de madera cuyos costados llevaban una dirección impresa en ellos con grandes letras negras: “Departamento número 2.712”.

Su plan se llevó a cabo, con todo, sin exponerse a una discusión, porque la casa poseía, por lo visto, un departamento destinado, justamente, a la entrega de paquetes.

—Se nos ha mandado que dejemos la caja en el interior del departamento —dijo Renny a los porteros—, pero no se molesten en llamar. Nosotros tenemos una llave.

Un ascensor les condujo hasta el piso donde estaba el departamento que buscaban y, no sin trabajo, trasportaron la caja a la parte baja del pasillo.

Allí la dejaron delante de la puerta y aplicaron el oído. No se oía nada. Tras de cambiar una mirada tocaron el timbre. Nadie les contestó.

De uno de sus bolsillos extrajo Renny un manojo de llaves que se había traído del despacho de Doc. Probó casi una veintena de ellas en la cerradura y su largo sombrío semblante expresaba cierta ansiedad cuando, al cabo, una de las llaves hizo girar el rodete.

Al otro lado de la puerta había un recibidor amueblado conforme al gusto moderno, decorado de negro y cromo resplandeciente. Renny apreció de una ojeada el buen gusto que presidía la instalación.

Él mismo era entendido en la materia y poseía uno de los departamentos mejor decorados de la ciudad. Con la ayuda de Johnny tiró de la caja y, a rastras, sin cuidado de rayar el parquet encerado, la metió en el recibidor y cerró la puerta.

—¡Hola! —exclamó aún, para ver si le contestaban.

Sólo lo hizo el eco.

Resuelto a todo franqueó el umbral de la primera puerta que halló al paso.

Johnny le acompañaba. Así como presidía la antesala un estilo que armonizaba con la época, en la habitación recién descubierta imperaba la moda del siglo doce.

Características modalidades de ella eran: la mesa, maciza, tallada a mano; la chimenea de grandes montantes: las dos bellísimas armaduras que, montadas, se habían colocado, una frente a otra, al fondo de la pieza.

Disecadas cabezas de osos completaban el decorado del comedor.

—No está mal —confesó Renny.

Y avanzó unos pasos. Johnny le imitó.

Simultáneamente se movieron las dos armaduras. Cada una de ellas se descalzó el guantelete de acero, descubriendo el pequeño automático que empuñaban.

—Bueno. Caísteis como dos palomitas —dijo una voz tras de la celada de uno de los yelmos.

Renny le dedicó una sonrisa. Era una costumbre que tenía. Siempre que las cosas tomaban mal cariz parecía alegrarse.

Por el contrario, cuando se sentía feliz se le alargaba la cara un palmo.

—Sí, pero os habéis arriesgado mucho —observó.

—¡Oh! Contábamos con que no les iríais a leer el contenido de esa carta a la policía —volvió a decir la voz—. No es esa la costumbre de los amigos de Doc Savage.

De la región más recóndita del piso surgían cuatro individuos más en aquel momento. Dos de ellos iniciaron el registro minucioso de los bolsillos de los prisioneros.

—Cerrad la puerta de la calle —ordenaron a los otros dos.

Un bandido regresó a poco de cumplimentar la orden. En la abierta palma de la mano venía haciendo saltar la llave de la puerta.

—¡Uf! ¡Salgamos cuanto antes de estas armaduras! —sugirió a su pareja la voz del hombre invisible.

Y ambos lo hicieron.

Johnny y Renny no decían esta boca es mía, pero observaban a

sus secuestradores y el examen no dejaban lugar a dudas. Pertenecían, los seis, aun tipo determinado, poco nervioso, de gansters.

Su actitud fría e insensible, así como su manera indiferente de expresarse, indicaba que no eran extraños a situaciones ten dolorosas y humillantes.

De presentarse la ocasión serían capaces de llegar a extremos de maldad; ninguno tenía el corazón tierno.

—Bien ¿qué os parecemos? —les interrogó uno de ellos.

Buenos para llevar el capuchón negro —replicó, secamente, Renny—. Ya sabéis a qué capuchón aludo, ¿eh? ¡Al que os podrán antes de sentaros en la silla eléctrica!

—¡Ajá! ¿Nos amenazas? —dijo el bandido.

Un compañero observó en tono satisfecho.

—¡Que diga lo que quiera! Acabamos de pescar aquí a estos dos, y en California hemos atrapado a Doc Savage, parece que se despeja la situación...

—Sí, el jefe se ahoga en un plato de agua. Por de pronto ese Doc no alcanza la talla que se le atribuye.

—¡Maldito Spanner! ¡Él ha armado todo el lío! —refunfuñó el segundo bandido—. Pretendió comunicarle nuestros planes a Doc Savage y salió pringado.

—¡Y tanto! Como que le cogimos en San Francisco a las doce del día y dos horas después aquí, en Nueva York, cuando trataba de escapar.

El otro bandido asintió con un ademán a lo expuesto por el compañero.

—¡Claro! ¿Quién le manda enviar, previamente, una relación escrita de todo a su departamento? De no haberlo hecho no hubiéramos tenido que hacerle venir a Nueva York para reclamar la carta...

Renny no se mostraba sorprendido, de ordinario, más a la sazón, tenía los ojos desencajados.

—¡Cómo! ¿Habéis recorrido en dos horas la distancia que separa a los dos Estados? —inquirió.

¡Ah, sí! ¿No es maravilloso? —dijo el primer bandido.

—Me parece increíble...

Johnny, a quien preocupaba, hacía ya rato, una cosa, preguntó

al bandido en cuestión:

—¿Es éste, en realidad, el departamento de Spanner?

—¡Ay, no! —el gangster se rió en voz baja—. Es un embuste, o mejor, el azúcar con que hemos sazonado el cebo.

Entonces hizo castañetear un solo dedo y exclamó en otro tono:

—¡Diantre! Se me estaba olvidando que todavía anda suelto uno de vosotros, ese que parece un moribundo, Long Tom, creo que le llaman.

El compañero que parecía capitanear el grupo consultó su cronómetro.

—Más tarde nos ocuparemos de él —decidió—. Dentro de una hora va a descargarse el "Brisa Marina"; conque, ¡moved los pies!

Los bandidos procedieron a esposar, atar y amordazar a Johnny y Renny con tal soltura de movimientos y una tranquilidad tan extraordinaria, que denotaban completa seguridad del terreno que pisaban y la confianza de no ser interrumpidos.

Por ello fue más que regular sorpresa cuando le oyeron decir a Long Tom desde la puerta del recibidor:

—¡Arriba las manos!

A su espalda estaba abierta la caja en que le habían subido al piso sus camaradas... en previsión de lo que pudiera ocurrir.

Los siniestros sujetos que ocupaban el departamento habíanse mantenido serenos hasta allí, a la sazón, no les abandonó tampoco la calma porque se volvieron. En la pálida mano de Long Tom distinguieron la pistola ametralladora y, aunque se impresionaron un poco, no hicieron aspavientos.

Pausadamente separaron los brazos de los costados, dejaron caer sus armas sobre el parquet, y levantaron las manos por encima de sus cabezas.

—¡Que nadie se mueva! —Les recomendó Long Tom.

Avanzando hasta el comedor libertó a sus camaradas y, a su vez, ellos procedieron al registro de los secuestradores, a los cuales desarmaron.

Mas de la búsqueda no se originó el provecho que esperaban.

Los bolsillos de sus cautivos contenían únicamente dinero: de sus trajes se habían descosido las etiquetas.

—Atadles —les sugirió Long Tom.

Le obedecieron, sirviéndose para la tarea del cordón de los

cortinajes y de los hilos del alumbrado eléctrico.

Long Tom les interrogó, ceñudo:

—Yo os he oído pronunciar una palabra: “brisa marina” ¿A qué o a quién dais su nombre?

—A un caballo de carreras —replicó prontamente uno de los seis.

Long Tom lo negó con un movimiento de cabeza.

—Dijisteis no sé qué sobre cierta descarga.

¡Ah, sí! —el bandido se encogió de hombres—. El caballo viene del sur en un tren y tenemos que descargarle.

Renny tronó: —¡Embustero!

El bandido se resintió. Long Tom arqueó las cejas, interrogando.

—El “Brisa Marina” es un nuevo trasatlántico, lo leí ayer en los periódicos. Hoy llegará a Nueva York. Trae a bordo una cantidad respetable de oro, en barras, que nos envían de Europa.

—¿Ah, sí? —Long Tom dirigió una mirada de través a los prisioneros.

—¿Qué es lo que va a sucederle al “ Brisa Marina”?

Nadie dijo nada.

—¡Es pura coincidencia! —gruñó al fin uno de la banda.

—Ahora lo veremos —Long Tom marchó en dirección de la puerta—. Voy a bajar el muelle donde se halla ese vapor atracado.

Johnny lo siguió.

—Pero alguien se tendrá que quedar a vigilar a estos pájaros —dijo Renny con un vozarrón usual.

—Encárgate tú de ello —Contestó Johnny—, ya que lo has pensado.

Los dos sostuvieron una breve discusión que finalizó echando una moneda al aire, procedimiento por el cual perdió Renny.

Así, gruñendo, y con aire solemne asumió la responsabilidad de guardar a los prisioneros, mientras Johnny y Long Tom iban al muelle donde estaba atracado el “Brisa Marina” para enterarse de sí tenía algo que ver con el caso de que se ocupaban. Lo mismo uno que otro se mostraron muy contentos durante el descenso en el ascensor y mientras detenían un taxi delante de la misma puerta del rascacielos.

No lo hubieran estado tanto, de reparar en las acciones de un sujeto que, en aquellos momentos, estacionaba el coche en la parte

baja de la calle, o sea, a veinte yardas de distancia del edificio utilizado como trampa.

Este sujeto se agachó vivamente, dentro del coche, al pasar ellos por su lado y al erguirse otra vez con objeto de ver cómo se alejaban, protegía su rostro con el improvisado, pero no por ello menos eficaz, escudo de un diario desplegado.

Al salir del coche llevaba subido el cuello de la americana y el sombrero hundido hasta los ojos. Rápidamente penetró en la portería del rascacielos, procurando mantenerse con el rostro vuelto para que no le distinguiera el portero.

En la mano que tenía libre llevaba un maletín parecido a los que emplean los cirujanos para el trasporte de pequeños instrumentos quirúrgicos. Un ascensor le dejó en el piso vigésimo séptimo.

El desconocido aguardó a que bajara, luego se deslizó pasillo adelante hasta llegar a la puerta del departamento a que habían sido atraídos Johnny, Long Tom y Renny.

Abriendo el maletín sacó de él, ante todo, una máscara de goma que se adaptó a la cara de manera sorprendente, era lo que se llama una careta acolchada de manera ex profeso para rellenarle las mejillas, dotarle de una nariz de loro y de doble barbilla.

Del maletín salió, asimismo, una lata atornillada y un embudo, cuyo extremo plano hacía las veces de espita. El hombre introdujo esta espita por debajo de la puerta, acercó el embudo a la lata, y el líquido que ella contenía corrió por el departamento.

El hombre retrocedió entonces conteniendo el aliento, se aproximó a una ventana, la abrió y se mantuvo de pie junto a ella, respirando la brisa que soplaba. Pausada, deliberadamente, la aspiró a pleno pulmón.

Cinco minutos largos de reloj estuvo asomado a la ventana. Después se apartó de ella y volvió a aproximarse a la puerta del departamento, sacando una llave del bolsillo.

Por fortuna no había quedado la otra llave en la cerradura, cundo se había cerrado la puerta por dentro, pues de ser así, no hubiera logrado acceso tan fácilmente el enmascarado.

El líquido de la lata se había ya evaporado del suelo. El desconocido contuvo la respiración hasta después de abrir las ventanas, y tornó a salir al pasillo, aguardando en él a que se limpiara totalmente la atmósfera del piso. Lo mismo Renny que los

bandidos que custodiaba habían perdido ya el conocimiento.

# CAPÍTULO XII

## *EL HOMBRE DE LA MÁSCARA DE GOMA*

EL enmascarado parecía conocer, de antiguo, los efectos del gas que empleaba, y cómo hacer reaccionar a sus víctimas, porque al instante atendió a los primeros, desatándoles primero y trasfiriendo a la persona de Renny sus ligaduras.

No pasó largo tiempo sin que la inhalación del líquido de un frasquito hiciera parpadear a los bandidos, que, gimiendo, comenzaron a volver en sí.

El enmascarado sacudió con violencia a uno de ellos.

—¿Qué ha sucedido? —le interrogó con impaciencia.

Al sonido de su voz (que no era una voz particularmente notable, pero sí lo bastante personal para ser reconocida al momento) se despertó del todo el bandido que le oía.

—¡El gran jefe! —Exclamó—. Pero ¿qué te ha movido a ponerte esa careta? ¡Pareces una máscara de carnaval!

El desconocido exclamó: —¡No perdamos tiempo! ¿Qué ha sucedido?

La historia del raid llevado a cabo por los tres asociados de Doc Savage le fue entonces narrada, procurando desglosar los narradores unas partes, de otras menos favorables, al objeto de disimular su imprevisión, mas, juzgando por los furiosos resoplidos del jefe, no lo conseguían del todo.

—¡Imbéciles! —les gritó cuando hubieron acabado de hablar—. Parecéis una bandada de monos; todo lo hacéis a su manera. ¿Adónde fueron Johnny y Long Tom?

El bandido que tenía la palabra se quedó de una pieza. Titubeó. Se le había olvidado explicar el episodio concerniente al “Brisa Marina” y la consiguiente metedura de pata.

—Pues, te diré… —murmuró. Y le confesó el resto.

El jefe enmascarado sufrió un ataque de furor. Juró, maldijo, blasfemó, a patadas acometió a los bandidos que aun no habían recobrado del todo el conocimiento.

Les obligó a rehacerse, al punto, de los efectos del gas, poniéndose de pie para colocar lejos de su alcance las partes más sensibles de su anatomía.

—¡Atajo de alcornoques! ¿Por qué no me lo habéis dicho antes? ¡Ahora tal vez sea ya demasiado tarde!

Como un torbellino penetró en el recibidor donde estaba colocado el teléfono, tomó el auricular, se le oyó mover el disco con frenesí.

Mas, en cuanto hubo obtenido la comunicación, bajó la voz y los bandidos ya no percibieron nada… a excepción de una frase formal, de la cual dedujeron que se servía del lenguaje cifrado empleado, en ocasiones, por la banda.

—Poned al horno el pastel media hora antes de lo convenido —era la frase en cuestión.

Cuando volvió al comedor parecía estar menos desesperado y confesó:

—Quizá logremos sacar las castañas del fuego… ¿Cómo? Por de pronto he hablado con los chicos y les he ordenado que lo tengan todo dispuesto media hora antes. Lo cual quiere decir (consultando la hora en su reloj de pulsera) que va a ser ahora mismo. Celebraré que hayan concluido antes de entrar en escena Johnny y Long Tom.

Miró otra vez la esfera del reloj y agregó: —Sí. Media hora es suficiente para llevar a cabo la faena.

Casi al propio tiempo le echaba Long Tom un vistazo a su cronómetro, procedente de un centro científico, que era una maravilla y había costado una pequeña fortuna.

—Me parece —dijo a Johnny—, que tardaremos unos veinticinco minutos en llegar a ese muelle.

Así y todo, como guiaba el taxi en que iban, un conductor decidido, se pararon a hablar con el encargado de regular el trafico y le mostraron los nombramientos de oficial del Cuerpo que ambos poseían lo mismo que Doc Savage.

Como lograran persuadirle de que les acompañara, de pie, sobre el estribo, obtuvieron un sorprendente resultado.

La circulación se detuvo para dejarles el paso franco. Hicieron sonar el claxon repetidas veces y llegaron al muelle quince minutos antes de los que supusiera Long Tom.

—¡Ahí lo tenemos! —dijo a su camarada. Johnny estiró su largo cuello.

—La situación me parece poco tranquilizadora —observó.

—¿Eh? —Long Tom le miró intrigado—. ¿Qué querrías decir?

A sus oídos llegaban redoble singular arrancado, según le pareció, de momento, de un tambor de tirantes de cuerda que sonara a intervalos de corta duración. Las ruedas del taxi patinaron.

El chofer acababa de frenar bruscamente. Saltó del pescante y fue a ver lo que pasaba. En el muelle bullía y se agitaba una compacta muchedumbre que, al oír el redoble del tambor, mostró una súbita tendencia a dispersarse.

Varios agentes de policía pasaron corriendo por delante del taxi estacionado.

Los claxons de sus coches armaban una algarabía infernal.

—Hay jaleo —les comunicó a su regreso el chofer—. ¡Yo no paso de aquí!

Johnny y Long Tom tenían puesto ya un pie en el estribo. Los dos se olvidaron de abonarle al chofer el precio de la carrera. Verdad en que tampoco pensó él en reclamarlo.

A buen paso avanzaron hasta el muelle. Junto a ellos pasaban, en sentido inverso, hombres y mujeres. Dos individuos conducían a una mujer presa de un ataque de histerismo.

—¡Han matado a cincuenta o más hombres! —iba diciendo entre sollozos—. ¡Y sus cuerpos están diseminados por todas partes!

—¡Ved ahí una exageración digna de Brobdingnag —exclamó Johnny—. ¡Confiemos en que no será verdadera!

El redoble del tambor, o tableteo de una ametrallador, volvió a hacerse oír.

Y a continuación se percibieron los estampidos, más débiles, de otras arnas de fuego. Se dispararon carabinas. Estallaron como huevos podridos las bombas de mano.

Ante ambos surgió, de pronto, un agente de policía rechoncho, y les dijo a voces:

—¡Eh, que esto no es un espectáculo! Retroceded y poneos a cubierto…

Long Tom y Johnny le mostraron sus nombramientos.

—¿Qué sucede? —deseó saber el mago de la electricidad.

—Piratas —replicó, lacónico, el agente—. Se pretende desvalijar al “Brisa Marina”.

Yendo adelante, Johnny y Long Tom doblaron la esquina, y sorprendieron una escena inolvidable.

Estacionados en el muelle, desierto a la sazón, de espaldas al punto de amarre del flamante e inmaculado trasatlántico, vieron tres grandes camiones.

El pescante del más próximo mostraba, por un desgarrón, el interior forrado de gruesa capa de acero. Sus neumáticos, hechos jirones, no se habían, empero, deshinchado. Evidentemente eran de caucho macizo.

Los tres vehículos llevaban blindados los capots y radiadores. Aquella precaución sí que parecía estar de más por ser los motores de un tipo que va asentado en el interior del pescante y, por consiguiente, sumamente difícil de alcanzar.

Un hombre, un reportero, sin duda, sacaba fotografías de la escena desde la cima de un edificio vecino. Mas, al sonar una ametralladora en el muelle se apresuró a ponerse a cubierto.

Simultáneamente se produjo un nuevo tiroteo. A la vista estaban cincuenta agentes de policía. Otros iban llegando. Ellos habían montado una “Lewis” de reglamento y ahora ésta prorrumpió en un tableteo tumultuoso.

Johnny ocultó su huesuda persona tras de una hilera de coches, de cuyas portezuelas faltaban los cristales en muchos de ellos, y seguido de cerca por Long Tom, se arrastró por el suelo hasta situarse junto a un sargento de policía. A sus preguntas replicó el oficial:

—El “Brisa Marina” trae en su bodega un cargamento de oro en barras y por ello lo han asaltado unos treinta o cuarenta piratas.

Así diciendo volteó la bomba de gases lacrimógenos que empuñaba y la arrojó sobre el buque.

—No creo que esto sirva de nada —observó al propio tiempo—, porque esos pájaros van provistos de máscaras antigás.

—¡Toma! —gruñó Long Tom—. ¿Conque se sirven de una táctica militar?

—Sí, pero les atraparemos a pesar de ello —replicó el sargento

—. Nuestros fotógrafos van provistos de teléfono y valiéndose de sus placas obtendrán los retratos de esos gángster. Además, vigilamos todas las esquinas y no podrán escapar.

Con todo, los piratas habían levantado una barricada de sacos de arena, sacados, probablemente, de los camiones estacionados, detrás de los cuales se arrastraron mientras cargaban otra vez los vehículos.

Sólo en muy raras ocasiones se mostraba alguno de ellos por encima de la barricada, pero cada lapso de esta especie originaba una nueva descarga.

Long Tom desenfundó la pistola ametralladora y lo propio hizo Johnny.

Ambos se sumaron a las fuerzas de contraataque. ¡No cabía hacer más!

—¡Es eminentemente increíble —dijo Johnny, refiriéndose a la situación originada por aquel estado de cosas.

—Sí —convino Long Tom—. Nunca he visto otra igual. Pero ¡mira! ¡Qué significará eso?

Los motores de los camiones, que habían estado vibrando sin cesar, zumbaban, a la sazón, y los tres pesados vehículos iniciaron el arranque.

Suficiente fue oír aquello para que, como obedeciendo a una señal, saltaran de todas partes agentes de policía disparando los revólveres. El continuo estampido de las armas de fuego era de veras imponente.

De los camiones se desprendieron paños del entablado lateral. Mas no bajaron, no subieron por la calle como todo el mundo creyó. Arrancaron, en línea recta, por la anchurosa vía y pasaron al otro lado del muelle.

Se dirigían a la gran puerta de madera de un edificio. Al llegar junto a ella, la embistió el primer camión, destrozando su paño poco consistente y penetró en el edificio, seguido de los vehículos restantes.

Y la antigua puerta fue substituida, en el acto, por otra de acero que cerraron desde el interior del galpón y, luego, partió una estruendosa descarga mientras aquí y allá se desprendían ladrillos de las paredes dejando troneras al descubierto que, evidentemente, estaban abiertas ya de antemano. Los agentes se retiraron. De vez

en cuando se desplomaba, herido, alguno que otro.

Sus oficiales les pidieron, a gritos, que les llevaran escalas de las que se utilizan en caso de incendio para escalar con su ayuda los tejados del edificio.

Otro de los chaquetas azules advirtió:

—Tras de ese edificio hay un patio. ¡Probad de entrar en él!

—Ya lo intentamos —le respondieron—, pero la banda tiene gente apostada junto a los muros.

Transcurrieron quince minutos. El muelle había ido adquiriendo, poco a poco, el aspecto de un campo de Agramante. En la rada maniobraba ahora un remolcador que llevaba, a popa, un cañoncito sacado del fuerte.

Las fuerzas de seguridad engrosaban por momentos. Ya no sumaban cincuenta o más hombres, son varios centenares. Las filas de internos vestidos de blanco también se espesaban en torno de las ambulancias.

Fue entonces cuando se verificó un hecho tan extraordinario, que les hizo enmudecer, de repente.

Sonó un trueno prolongado, ensordecedor que, en realidad, comenzó por el silbido producido por un cuerpo lanzando a una velocidad espantosa, y la muchedumbre alzó, atónita, los ojos al cielo sin atreverse a dar crédito a lo que en él se veía.

—¡Qué esfera más grande! —balbuceó un guardia—. Acaba de salir del patio de ese edificio, pero va tan deprisa que la veo y no la veo.

Mientras se escudriñaba, todavía, el espacio, sonó un nuevo trueno y ascendió por el aire otra esfera, pero adquiriendo luego velocidad con tal rapidez, que apenas pudo seguirse con la mirada.

Y ya no se divisaban más globos. Como había cesado todo el tiroteo los agentes se abatieron, a una sobre el edificio.

—Verás cómo no descubren absolutamente nada —dijo a Johnny el mago de la electricidad.

En efecto, dentro del patio fueron hallados los camiones acribillados a balazos y también un lingote de oro que, en su apresuramiento, dejaron los cacos olvidados pero nada más.

Desde luego era muy extraño que, dada su manera especial de verificar el robo y la magnitud de la suma robada, sólo hubieran dejado caer una barra del áureo metal, mas no cabía dudarlo.

Conforme al informe que dio, más tarde, el sobrecargo del “Brisa Marina”.

Ascendía la cantidad substraída a seis millones de dólares, y los hombres muertos a bordo no excedían de una docena, en lugar de doscientos, como estimó el redactor, excitado, de un conocido semanario. No era preciso exagerar lo sucedido, ya que jamás ocurriera suceso como aquel en la vida de los ciudadanos neoyorquinos. Pero lo más sorprendente de todo fue, tal vez, la desaparición de los ladrones. Cuando se les divisó por última vez eran un punto perdido en el infinito, que se alejaba con increíble rapidez.

Después nada más volvió a saberse de ellos. Claro que, desde entonces, se relacionaron los singulares surcos luminosos, dejados según se creyó en un principio, por aerolitos o cometas, con aquellas esferas misteriosas.

Únicamente un punto aparecía confuso todavía. ¿Por qué dejaron rastro en un principio? ¿Por qué no lo dejaban ya?

Johnny y Long Tom hablaron del caso mientras volvían, en coche, a la parte alta de la ciudad, contrariados, y algo corridos por no haber ayudado a la policía a impedir el robo.

—No lo comprendo —decía Long Tom—. Quizá no dejen surcos luminosos después de todo. Pero ¿de qué materia estarán hechas esas bolas? ¿Cuál será su manejo?

Se apearon del taxi delante del edificio donde dejaran a Renny encargado de la custodia de los cautivos. Invirtieron en abonar la carrera unos instantes y a continuación dieron media vuelta y se prepararon a entrar en el portal.

—¡Mira! —exclamó Long Tom.

Renny estaba en un coche, al otro lado de la calle: su cabeza y sus hombros se destacaban del fondo con tal claridad, que no dejaba lugar a duda.

—¿Qué diablos hará ahí metido? —balbuceó Johnny.

Renny alzó entonces una de sus grandes manos y les hizo señas de que se aproximaran.

Los dos atravesaron corriendo la calle sin concebir sospechas, llevando separadas las diestras de las fundas sobaqueras donde guardaban las pistolas ametralladoras.

Dos individuos salieron de detrás de un coche estacionado junto

a la acera, a su derecha (los dos blandían un arma de fuego); tres más surgieron de la izquierda, provistos también de revólveres.

Pertenecían a la banda que había ocupado el departamento. Ni unos ni otros dijeron una palabra. Tampoco fue necesario, porque su actitud revelaba bien a las claras sus intenciones. Long Tom y Johnny levantaron los brazos.

Un hombre bajito se alzó del suelo junto a Renny, en el interior del coche.

Permaneciendo así agachado era como les había parecido invisible y cómo, asiendo a Renny por un brazo y agitándole en el aire, les había hecho la seña engañadora. Porque, en realidad, Renny no había recobrado aún el conocimiento.

La banda se servía, para sus fines del momento, de tres grandes coches, tipo Sedan, de color oscuro. Se pusieron en movimiento a los veinte segundos de haberse efectuado la aparición del primer hombre armado. En el interior de uno de ellos iba Long Tom; Johnny en el otro. Una mujer había estado asomada a al ventana de una casa vecina. Ahora comenzó a chillar.

Sus gritos eran tan penetrantes, que hicieron llorar a un bebé metido en su coche, en la parte alta de la calle. Uno de los bandidos sacó el brazo armado por la ventanilla de uno de los coches.

El arma conmovió el aire con su estampido atronador. Desapareció de la ventana la cabeza de la mujer.

Un compinche que iba con él en el coche le dijo en son de mofa:

—¡Tú, rata! ¿Es que te dedicas a asesinar mujeres?

—¿Quién te ha dicho eso? —replicó el otro con un bufido de deprecio—. ¡He apuntado más alto, a una ventana que distaba unos veinte pies de su cabeza!

Los coches no iban a una velocidad excesiva para no llamar la atención.

Tras de haber dejado atrás una docena de manzanas de casas hicieron alto en una callejuela. No había nadie a la vista. De ellos pasaron nuestros cautivos a otros tras coches diferentes de tipo y color y luego estos últimos se separaron de los primeros.

Long Tom se contorsionó cuando comenzaron los ladrones a ligarle los brazos mediante trozos de una cuerda de algodón. Mas pudo hacer muy poco.

—¿Qué pensáis hacer de nosotros? —interrogó a sus

apresadores.

—Muchas cosas —le contestó uno de ellos.

Long Tom logró asir una muñeca y la retorció de tal suerte, que le arrancó a su víctima un grito de dolor. Mientras se debatía comenzó a salírsele el revólver del cinto donde lo llevaba guardado.

Esto era justamente lo que deseaba Long Tom. Denodadamente luchó por apoderarse del arma. Los ladrones le vencieron, derribándole, y le asestaron feroces y sonoros puntapiés en castigo de la perturbación que producía.

Largo tiempo después se detuvo el coche en el bosque. Long Tom escudriñó el camino, descubrió que habían llegado también a él los otros dos coches, sólo que por caminos distintos, y por entre los árboles distinguió, en la lejanía, un objeto brillante.

—Bueno, ¿qué se hace ahora? —deseó saber uno de los bandidos.

Su jefe repuso:

—El patrón dice que reunamos a estos pájaros con Doc Savage.

—Es arriesgado, ¿no te parece?

El jefe se encogió de hombros.

—Quizá piensa someterles a un interrogatorio. Desea saber si Doc ha recogido informes sobre nuestra actuación, si tiene escrito algo sobre ella y dónde lo guarda.

Mirando de soslayo al objeto brillante que divisaba por entre los árboles, Long Tom cayó súbitamente en la cuenta de que era una bola: un globo inmenso hecho de una materia parecida a la obsidiana. Un bandido se le acercó, de un bolsillo extrajo un pañuelo y un frasquito, derramó unas gotas de este último en el lienzo y, saltando de súbito, sobre Long Tom, se lo aplicó, empapado, a la nariz.

Long Tom contuvo cuanto le fue posible el aliento, pero le dieron de puñetazos en el estómago hasta que aspiró el aire. La primera aspiración llegó a sus pulmones impregnada del olor a cloroformo.

Tosió y perneó logrando aspirar una bocanada de aire fresco. Entonces procuró hacer creer a aquellos hombres que había sucumbido, trató de fingirse privado de sentido mientras retenía, de nuevo, el aliento.

—Estás lleno de artimañas, ¿eh? —gruñó el hombre entre

dientes, y le pegó sobre la cintura.

Long Tom inhaló el anestésico con apresuramiento risible y, antes de mucho, se dio cuenta de que producía efecto en él. Su última impresión fue la de que también Johnny y Renny se debatían al aplicarles un pañuelo a las narices.

# CAPÍTULO XIII

## *SINIESTRA ORGANIZACIÓN*

LA habitación estaba sumida en tinieblas tan densas, que parecían un cuerpo sólido, impenetrable. Solamente en un punto brillaba un débil reguero de luz un suave fulgor azulado que, examinado de más cerca, se hubiera resuelto en la esfera luminosa de un reloj de pulsera.

Al cabo de un momento sonó el ruido de una puerta que se abría y una lámpara de bolsillo asaeteó con sus rayos resplandecientes la oscuridad, posándose sobre un cuerpo tendido.

Al extinguirse varió de lugar el fulgor azulado. Era que se levantaba el cuerpo inerte del suelo para transportarlo a una segunda habitación tan oscura como la primera, pero en la cual penetraba el sonido discordante de un altavoz radiofónico.

Las personas que le habían llevado hasta allí le dejaron en el suelo y partieron.

La voz bien timbrada de Doc inquirió: —¿Quién es?

—Nock Spanner —replicó el recién llegado.

Doc observó en voz alta desde un extremo de la pieza: —Conque le han atrapado, ¿eh? ¿Por qué huyó de nuestro lado en el viejo rancho?

—No huí —Nock pareció contrariado—. Me pareció vislumbrar a un bandido y le seguí hasta el bosque. Es decir: de momento dudé de que fuera una persona, porque percibí únicamente un movimiento de las matas. Cuando, más adelante, ya no pude dudar de que me acechaba, me fue imposible retroceder e ir en busca de ustedes. ¡Ojalá lo hubiera hecho y no me habrían atrapado!

Ham declaró muy cerca de ellos: —Comienza a cansarme la función…

Nock quiso saber si estaban atados.

—Estamos liados como momias —fue la réplica de Monk—, y para más, esposados.

Del altavoz se derramaba, sin cesar, una música callejera.

—¿Qué creen ustedes que se hará de nosotros?

—No tenemos la menor idea.

—¿Saben ya si... mi hermano vive todavía?

Monk titubeó antes de responder con franqueza: —¡No!

Había cesado la música discordante; se oyó una advertencia hecha desde la estación emisora y, luego, el locutor encargado de la sección de Prensa habló, con acento entrecortado, por el micrófono.

"El enigma propuesto por los flamígeros cometas va resolviéndose en todo un plan de campaña de los más criminales que se conocen —dijo; y el altavoz reprodujo con sorprendente claridad cada una de sus palabras—. La banda Cometa lleva, actualmente, perpetrados una media docena de crímenes de los cuales el más grave es, sin duda alguna, el fantástico robo del oro en barras que se hallaba a bordo de un trasatlántico amarrado a los muelles de Nueva York. Además, y en el mismo día, fue saqueada una joyería de Chicago y robados varios Bancos de otras ciudades. Se afirma que, de cada uno de los delitos mencionados, son culpables los miembros de la banda Cometa (así se la nombra hoy) y que todos huyeron en vehículos esféricos de un nuevo tipo, que los científicos califican de "naves aeroterrestres" capaces de recorrer la atmósfera a una velocidad vertiginosa y de ser dirigidos con relativamente poco esfuerzo."

El locutor siguió todavía hablando un buen rato por este estilo y sus noticias perdieron, poco a poco, interés, conforme se fue saliendo de los hechos concretos para divagar por el campo de la fantasía.

—¡Uf! —exclamó, aburrido, el químico—. ¡Se está hinchando de viento! Su voz me empalaga.

Con grave acento hizo Spanner la siguiente observación:

—Es indudable que hemos venido a caer en manos de una extensa y siniestra organización criminal, a la cual se debe la invención de esas naves aeroterrestres, o como se llamen, y asimismo, que tras de perpetrar grandes empresas punibles se valen de esas naves para la fuga.

En la habitación vecina acababa de enmudecer el aparato de radio.

—Ellos interrumpen al locutor siempre que desean comunicarse entre sí —explicó Monk en voz baja—. Oigamos lo que dicen.

¡Desde luego la banda está perfectamente organizada!

No tardó mucho tiempo en volver a sonar la radio en la habitación contigua.

Mediante un receptor suplementario habíase, indudablemente, captado una llamada que fue transmitida, al punto, por el gran altavoz.

—Aquí es la W O L A. Pide comunicación con la estación amiga de California —dijo la voz lejana de un locutor—. Aquí es la W O L A de Corona, en Long Island, Nueva York. Ya tengo todos los tubos embalados, viejo. Tu sistema de instalación en excelente y se hallan metidos ya en su caja los tres tubos. Sí, señor; ahora mismo efectuaré la entrega. Hasta la vista y… ¡setenta y tres, viejo!

No se oyó más.

Monk murmuró en la oscuridad:

—Voy comprendiendo, poco a poco, el significado de la clave que utilizan los bandidos. Por ejemplo: ahora acaban de decir que en Nueva York se han apoderado de algo que implica tres…

Y los dejó pendientes de sus labios. En la habitación reinó un silencio tan profundo que se oyó el tictac del reloj de pulsera.

—¡Vamos, acaba! —le rogó al cabo Ham.

—Di de una vez que la charla radiofónica giraba en torno de nuestros tres camaradas, Johnny, Long Tom y Renny.

—Sí. Justamente pensaba en ello —confesó Monk.

Nock Spanner dijo ente dientes:

—¿No habrá manera de que salgamos de aquí?

—Eso no me preocupa —le dijo Monk.

Spanner juró alborozado.

—Así, ¿tiene su plan?

—No —declaró Monk—, pero aquí, Doc, es un mago y me inspira confianza.

Spanner balbuceó:

—¡Si al menos supiera dónde debe buscarnos la policía…! ¿Por qué no le habremos dejado una nota explicando lo que sabemos o lo que intentábamos hacer?

Monk replicó:

—Porque nos acordamos tarde. Así suele suceder con todas las buenas ideas.

Pasó tiempo, pero no mucho más de hora y media, al cabo de la cual se produjo el estallido característico que acompañaba siempre el paso, la partida o llegada, de uno de los misterioso globos aéreos. Los prisioneros oyeron, luego, una voz. Aquella voz poseía un timbre familiar. Pero no consiguieron identificarla, de momento. Ham fue quien, abriendo, incrédulo, una boca de palmo, exclamó:

—¡Esa voz…! ¡Pero esa voz es la misma que hablaba por el micrófono hace escasamente dos horas!

Nadie profirió una palabra. La voz del forastero tornó a dejarse oír, al cabo de un rato, y con ella otras voces y pasos acompasados, que se acercaban.

A juzgar por el arrastre de aquellos pies, parecía que sus dueños llevaban a hombros una carga pesada. Penetraron en la pieza.

En efecto: llevaban a cuestas a Johnny, a Long Tom y a Renny, privados, los tres, de conocimiento, y el trío fue abandonado en la oscuridad.

—¡Preparaos, amigos —dijo una voz—. ¡Que se avecina una fiesta!

Doc se levantó del suelo y le dio un violento tirón a las manillas que le tenían esposado. Mas no cabía soñar en romperlas.

A pesar de la fuerza incalculable de sus músculos era dudoso que pudiera quebrantar una sola, por que eran muy gruesas. Y porque, además, eran tres las que la sujetaban los brazos… sin contar los metros de cuerda adicional.

Justamente concentró ahora sobre aquéllas sus energías, y al cabo consiguió aflojarla mediante un pequeño juego de brazos. Un leve rumor le indicó que Long Tom, o Johnny o Renny, volvía de su desmayo.

Pero fue la voz de Johnny la que rompió, primero, el silencio.

—¡Menuda amalgama! —murmuró.

Era aquella la expresión favorita del geólogo y la empleaba, invariablemente, para expresar su disgusto, su desesperación, su sorpresa o cualquier otra emoción violenta.

—¿Te encuentras mal? —le interrogó Doc.

Las ligaduras de sus brazos habían cedido algo, por lo cual pudo

contorsionarse y alcanzar con la mano la hilera de botones que le cerraban el chaleco. Sirviéndose de los dientes arrancó el primero, lo colocó entre dos dedos, deslizó éstos por entre los grilletes que le oprimían los tobillos.

Seguidamente dio comienzo a la operación.

Johnny dijo con acento plañidero: —¡Estoy hecho un valetudinario!

—El hombre que piensa en un término así no puede estar muy malo —le dijo Monk.

Previamente había logrado Doc destornillar una mitad del botón de la otra mitad. Unidas ambas, presentaban una finísima juntura invisible, por lo tanto, a simple vista.

Cuando hubo concluido de limar los grilletes, volvió, no sin un esfuerzo penoso, el botón y apoyó el contenido de su hueco interior sobre los eslabones de las esposas.

Nock Spanner gruñó, desesperado:

—¿Es que no hay no una sola probabilidad de salvación? —Ignoraba lo que Doc estaba haciendo.

Long Tom y Renny comenzaron, a la sazón, a dar señales de vida. Con ansioso acento interrogaron a sus camaradas. Deseaban asegurarse de que estaban también desarmados.

Repararon en la esfera luminosa de reloj de Spanner y le preguntaron que hora era. Nock se lo dijo.

—¡Por el toro sagrado! —Renny dio una gran voz—. ¿Será posible que en poco más de dos horas nos hayan traído de Nueva York a California?

Nock les preguntó con ansiedad:

—Señores, ¿a qué ninguno de ustedes ha dejado, en la ciudad, una pista siguiendo la cual pueda encontrarnos la policía?

—No —replicó Renny.

Doc se había arrancado del chaleco cuatro botones más, los había destornillado y vaciaba su contenido sobre los eslabones de las esposas.

Por más que hizo no consiguió apoderarse del resto y aguardó. En la vecina habitación no había vuelto a oírse la radio. Profundo silencio imperaba en toda la casa.

Una vez se preguntó Monk en voz alta: —¡Qué habrá sido de aquella muchacha.

—¿Y de Leases Moore? ¿Y de Quince Randweil? —agregó Ham.

Al cabo de una hora, sobre poco más o menos, volvieron a sonar voces en otro de los cuartos contiguos.

—Ya no hay nada que nos impida salir de aquí —dijo una de ellas—. Las esferas han sido perfeccionadas de manera que ya no volverán a dejar tras de sí una estela de fuego por las noches, como sucedió con las primeras. De ahora en adelante podemos ir y venir tranquilamente sin que nadie nos lo estorbe.

Monk murmuró en las tinieblas:

—¡Ahora comprendo por qué vimos las estelas en un principio y ahora no las vemos!

—Bien. ¿Y qué vamos a hacer de los prisioneros? —inquirió otra voz desde el exterior.

—¡Desembarazarnos de ellos ahora mismo!

Stunted replicó a esto:

—Repito, compañeros, que no me agrada la idea. No quiero que hagáis fuego sobre ellos a sangre fría.

—¡Eh, no seas remilgado!

La puerta se había cerrado con llave. Sus goznes rechinaron entonces, y se abrió el batiente. Cautelosos penetraron en la habitación los bandidos.

Empuñaban las lámparas de bolsillo y dirigieron sus rayos en torno.

—¡Mirad! —aulló, de súbito, uno de ellos. La luz de su lámpara iluminó velozmente los cuatro ángulos de la pieza. El asombro arrancó una blasfemia de los labios de sus acompañantes.

Doc Savage faltaba del grupo de los prisioneros. El hombre de bronce no estaba en la habitación.

Stunted se aproximó, de un salto, a Monk, y le gritó al oído:

¿Hace mucho que se ha marchado?

—Lo ignoro —replicó sinceramente el químico.

Raudo como una centella penetró en el aposento el bandido de los ojos inquietos, oyó lo que se decía y trató de sacar el revólver.

Se lo impidió Stunted.

—¡Ten cabeza! —le recomendó echándosele encima con todo su peso—. Mientras vivan estos pájaros puedes alimentar la esperanza de ver por aquí, otra vez, a Doc Savage. Volverá para libertarles y entonces le cogeremos.

—¡Vaya! Veo que no careces de inteligencia —le contestó el bizco, y se guardó el revólver.

Luego se acercó al punto donde poco antes había estado tendido el hombre de bronce, allí se agachó, recogió del suelo un trozo de metal, lo examinó atentamente. Era el eslabón fragmentado de una manilla.

El bizco le tocó con un dedo, de súbito lanzó un grito de dolor y, frenético, se enjugó el dedo con el pañuelo. Luego arrojó el lienzo lejos de sí.

—¿Qué es ello? —quiso saber Stunted.

—Sin duda un ácido muy fuerte —gruñó el bizco—, que ese maldito ser de bronce llevaba oculto debajo de la ropa. Él ha corrido el metal de las esposas que le oprimían las muñecas y por ello se han roto sus eslabones.

Stunted murmuró:

—Pues es una novedad…

Doc les estaba oyendo. Es decir: oía el murmullo de sus voces, ya que no estaba lo bastante cerca de ellos para percibir sus palabras con claridad.

Se hallaba a oscuras fuera de la casona del viejo rancho y no lo había dejado por varias razones. Ante todo era esencial que pusiera a sus camaradas en libertad y también quería ver de cerca las misteriosas motonaves.

A su derecha tenía, casualmente, uno de los fantásticos vehículos; confusamente distinguía un casco redondo, velado por la niebla nocturna que intensificaban las tinieblas. Se acercó a él andando despacio.

Con la proximidad adquirió su tamaño proporciones impresionantes. Doc palpó su lisa superficie. Parecía de cristal. Describiendo una vuelta en torno del aparato, reparó en el brillo mate de su pulida envoltura.

Probablemente había sido hecha así para disminuir el roce con la atmósfera.

Mas aun así, debía ser espantoso el calor que desarrollaba. Finalmente llegó ante una puerta tan estrecha, que apenas le dejó libre acceso.

Esta puerta funcionaba a la manera de un obturador. Las paredes eran gruesas, caso de unos cuatro pies, calculó.

Al otro lado lucía una pequeña bombilla de luz eléctrica, iluminándole lo suficiente para que Doc se hiciera cargo de cómo se había construido el armazón del vehículo.

En rigor constaba de una dermis liviana —son duda era un compuesto resistente al roce y el calor— debajo de la cual se acumulaba, capa tras capa, el amianto, entrelazado de tuberías de refrigeración, de cañerías y de alambres, de misteriosos canalillos relacionados probablemente con el manejo del aparato.

Esta cámara era más o menos circular, en realidad un pequeño espacio despejado y rodeado totalmente de maquinaria. En las paredes, en el techo inclusive, veíanse varios aparatos.

Pero lo más notable era, sin duda, el hecho de que la cabina de mando carecía de techo y de suelos, dada la disposición del mecanismo del vehículo.

En uno y otros formaban un enrejado resplandeciente diversos tubos dorados de uso desconocido. Doc examinó las máquinas. La primera que le saltó a la vista fue una eléctrica, productora de un frío intenso.

Era un invento en el cual se había utilizado el aire líquido como elemento refrigerador en lugar del amoníaco que se emplea comúnmente. Así, era esto lo que mantenía frío el vehículo cuando se ponía en movimiento.

El aparato productor de aire líquido era, en parte, un producto comercial y por ello ostentaba la marca de fábrica. Doc leyó la placa.

**“Refrigerating Inc. Nueva York.”**

Pero juzgó el detalle poco interesante y lo pasó por algo.

¿Cómo sería impulsada la motonave? ¿Qué sería, pues, lo que originaría aquella fuerza de impulsión mediante la cual surcaba el espacio sin hélices o sin descargas de pólvora inflamada como la que dispara los cohetes?

Porque no podían calificarse de tales los escapes luminosos que exudaban determinadas aeronaves al ponerse en movimiento, ni tenían, en realidad, el mismo origen, aun cuando se hubiera supuesto esto en un principio.

Doc avanzaba en el examen de los aparatos que constituían la maquinaria de la aeronave. A la sazón tenía delante la mayor y más complicada masa de ellos.

Ya su vista le había inspirado un respeto extraordinario por el ser inteligente que los había inventado. Mas su respeto adquirió proporciones ilimitadas al contemplar una serie de grandes motores que, en calidad de combustible, se alimentaban de un gas comprimido. A juzgar por su tamaño, debían poseer una fuerza fabulosa de tracción, miles y miles de caballos, tal vez.

Doc no había visto jamás unos motores tan enormes. Su escape explicaba los regueros chispeantes que dejaban en pos de sí determinadas motonaves.

Sin duda después de quemado salía el gas por el conducto de escape en forma de llamas. En el vehículo ocupado por Doc, a la sazón, el escape se filtraba por una especie de digestor que le enfriaba.

Sin él la bola hubiera dejado tras de sí una estela de vapor ardiente. Los motores ponían en movimiento unas dinamos en miniatura que indudablemente originaban gran cantidad de fuerza electromotriz.

De ellos partían hilos conductores que se hundían en un cerrado receptáculo de metal. Él debía encerrar el secreto de todo el sistema increíble de propulsión, mas estaba cerrado con llave.

Doc examinó la cerradura y se disponía a forzarla cuando oyó voces en el exterior. Los bandidos se acercaban al aparato.

—Salgamos de aquí antes de que vuelva Doc Savage con alguien que le ayude —decía la voz de Stunted.

Las doradas pupilas de Savage dirigieron una rápida ojeada a su alrededor.

El interior de la motonave era reducidísimo y únicamente un pequeño armario colocado a su izquierda le pareció que podía ofrecerle un refugio.

Rápidamente se aproximó a él, abrió la puerta de metal.

Evidentemente estaba destinado a contener el botín adquirido por los ladrones en sus correrías, pues si bien en verdad que en aquellos momentos estaba vacío, unas rayas amarillas impresas en el suelo de metal demostraban que en él habían reposado pesados lingotes de oro… del oro robado en Nueva York al trasatlántico, seguramente.

Doc cerró la puerta. En los costados del mueble se habían abierto aspilleras para la ventilación y por ellos podría mirar al otro

lado mientras no le descubrieran. Se colocó lo mejor que pudo y aguardó.

Ya ascendían los bandidos por la angosta pasarela situada ante la puerta de la motonave.

Era una puerta pesada a todas luces, o porque ellos la cerraron valiéndose de un mecanismo adecuado e invirtieron luego unos segundos en atornillarlas, así como en conectar las tuberías desde el umbral al aparato refrigerador.

Stunted les ayudó en la operación. Bajo un brazo llevaba a Habeas Corpus, el favorito de Monk, con el bozal puesto para refrenar su tendencia a morder.

—Partamos —dispuso.

Profusas y singulares aventuras habían salido al paso de Doc en el pasado, incluyendo muchas que rayaban en lo increíble y fantástico, pero la presente debía quedarle para siempre grabada en el corazón y la memoria. Su cuerpo metálico y pesado adquirió, de súbito, una misteriosa ligereza.

Instintivamente alzó un brazo. La acción fue increíblemente fácil. Pero lo más sorprendente del caso fue que, una vez alzado, ya no lo pudo bajar.

No parecía tener peso. Hizo un esfuerzo… y se alzó del suelo sin querer; permaneció inmóvil en el aire. El volver a poner los pies en el suelo le costó ímprobo trabajo.

Fuera, en el cuarto de máquinas, sucedían cosas, entretanto, que hubieran vuelto loca a una persona más supersticiosa.

Los bandidos andaban por el techo y por las paredes del vehículo, moviendo palancas, abriendo o cerrando tuberías.

La red de tuberías entrelazadas que a Doc le pareciera tan inútil poco antes, era, en realidad, una red de pasamanos que se utilizaban para pasar de una parte a otra.

Un bandido corrió con la mano puesta sobre uno de ellos, a la manera de una araña, de pronto se soltó de su asidero y se quedó flotando en el aire. Doc se humedeció los labios con la lengua.

Rara vez se dejaba llevar de una emoción, mas a la sazón estaba excitado.

Allí, ante sus ojos, se estaba demostrando el producto de un nuevo descubrimiento científico, de un invento tan avanzado que le dejaba aturdido a pesar de sus conocimientos.

Si interpretaba correctamente lo que veía, tenía forzosamente que admitir que el creador de aquella motonave había asimismo descubierto la manera de anular la fuerza generalmente designada “de impulsión”, así como las varias formas de atracción, gravedad, etc.

Difícilmente se hubiera mostrado una persona culta tan sorprendida como lo estaba Doc en aquellos momentos.

¡Vamos, que era cosa extraordinaria dirigir las fuerzas de la inercia, en todas o caso todas sus formas! Una inteligencia extraordinariamente viva y profunda había penetrado, por lo visto uno de los campos científicos menos explorados.

La ciencia moderna conoce la ley de la gravedad, pero no lo que es en sí esta gravedad. Ahora bien: allí había un sabio que dominaba, al parecer, la materia. La bola marchaba, porque zumbaba con estrépito la maquinaria, y en el interior de la aeronave no se oían las órdenes dadas a voz en cuello.

Los bandidos se sirvieron de gestos para comunicarse entre sí. Uno de ellos tenía los ojos puestos en un cuadro de termómetros eléctricos registradores de la temperatura en el exterior.

Ellos denunciaban el calor generado por el roce de la bola a su paso por la atmósfera. Cuando ascendieron las manillas del termómetro el bandido hizo un gesto súbito y se moderó, evidentemente, la velocidad de la aeronave. Otro bandido observaba el panorama desde los grandes ventanales periscópicos.

Dos más trabajaban asiduamente en rectificar el rumbo seguido por la bola.

Para ello se valían de indicadores radioeléctricos, mediante los cuales registraban la existencia de las estaciones más importantes erigidas en tierra.

El viaje tenía así, no hay que decirlo, un carácter ultra científico y Doc miraba y remiraba sin hacer otra cosa que admirarse de todo lo que veía.

A la sazón comenzaba a formarse una vaga idea de cómo marchaba la aeronave. Sin duda las leyes de gravitación eran nulas en su cima o en uno de sus costados, formando con ello el vacío en la línea de fuerza, de manera que la bola era llevada adelante mediante una succión.

La teoría era vaga, claro está, y podía discutirse desde un punto

de vista moderno, pero aun así era la mejor solución del problema que pudo hallar el hombre de bronce, hasta que el tiempo le diera ocasión para inspeccionar bien la maquinaria de la motonave.

Esta estaba llegando, en apariencia, al punto de su destino. Se lo demostraron los gestos de los bandidos. Varios de ellos movieron también palancas, abrieron llaves, cerraron válvulas.

Tan por completo se había anulado la fuerza de impulsión que incluso su detención, por brusca que fuese, no se hizo aparente. Pero en cambio cesó el ruido de las máquinas.

Doc se dio cuenta de la súbita vuelta a la normalidad por el peso de sus miembros, y también se dio cuenta de otra cosa: de la fuerza espantosa que le arrojó sobre la puerta del armario de manera que, sin asegurar como estaba, se abrió con violencia y él cayó con un golpe aplastante, en mitad del cuarto de máquinas.

Demasiado tarde ya para impedirlo, se dio cuenta de lo que acababa de ocurrir. Alo detenerse, había cambiado la bola de posición, de manera que el armario quedaba situado en el techo.

Y con el vehículo así invertido, él se había caído simplemente al suelo.

# CAPÍTULO XIV

## *RENDEZ VOUS A LA MODA OSAGE*

**S**TUNTED fue quien le vió primero. A sabiendas de lo que iba a suceder cuando se detuviera la motonave, se había escapar un aullido, abandonó el pasamanos y se lanzó a coger el rifle que tenía atado con una cuerda resistente a uno de los montantes.

—¡Aquí tenemos al demonio en persona! —gritó.

Doc bandidos que en aquellos momentos estaban abriendo la escotilla se apresuraron a dar fin a la operación.

La salida estaba, entonces, en un costado de la nave. Ambos iniciaron a un tiempo la media vuelta, pero no estaban en posición de luchar.

Doc arremetió primero contra Stunted, que trataba en vano de desprender el rifle del montante. Para atarle habíase valido de una cuerda gruesa y resistente y, a la sazón, no lograba romperla.

Al cabo desistió de su empeño y, retrocediendo, le tiró una llave a Doc. Éste la evadió, ladeándose de un bote, yendo a parar al techo, donde se asió a las barras que allí había.

Seguidamente se lanzó contra los hombres situados junto a la escotilla. Era maestro de aquel método de combate. Mientras que los otros se movieron lentamente, apoyándose unos a otros, él pasaba de un punto a otro con la rapidez del rayo con una agilidad maravillosa.

Uno de los bandidos se tiró al suelo; el otro le aguardó asido con una mano al pasamanos rechazando su ataque con la otra.

Ello fue un error; poco después caía pesadamente sobre las planchas de acero que constituían el suelo del aparato. Un puño de bronce, duro como una maza, le había privado de conocimiento.

Desde la posición ventajosa que ocupaba debajo de la escotilla,

vió que podía gozar de un instante de descanso antes de que ese le ocurriera sacar el arma a cualquiera de sus adversarios.

Justamente sentía la más viva curiosidad por saber dónde había aterrizado la aeronave. Así, alargó el pescuezo y miró al exterior. Lo que vió le movió a modificar su plan en el acto.

Él había pensado en luchar, en vencer a los hombres, apoderarse de la aeronave y sorprender sus secretos. Pero jamás podría poner esto en práctica, porque, fuera, se lazaba un muro de hormigón muy elevado y en su recinto había unas cuatro aeronaves y por lo menos cuarenta hombres.

De modo que sólo si se operase un milagro podría salir de allí.

Mientras pasaba una pierna por encima de la escotilla, vino a incrustarse en su borde un proyectil. Era Stunted quien acababa de disparar el rifle, libre de la cuerda.

Habeas Corpus lanzó un gruñido feroz. Doc se ocultó precipitadamente.

Pasado un segundo se elevó a pulso, se sujetó con ambas manos al borde de la escotilla, y miró al exterior. Debajo de él vió hombres, muchos hombres.

Sin embargo, dada la oscuridad de la noche, no era posible que pudieran distinguirle con todos los detalles.

¡EA! Era preciso que pusiera en juego su facultad asombrosa de imitación.

Emitió un grito agudo. Dijo excitado:

—¡No sé qué pasa, pero va a estallar la motonave! ¡Sálvese quien pueda!

Acababa de imitar la voz de Stunted y su acento, impregnado de terror y de amenaza, impresionó a los bandidos, les movió a retroceder en rápida oleada.

Él se dejó caer en el recinto. La artimaña le daba uno o dos segundos de tiempo. En realidad no llegó a tanto, porque la voz real de Stunted profirió un juramento en el interior de la aeronave y reveló así el engaño a sus compañeros.

Doc se dirigió, veloz, a la cerca. Era alta, excesivamente alta para poder franquearla de un salto. Pero, dada su forma, en rampa, sí podría encaramarse a ella.

Sin pararse a pensarlo dio un brinco, se asió a un saliente, encaramose, resbaló, ganó la cima de la cerca en el momento en

que le enfocaban los rayos de una lámpara y comenzaban a silbar los proyectiles.

La franqueó sano y salvo. Aquí descubrió que disimulaba la cerca una capa de verdor. Una buena parte de ella la llevó en su descenso.

Luego echó a correr. La noche estaba tan obscura que, a fin de evitar un encuentro desagradable, avanzó con los brazos extendidos.

A su espalda se organizaba ya una persecución en toda regla. Entonces, a su izquierda, sonó una voz femenina que le gritaba: —¡Por aquí! ¡Venga por aquí quien sea!

Era la muchacha, Lanca Jaxon.

Doc se reunió con ella con ella poco después.

—Lo mejor será que salgamos pronto de aquí —le indicó.

—¡Ah, si es el hombre de bronce! —exclamó, tranquilizada—. ¡Le creíamos muerto!

—¿Creíamos...?

—Sí. Me refiero a Leases Moore y Quince Randweil... Pero oiga cómo rugen esos hombres. ¡Buena se va a armar!

En el interior del recinto amurallado no sonaba ya un confuso griterío. Se habían encendido en él las luces de innumeras lámparas de bolsillo. Los bandidos comenzaban a agruparse al otro lado de la cerca.

Doc buscó y se asió del brazo de Lanca y los dos echaron a andar campo adelante. Allí el bosque era intrincado y los árboles corpulentos. Sus troncos caídos les interceptaron el paso en más de una ocasión.

—Acaban de llegar tres motonaves —le dijo a Doc la muchacha —. Supongo que habrá venido usted en una de ellas. Y sus hombres ¿dónde están?

—Sospecho que en las otras dos naves —replicó Doc—, pero presos.

—¿Cómo ha logrado usted huir?

Doc se lo dijo muy brevemente y concluyó el relato con una pregunta.

—¿Qué hace aquí sola?

—Me han dejado salir de su aeronave Moore y Randweil —explicó Lanca—, por temor de que, al cabo, les acarree algún

perjuicio.

—¿Tienen algo que ver con la banda?

Lanca se rió forzadamente.

—Sí —repuso—, pero son unos gorrones y los han echado de ella.

Doc se le había adelantado, a la sazón. Avanzaba más deprisa gracias a su agilidad reconocida y al mayor desarrollo de sus sentidos.

Mas no por ello se hacía ilusiones de distanciarse mucho de sus perseguidores.

—El inventor de las motonaves consiguió que ellos sufragasen los gastos del invento —siguió diciendo Lanca—. Su idea era poner por obra lo que ahora están haciendo: organizar una banda que lleve a cabo operaciones de importancia y después de conseguidas apelar a la fuga en las aeronaves construidas para el caso. Pero Moore y Randweil son codiciosos, exigieron demasiado y la banda se apoderó de ambos. La tenía prisioneros cuando usted los conoció.

—Ahora hábleme de usted —le rogó Doc. El bosque estaba lleno de sonidos susurrantes; sin embargo, no divisaron aves nocturnas de ninguna especie.

Evidentemente las había puesto en fuga la llegada de las bolas esférica.

—Yo llevo con ellos unos seis meses —confesó Lanca—. Soy propietaria de estas tierras que ellos utilizan para sus fines. A mi nombre están todos los materiales utilizados para la construcción de las motonaves. Es decir, que les sirvo de tapadera para cuando quiera averiguar la policía en dónde se han llevado a cabo los trabajos de construcción.

Se detuvo y abrió la boca, sobresaltada. Iba a lanzar un grito, sin duda, mas se contuvo. Era que acababa de rozarla una rama. Seguidamente continuó diciendo:

—Ayer, cuando traté de fugarme en el coche, hubiera querido saber dónde estaban sus amigos Monk y Ham. Claro que no pude lograrlo, pero de haber sido así me hubiera agradado llevarles conmigo.

Un proyectil llegó silbando hasta ellos por entre las ramas, emitiendo agudos sonidos impresionantes y a poco le sucedió el estampido de la detonación, que recogieron y devolvieron en eco

las colinas circundantes.

—Este paraje es el más desierto de Oklahoma —murmuró Lanca—, y nadie va a oír el tiroteo.

Por entonces jadeaba ya. Se había caído una vez, pero continuó cayéndose con más frecuencia cada vez y más pesadamente. Al propio tiempo tardaba en levantarse del suelo tras de cada caída.

—Estoy muy cansada —contestó al cabo—, porque hace días que no duermo.

Doc la levantó del suelo y con ella en los brazos palpó las tinieblas.

Una de sus manos tocó lo que le pareció que era le tronco d un árbol corpulento y continuó avanzando hasta que, de un salto consiguió localizar una rama. Entonces se encaramó a ella valiéndose de una sola mano y sin abandonar a la muchacha, lo que no le impidió remontarse con increíble rapidez.

—No vaya tan deprisa —le rogó Lanca, intranquila—. La hazaña estaría muy bien en un circo, pero a mí no me importa que vaya más despacio.

Sin apurarse le contestó Doc:

—Aguardaremos aquí un instante. Si nos ven los bandidos, probaremos a buscar otro escondite. Si no nos ven, ¡tanto mejor!

Esperaron aplicando el oído. Con la mano que tenía libre el hombre de bronce se cercioró de que no estaba seca la corteza del árbol que ocupaban y entonces venteó el aire a la manera de un sabueso.

Por lo visto había llovido en el bosque poco antes y ello quería decir que habían dejado huellas de su paso. Por otra parte, la rapidez y seguridad con que se les acercaban sus perseguidores indicaba que habían hallado su pista.

—Vienen derechos al árbol —balbuceó Lanca.

—Présteme sus zapatos —le dijo Doc.

Ella comenzó a decir: —¿Para qué...?

Doc la atajó quitándole los zapatos sin gastar más cumplidos. Con ellos en la mano se tiró al suelo y empleó un segundo en localizar la rama que había asido desde el suelo al encaramarse al árbol. Y desde allí siguió andando.

Se servía de los zapatos de la muchacha que llevaba en las dos manos, para dejar huellas junto a las suyas propias. Ahora bien:

faltándole luz y tiempo para finalizar a su gusto la tarea, la llevó a cabo de la mejor manera que pudo.

Los bandidos se acercaban rápidamente provistos de luces y armados de fusiles y revólveres. Se aproximaron al árbol que ocultaba a Lanca Jaxon.

Poco antes de que llegaran al pie, sin embargo, asió Doc una ramita y deliberadamente la quebró. El crujido resonó en la espesura.

—Ahí están —exclamó Stunted. Y a paso de carga corrió la banda por delante del árbol que sostenía el cuerpo de la muchacha sin soñar que la tuvieran tan cerca.

Doc se encaramó a otro árbol que halló al paso. Antes había comprobado que sus ramas se enlazaban con las de los árboles vecinos. La luz refleja de las lámparas de bolsillo, penetraba en ocasiones por entre las ramas y las teñía de pálidos fulgores.

Doc se aprovechó de la ocasión para asirse a las ramas de un nuevo árbol que alcanzó mediante un gran salto en el vacío. La hazaña hubiera enorgullecido a un gimnasta profesional. La banda tardó poquísimo tiempo en llegar al punto donde Doc se había encaramado a lo alto. Invirtió mucho rato en inspeccionar las copas de los árboles y en vista de que no les servía de nada se extendió lentamente y continuó buscando inútilmente. Pero a la sazón se hallaba Doc a salvo. Sus perseguidores eran testarudos.

Nada menos que quince minutos tardaron en convencerse de que no conseguían nada y, aun así, no estuvieron todos de acuerdo en dejarlo para otro día.

—A lo menos aguardemos a que haya más luz —les aconsejó el bizco.

Entonces retrocedieron.

Por si acaso hubieran dejado espías que les guardaran las espaldas, Doc Savage usó de grandes precauciones para volver junto a Lanca Jaxon.

Avanzaba con tanto sigilo que ella lanzó un grito ahogado cuando se dejó caer en la rama, junto a ella.

—Me parece que renuncian a perseguiros —le comunicó en voz baja—. Yo creía, al ver que pasaban tan cerca...

—Todavía no le he dirigido la pregunta que más me interesa —dijo él atajándola—. ¿Quién es la persona que dirige la banda?

¿Quién es el inventor de las motonaves, en una palabra?

—Pues no estoy muy segura —confesó Lanca.

—Pero, ¿sospecha de alguien?

—Sí. Del hombre de los ojos inquietos. ¡He oído decir tantísimas cosas de él! Pero es cosa que no saben todos.

—Puntualicemos. ¿Qué es lo que le hace sospechar de él?

—¿Qué sé yo? Quizá porque trata de hacer asesinar a Stunted y de que parezca que el asesino es usted…

—¡Ah! Conque se intenta quitar de en medio a Stunted… —murmuró el hombre de bronce.

Poco después se hundía en las tinieblas. Avanzaba con tanta rapidez que dejó atrás, a los pocos momentos, a la banda que volvía, lentamente, al recinto camuflado que encerraba las cuatro naves aéreas y los talleres donde se habían construido.

Marchaban sin prisa y todos parecían estar fatigados. Rodeaban, no saltaban, por encima de los troncos caídos que hallaban al paso y su conversación languidecía por momentos.

—La redada ha sido buena —decía Stunted con lánguido acento —; pero se nos va a echar a perder si no la limpiamos cuanto antes.

—¡No digas tonterías! —refunfuñó el bizco.

Stunted se detuvo en seco. Engalló la cabeza. El rifle automático osciló ligeramente bajo su brazo.

¡No vuelvas a provocarme! —le advirtió el otro.

—¡Calla, achaparrado!

De ordinario Stunted habíase mostrado alegre en grado superlativo e inclinado a dominar sus emociones, aun cuando se le agraviara hasta el punto de alimentar ideas homicidas.

Pero, a la sazón, se mostró cambiado. Sus ojos lanzaron al bizco una mirada fulminante. El rifle se movió debajo de su brazo, sus dedos oprimieron el gatillo.

Los bandidos que le rodeaban sorprendieron la acción y de un salto se plantaron a su lado; lanzando furiosos gruñidos se interpusieron entre el bizco y él.

—Basta de juego! —le ordenaron. Stunted no contestó. Seguía echado fuego por los ojos. Poco después permitió que se lo llevaran y le colocaran a la cabeza del grupo.

Parte de sus componentes le acompañó. El resto se quedó junto al bizco.

Estos se fueron quedando rezagados y su proceder fue deliberado.

—Por fin se nos ofrece ocasión de hablar a solas —murmuró uno de ellos—. ¿Qué haremos de ese pájaro de Stunted?

—¡Yo le atraparé! —gruñó el bizco—. Pero hay que proceder con cautela.

—¿Le hablaste al jefe de que pensamos quitarle de en medio?

—Sí, ¿y sabes lo que me ha dicho? —El bizco cruzó y enderezó la mirada repetidas veces—. A ver si lo adivinas.

—No. ¿Qué?

—Que me ahogaría como le sucediera algo ¡caramba!

—¿No es bien extraño? —El bizco apagó la lámpara de bolsillo —. Stunted me parece un ente insignificante y tan inútil como su rifle. ¡Puah!

Durante un buen rato anduvieron en silencio escuchando para asegurarse, evidentemente, de que nadie les oía. Al cabo, bajaron un poco la voz y tornaron a hablar de algo que sin duda les interesaba mucho.

—¿Descubriste, por fin, la identidad de nuestro jefe? —interrogó al bizco uno de sus compañeros.

El hombre de los ojos inquietos profirió un juramento.

—No —replicó—, como siempre, lleva puesto ese chisme… ese artefacto de caucho con que se oculta el rostro… ¿Sabéis a lo que me refiero? ¿Eh?

Sucedió a la respuesta una pausa preñada de amenazas:

—Sin embargo, nuestro plan sigue en pie… Siempre —el bizco lanzó otro taco—. Hay que estrangular al jefe, pero sin ruido, ¿entiendes? Y una vez terminada la faena diremos a los compañeros que el inventor de las aeronaves soy yo y no creo que protesten. ¿Qué más les da? Del jefe me encargo yo; vosotros encargaos del resto.

—Bien. ¿Cuánto empezará la función?

—Lo antes posible.

Como si echaran en olvido la fatiga de que dieran muestras, los bandidos apretaron aquí el paso y muy pronto se unieron al resto del grupo.

Doc se mantenía tan pegado a ellos como su propia sombra. Durante la conferencia les había andado cerca y lo que había oído,

aparte de su interés indiscutible, venía a contradecir la creencia expresada por Lanca.

El bizco no era, en realidad, el jefe secreto de la banda. A la sazón se hallaban ya muy cerca del recinto, del cual salió una voz vibrante y ansiosa.

—¿Quién va? —decía.

—Nosotros —replicó el bizco—. Vuelve a instalar el aparato de alarma, porque ya ha avisado nuestra llegada.

Doc Savage, que le oyó decir esto, se les aproximó aún más, amparado por la oscuridad. Por lo visto allí estaba funcionado, a la sazón, uno de los delicados aparatos de alarma y ora añadiendo, ora substrayendo capacidad a los mandos, el operador mantenía un equilibrio que señalaba la llegada al paraje de un solo individuo.

El plan de Doc era el de situarse lo bastante cerca del grupo formado por los bandidos para disimular su presencia. Y lo consiguió, por lo visto.

La banda entera desfiló por una abertura practicada en la alta cerca del recinto. Doc no la siguió. La empresa hubiera sido arriesgada en demasía.

Lo que hizo fue mantenerse pegado al muro, y como la llegada de los ladrones ahogaba el rumor de sus pasos, se encaramó a él.

Lentamente descendió al otro lado sirviéndole de peldaños las hendiduras abiertas en el muro por las tablas de la valla primitiva.

# CAPÍTULO XV

## *SINIESTROS PLANES*

TODAVÍA brillaba luz en el cercado. Los bandidos que hasta entonces habían trabajado en su interior, se aproximaron a la puerta de entrada.

Flanqueada a un lado por los talleres y al otro por un tanque redondo, y allí escucharon, con interés, el relato de la expedición, tan desastrosa, y de sus resultados, que les hicieron los expedicionarios.

Empero, una vez satisfecha su curiosidad, se diseminaron y se ocuparon en asegurar las aeronaves. Doc avanzó en la oscuridad, llegó junto a uno de los aparatos y se colocó debajo sin ser visto.

Deseaba vivamente penetrar en su interior y examinar su mecanismo.

Delante de sí tenía una escalera de peldaños planos que, evidentemente, ascendía hasta la escotilla. Atrevidamente subió por ella cuidando de que no crujieran a su paso los escalones, y al llegar arriba palpó al azar.

Sus dedos registraron únicamente el frío y la redondez lisa de la envoltura.

La escotilla estaba allí, no cabía dudarlo, aunque apenas se destacara su contorno en la oscuridad, pero estaba cerrada y no parecía tener una cerradura. Unos pies invisibles hollaron la tierra reseca.

Doc se tiró al suelo, rodeó la esfera y se acurrucó junto a ella al lado opuesto. Se aproximaban los bandidos... A su cabeza venía Stunted.

Llegaba sacando el pecho, visiblemente satisfecho de sí mismo. Al llegar junto a la motonave ascendió por la escalera iluminada por

la luz de las lámparas.

De uno de sus bolsillos extrajo unos hilos de cobre, una batería y un conmutador. Colocó los alambres sobre dos puntos determinados de la nave en los cuales se establecía, evidentemente, un contacto, y los dejó allí; a continuación manipuló con el conmutador que cubrió con el faldón de la chaqueta al objeto de que nadie viera la combinación que empleaba.

La puerta de la escotilla se abrió al punto. Era indudable que la corriente eléctrica movía su mecanismo.

Stunted se coló entonces por la abertura, ocultando de nuevo bajo la ropa el conmutador, la batería y los alambres.

Seguidamente salió llevando en la mano una caja del tamaño de un saco de mano, que entregó a sus compañeros usando de mucha precaución.

—¡Cuidad! —les advirtió al propio tiempo—, que os entrego la parte más preciosa del invento. Sacadla de las aeronaves y nadie sabrá cómo funciona.

Descendiendo de la escalera cerró la escotilla, a cuya puerta se echaba la aldaba por sí sola, y a continuación le hizo una visita a las otras aeronaves sacando de cada una la caja consabida.

—¿Qué idea te lleva a sacar esas cajas? —le preguntaron.

—¿No lo hago siempre? —replicó—. Hoy temo también que Doc Savage intente meterse de nuevo en esas esferas. Y si lo hace ¡menuda zaragata se armará! Por ello prefiero tenerlas a mano.

Con sumo tiento se las trasladó a los talleres erigidos junto a la puerta de entrada. En el cercado se habían apagado ya todas las luces por temor a que pudieran divisarse desde algún aeroplano nocturno.

En materia de vigilancia se mostraron, son embargo, un tanto descuidados, porque, sin duda, confiaban totalmente en el aparato de alarma.

Pero Doc no era tonto y por ello no trató de entrar en el recinto por la puerta principal. Tomando a la derecha fue palpando la pared de hormigón del cercado y así descubrió, al cabo, una ventana abierta.

Un segundo después se hallaba al otro lado. En la oscuridad oyó el zumbido incesante de una dínamo. A su izquierda brillaba un punto rojizo. Doc lo contempló atentamente y decidió que debía ser

una fragua. Delante de sí, en línea recta, se levantaba un tabique perforado de aberturas, de las cuales había iluminadas algunas. Los bandidos ocupaban la fachada.

Doc se les acercó. Allí había bastantes máquinas para que pasaran inadvertidas: grandes taladradoras y prensadoras, bancos de torno y otros instrumentos de trabajo.

Pocos ahorros se habían hecho, al parecer, para la instalación de los talleres destinados a la construcción de las aeronaves.

Stunted estaba diciendo en voz alta:

—Que todo el mundo permanezca aquí y que nadie se duerma. Ya lo haréis más tarde.

—Pues, ¿qué pasa? —preguntó un bandido.

—Va a venir el jefe —repuso Stunted—. Y él mismo me ha dicho que no os mováis, porque quiere teneros a mano para cuando llegue. Piensa hablaros de sus nuevos proyectos y os asegura que serán muchísimos más importantes que los que se han puesto en ejecución hasta hoy.

—Oye: ¿desde cuándo eres tú su portavoz? —le preguntó el hombre de los ojos inquietos. Stunted se sonrió al insinuar, con ironía:

—¿Te molesta?

La réplica que obtuvo fue un juramento. Alguien, tal vez uno de los admiradores de Stunted, se echó a reír. El bizco comenzó a refunfuñar.

Doc se aproximó a ellos poco a poco. Buscaba a sus cinco ayudantes y a Spanner. Poco después les vió a todos.

Es decir, a todos no: faltaba Spanner, Monk y Ham estaban atados codo con codo, probablemente, porque algún miembro de la banda debió oírles discutir y tomó su odio de palabra como legítimo resentimiento.

Renny había recobrado las energías y sus grandes puños luchaban por desasirse, a hurtadillas, de las férreas esposas. A Long Tom y Johnny apenas logró distinguirles los rostros.

Pero los cinco estaban en la misma habitación con la banda. Posiblemente, una veintena de ladrones se hallaban presentes y armados.

Si Doc Savage se sintió tentado del impulso de cargar contra ellos y de intentar el rescate de sus camaradas, lo reprimió

cuidadosamente.

Se valía siempre de la ocasión, pero no cuando podía poner en peligro su propia vida y la ajena. Retrocedió y se ocultó tras de la puerta cuando el bizco delgaducho salió de la habitación, brillantemente iluminada, acompañado por otros dos bandoleros. Los tres encendieron cigarrillos y partieron.

—Quedaos aquí —le gritó Stunted.

—Nos encontraréis en la habitación de la radio —gruñó uno de los tres.

Doc Savage reparó en la dirección que tomaban. Se dirigían hacia el punto donde zumbaba la dínamo. Apretó el paso, tomándoles la delantera, llegando antes que ellos a la puerta de la habitación donde se hallaba la dínamo.

Allí buscó el rincón más alejado de la puerta y se ocultó de tras de la máquina eléctrica. Simultáneamente entró en la habitación el hombre de los ojos inquietos. Paseó en torno la luz de su lámpara.

—Todos están con Stunted —observó uno de sus acompañantes.

—Bien. Vigila bien la puerta —El bizco se acercó al aparato de radio y encendió una lámpara provista de una pantalla verde.

La emisora de radio era de un tipo ultramoderno, y para más, el bizco parecía estar habituado a su manejo, porque abrió las llaves y observó atentamente los metros; a continuación se apoderó de un micrófono.

Sus dos acompañantes vigilaban junto a la puerta.

—No viene nadie —le dijeron.

Los ojos del bizco se cruzaron, se enderezaron y habló por el micrófono diciendo:

—Aló, aló, aló —tres veces consecutivas y sin pausas intermedias como si se tratase de una señal convenida.

Del altavoz surgió en respuesta una voz susurrante, muy particular.

—¿Cómo anda eso?

—Va despacio —replicó el bizco—. Pero esta misma noche pensamos apoderarnos del gran jefe. Se le espera dentro de poco. Nos lo ha dijo Stunted.

La voz susurrante tornó a hacerse oír. Doc la reconoció, no cabía equivocarse. La persona que hablaba era Quince Randweil, que debía surcar los espacios en algún punto vecino y dentro de la bola

robada.

—Aquí tenemos Leases y yo unos cuartos de nitro —observó.

—¿Con qué objeto? —deseó saber el bizco.

—Por si acaso hubiera que borrar los talleres del mapa —le notificó Randweil—. Es lo que pesamos hacer cuando nos falle todo lo demás. Trabajad de firme y abandonad a los compañeros a la primera ocasión. Mas, antes de partir, abrid el transmisor de la radio y dejadlo abierto.

—No te comprendo.

—Pensamos servirnos de la radio para saber dónde os halláis —explicóle Randweil—, ella os guiará hasta aquí. Después emplearemos el nitro. Volaremos los talleres y la banda con ellos, desembarazándonos al mismo tiempo del gran jefe.

—Pero, ¿vamos a perder también las aeronaves?

—Ya tenemos una; es bastante. Cuando sea necesario la duplicaremos.

—Muy bien.

El bizco dejó el micrófono, cerró el aparato y, riéndose, salió de la habitación seguido por sus dos compinches. Doc les dio tiempo suficiente para que se reunieran a la banda.

No se impacientó entretanto, porque tenía mucho en qué pensar.

¿De manera que los bandidos no conspiraban por cuenta propia como había supuesto en un principio? ¿Se hallaban asociados a Leases Moore y Quince Randweil? También estos últimos se mostraban más astutos ahora.

Abandonó la habitación. No se acercó demasiado a la puerta más allá de la cual aguardaba la banda junto a los prisioneros. Se estacionó junto al postigo de entrada al recinto, tras del tanque.

El descomunal recipiente olía como si estuviera lleno su interior de gasolina, combustible que alimentaba, sin duda, las máquinas de los talleres de construcción.

La noche se había aquietado notablemente y las aves nocturnas reanudaban sus gritos. Al otro lado del postigo se produjo un leve rumor. Una voz, la del hombre de los ojos inquietos, interrogó: —¿Quién va?

—Soy yo, el jefe —le contestaron brevemente.

Entonces se entabló una corta refriega, sonó un golpe impresionante, aunque no muy violento, luego un grito ahogado.

Doc fue a lanzarse fuera de su refugio, dio unos cuantos pasos y se paró en seco.

Su instinto le decía que no llegaría a tiempo. Junto al postigo se rió un hombre con risa contenida. Alguien encendió un cigarrillo. La cabeza de un bandido asomó por la ventana del taller.

—¿Ha venido ya el jefe? —deseó saber.

—No, ¡maldito sea! —le replicaron desde la puerta.

—Bien, no fuméis. Podría verse el fuego desde el aire.

—Pierde cuidado.

La cabeza desapareció.

Los tres hombres se separaron del postigo y avanzaron hacia el tanque.

Pisaban quedo y andaban como si llevaran un gran peso. Rodearon el tanque y Doc se fue retirando paso a paso con objeto de evitar un encuentro.

Los bandidos encendieron sus lámparas de bolsillo. Eran el bizco y sus dos compañeros conspiradores los que tenía delante llevando, entre los tres, el cuerpo inerte de un cuarta persona.

Esta vestía de oscuro y llevaba puesto un largo gabán. Al resplandor de las lámparas, Doc reparó en su semblante cubierto por un grotesco antifaz de caucho flexible, pero relleno de tal suerte que alteraba el rostro verdadero del poseedor.

—Es el gran jefe, el ser inteligente que nos dirige —gruñó el portador de la lámpara—. ¡Veámosle la cara!

Y le arrancaron la careta. Simultáneamente se les desorbitaron las pupilas. Estuvieron a punto de desmayarse. A uno de ello se le cayó la lámpara de las manos. Porque el semblante que tenían a la vistas era ¡el de Lanca Jaxon!

# CAPÍTULO XVI

### *LA MUERTE CABALGA POR LOS AIRES*

EL bizco no oyó llegar a Doc, ni siguiera soñaba con su presencia, probablemente no llegó a enterarse de lo que sucedía.

Lo contrario les ocurrió a sus compañeros. Sin embargo, les sirvió de muy poco, porque no tuvieron tiempo de defenderse.

Oyeron un ¡Zas! apagado, sorprendieron la agitación del aire y despertaron de su asombro al ver cómo caía su jefe bajo una torre de bronce, entonces pretendieron hacer uso de sus armas.

Llevaban los revólveres a la vista en fundas pendientes del cinto y es preciso confesar, en honor suyo, que los antiguos "hombres malos" del oeste no las sacaban con mayor prontitud.

Mas, aun así, uno de los revólveres fue sacado a medias, el otro no llegó a salir de la funda. Los dos lucharon a brazo partido, desesperadamente.

Ambos sacaban un palmo de lengua y tenían los rostros enrojecidos, a pesar de que nadie pretendía estrangularles. Nada de lo que hicieron consiguió disminuir la presión que se ejercía sobre las nucas de ambos, no arrancarles a aquellos dedos de hierro que buscaban, buscaban un punto sito junto a la espina dorsal.

Y al poco rato los dos quedaron sin fuerzas. Doc los dejó caer al suelo, le arrancó a la muchacha el abrigo en que se envolvía.

Como era muy largo y ancho pudo ponérselo tranquilamente. Después recogió la careta. La goma era de excelente calidad y se distendía de manera que se amoldó a sus facciones metálicas.

Lo que más le costó fue amoldar sus ojos a las aberturas de la careta.

Cuando recogió a Lanca continuada desmayada, pero viva. Probablemente había recibido el golpe en la cabeza. Un hombre

salió del taller. No parecía presa de agitación.

—Oigo mucho ruido —confesó—. ¿Lo ha producido esta vez el jefe?

Doc se le acercó tambaleándose. Llevaba en los brazos a Lanca.

—¡Vivo! —gritó—. ¡Ahí viene Doc Savage!

El otro pegó un brinco como si acabaran de dispararle un cohete a los pies.

A escape sacó dos revólveres y se dispuso a hacer fuego. Era hombre valiente.

—¿Por dónde va? —aulló.

Doc no le hablaba con su tono de voz usual, sino con uno indescriptible y chillón que podía, fácilmente, tomarse por la voz del jefe desconocido.

Con todo, a la sazón, no quiso arriesgarse, sino que giró sobre sí mismo y le indicó el postigo con un ademán.

De los talleres salieron más bandidos, su éxodo desesperado recordaba esas películas cómicas en las cuales se descubre un lío en la habitación de un hotel.

Ellos vieron a Doc Savage, y como el hombre de bronce permanecía un poco agachado para disimular su estatura, poco común, le tomaron por el ser misterioso a quien aguardaban.

El brazo alzado de Doc les encaminó a la puerta del recinto.

—¿De dónde ha salido la muchacha? —inquirió uno de ellos.

—Estaba con Doc Savage —replicó Doc. Y realmente no mentía.

Se asomó a la puerta de la habitación y miró al interior. Allí, con los prisioneros, estaban dos hombres de guardia arrimados a una ventana, desde la cual presenciaban la persecución iniciada por sus compinches.

Los dos estaban distraídos a la sazón, mientras que si dejaba pasar la ocasión quizá no lo estuvieran ya. Pero a Doc le bastó un momento para sorprenderles. Puso a la chica en tierra y se les echó encima.

Ellos le vieron cuando les caía encima. Pero ya era tarde.

Durante la breve lucha, mientras el hombre de bronce llevaba a término la difícil tarea de coger a cada uno con una mano y de quitarle a un tiempo el sentido, Monk comenzó a agitarse y rodar por el suelo, y el cerdo Habeas Corpus salió del rincón donde había estado escondido.

Monk y su favorito habían reconocido a Doc. Una vez que los dos bandidos hubieron perdido el sentido, les arrojó Doc al suelo.

De un salto se acercó a los prisioneros y comenzó a desatarles. Ante todo les quitó las ligaduras de las piernas.

Las muñecas tuvieron que aguardar, pues no era imposible que tuvieran que salir corriendo de pronto. Monk se quitó de la boca la mordaza. Como estaba esposado por las muñecas, podía mover libremente los dedos.

—¿Qué ha sucedido? —deseó saber.

—Ya lo sabrás. Ayúdame ahora a desatar a los compañeros —díjole con acento vivo Doc.

Renny, suelto ya de las piernas, se puso de pie.

—¿Qué os parece? —dijo con su voz retumbante—. ¿Qué os parece de Nock Spanner?

Monk respondió con un gruñido:

—No hay que culparle.

—Los bandidos le prometieron la libertad si les descubría todo lo que sabemos respecto al caso de su hermano —siguió diciendo el ingeniero—, y él les confió lo poco que sabemos. En realidad no es gran cosa, pro aun así le soltaron allá, en California, antes de meternos en sus vehículos infernales.

—Spanner ha querido solamente salvar el pellejo —protestó el químico, defendiéndole—, y no hay que culparle. Ese bribón de Stunted quiso entablar con él negociaciones. Yo creo que no ha querido quitar de en medio a más gente de la indispensable y por ello ha dado suelta a Spanner.

Ham se levantó del suelo y dijo, tras de arrancarse la mordaza:
—¿Y si fuera Spanner el jefe secreto de la banda?

Doc no hizo ningún comentario y el hecho despertó las sospechas de Monk.

—¿Dónde han puesto el aparato que actúa de corazón de las aeronaves? —le interrogó Doc.

—Dentro de la caja fuerte que está en el cuarto de al lado —repuso Monk—. Allí están encerrados.

Doc dejó que los prisioneros se pusieran unos a otros en libertad, y penetró como una saeta en la habitación vecina. Allí estaba, en efecto, la caja de caudales.

Era un artefacto muy hermoso, moderno de construcción, pero

se abría, evidentemente, lo mismo que las puertas de las motonaves, porque carecía de pomo visible. El hombre de bronce comenzó a manipular en la puerta.

Buscaba una manera de abrirla. Sin embargo, el problema no era de fácil solución, porque carecía de herramientas a propósito. Además, la caja desafiaba todos sus esfuerzos. Estaba hecha a prueba de bomba.

Retrocedió y entró en el taller para ver si hallaba en él un instrumento que le ayudara a forzar la caja. Halló uno y fue a probarle.

Le habían inutilizado. Mientras buscaba otro, sonaron dos tiros y, a continuación, el grito de un hombre. Doc corrió a la puerta.

Por el portillo acababan de entrar tres individuos en el recinto. Ellos vieron que ocurría algo extraordinario. Poco después apareció en la ventana una de las grandes manos de Renny.

Empuñaba una pistola que, sin duda, había cogido a uno de los desarmados guardianes. Disparó el arma hasta cuatro tiros en tan rápida sucesión que se requería un oído muy fino para distinguir unos de otros.

Uno de los bandidos cayó a tierra y a rastras se alejó del portillo; los tiros le habían alcanzado. Estaba herido en las piernas.

Los otros dos retrocedieron de un salto y volvieron a cruzar el portillo. De los bosques se levantó un tumultuoso griterío. No sonaba muy lejos. Los bandidos regresaban con las manos vacías. Contra tal fuerza —lo menos eran cuarenta hombres— ¿qué podían hacer Doc y sus camaradas? El hombre de bronce salió al raso.

—¡Huyamos de aquí! —gritó a voz en cuello.

Renny apareció en el patio empuñando todavía el revólver. Iba seguido por Ham. Long Tom y Johnny. Estos dos últimos sostenían a Lanca Jaxon, que en aquel momento recobraba el conocimiento. Monk no estaba con ellos.

Doc le llamó.

Pausa. Nadie respondía.

—¡Monk! —Doc levantó la voz.

El químico simiesco apareció en la puerta de la casa. Traía consigo al cerdo.

Balbuceando, comenzó a decir: —Si me dierais dos minutos…

—¡Adelante! —exclamó Doc interrumpiéndole.

No corrieron al portillo. Los bandidos que se hallaban al otro lado podían dificultar la salida. Retrocedieron hasta llegar a la parte posterior del patio y se encaramaron a la cerca.

Doc les ayudó a levantar y pasar a la muchacha al otro lado. Como ya estaba más repuesta, ella pudo ayudarse un poco.

Cinco tiros de revólveres contribuyeron a prestar emoción a la fuga.

Al descender al otro lado del muro todos, se llevaron consigo parte del ramaje que la camuflaba. Renny sacó su lámpara de bolsillo.

—La he encontrado en el suelo —dijo con su voz tonante—, y tal vez nos sea útil.

—¡Ya lo creo! Puede salvarnos la vida —observó Doc.

Así y todo, la usaron poquísimo, de momento, pues no deseaban servir de banco a los proyectiles.

La muchacha se colocó al lado de Savage. En diversas ocasiones se cayó al suelo. Tenía la voz helada.

—He cometido una torpeza —dijo en una de ellas—, pero, la verdad, me cansé de esperar en la copa del árbol. Además me preocupaba la suerte que usted pudiera correr.

—Sin embargo, debió quedarse en ella…

—Ya lo sé. —Pegó un tropezón, pero al punto se puso de pie—. El caso es que me bajé del árbol y volví al recinto amurallado. Mientras estaba en él oí ruido de pasos. Alguien se acercaba. La persona en cuestión iba provista de una lámpara de bolsillo y a su luz vi que era el jefe que ocultaba su semblante tras de su famosa máscara de goma. Entonces me apoderé de un garrote y le asesté un golpe con él.

—¿Le ha matado usted? —interrogo Doc.

—¡Oh, no! Le tomé el pulso y vivía aún.

—¿Y qué hacía, si puede saberse?

—Ponerme su disfraz —replicó vivamente Lanca—. Pensaba poder entrar con él en el recinto y ayudar a usted, así como poner en libertad a los prisioneros antes de que me descubrieran. Yo sé fingir la voz. Oiga usted.

En efecto, adoptó una voz varonil y todavía sonaba como la de un hombre cuando añadió:

—Me dirigí a la entrada del recinto y ya iba a franquear el

umbral cuando me asestaron un golpe en la cabeza.

—Presencié la escena —confesó Doc.

Ella dejó escapar un sollozo.

—¡Qué mal me ha salido! —dijo—. Por mi culpa van a matarse todos ustedes y las cosas tomarán un giro impensado. Ya han muerto dos hombres…

—¿De veras?

—Sí. El primero fue un miembro de la banda a quien soborné para que le llevara un mensaje a Willard Spanner. Esto es fácil de comprender, porque Spanner era amigo mío, sabía que él lo era de usted y quise que se encargara de esclarecer este asunto. Por ello me pareció oportuno valerme de Spanner.

—Ah, ¿conque empezó así la cosa? —Doc la ayudó a salvar obstáculos porque la persecución arreciaba.

—Mas por lo visto espiaron a mi mensajero, le obligaron a confesarlo todo y después le asesinaron —continuó diciendo Lanca —. Luego mataron a Spanner, de cual se apoderaron primero en San Francisco y le llevaron a Nueva York, en cuya ciudad le obligaron a entregar la carta con el relato de la historia que había escrito a su casa para el caso de que le ocurriera algo malo. El sobre llevaba escrita su dirección de manera que se le hubiera entregado a la Policía si el no comparecía a reclamarlo. Oí hablar a los bandidos de este detalle.

Monk les gritó: —¡Daos prisa!

Pero Doc hizo alto de pronto:— ¡Escuchad! —exclamó.

Todos se detuvieron en mitad del camino.

—Yo también lo he oído —murmuró Monk.

# CAPÍTULO XVII

## *HOLOCAUSTO*

LO que habían oído era un gemido apenas perceptible, que parecía venir de los cielos. El gemido se mantuvo vibrando un instante, luego cesó. Al escucharlo, Doc dejó escapar un grito singular, exótico, fantástico; se lo arrancaba, en ocasiones, una idea súbita, una sorpresa violenta, una emoción inesperada. Era un grito claro distinto, prolongado. Luego se colocó de un prodigioso salto junto al químico.

—¿Qué te da? —quiso saber Monk.

—Sepamos: ¿qué es lo que estabas haciendo cuando te llamé hace poco en el recinto? —le interrogó Doc.

—Ah, pues… sí… me hallaba junto a la emisora —balbuceó Monk, a quien había dejado sin aliento el acento imperioso de su jefe.

—¿Y qué hacías si puede saberse?

Monk dejó caer el cerdo al suelo. ¿Qué torpeza sería la que había cometido?

—Lanzaba a los cuatro vientos una demanda de socorro, SOS.. SOS… —explicó—, pensando que tal vez la oyeran y avisaran a la Policía. Perdona que no te lo haya dicho antes, porque tal era mi intención.

—¿Y has dejado puesto el trasmisor? —tornó a preguntar Doc con una calma estudiada.

—Naturalmente, ¿por qué no?

Pasó largo rato antes de que le contestara el hombre de bronce y durante el intervalo cesó el rumor de la persecución, indicando que los bandidos habían oído también el gemido precedente del espacio y que interpretaban justamente su significado.

—Sin duda no sabéis —explicó a su camaradas Doc Savage—, que Leases Moore y Quince Randweil han convenido con sus amigos de la banda que dejaran caer nitroglicerina en el recinto a una señal de la radio.

Monk repuso gozosamente:

—¡Excelente idea! Que dejen caer la nitroglicerina y borrarán del mapa esos talleres. ¡Cuantísimo me alegraría!

Pero Doc no opinaba lo mismo. Prestó atento oído.

Los gritos de sus perseguidores se iban debilitando e iban diciendo:

—¡Sobre nuestras cabezas, en una de las bolas, se encuentran a la sazón Moore y Quince Randweil! Volvamos al recinto.

—Eso es —dijo otro—. Pronto se hará de día y podremos entrar en las aeronaves. Entonces perseguiremos con más éxito a ese Savage y le rociaremos de gas. Tal vez logremos también localizar a Moore y Randweil.

Doc abandonó bruscamente el grupo compuesto por sus camaradas. Avanzó deprisa porque los bandidos se retiraban ya, si no le engañaba el oído.

—¡Eh, tunantes! —les gritó.

Ellos se detuvieron. Guardaron súbito silencio. Uno replicó: —¿Qué hay?

—Os habla Doc Savage.

—Conocemos tu voz. ¿Qué se te ofrece?

Doc titubeó. En otras ocasiones había ya afrontado el mismo problema. ¿Para salvar su vida, la de sus camaradas, debía permitir que muriesen otras personas? No. Iba contra sus convicciones —inquebrantables, por cierto—, contra la norma de su vida, consentir que se les arrancara la existencia a seres humanos, si posiblemente había una manera de evitarlo.

Por ello mismo se decidió a actuar tal y conforme lo tenía pensado.

—No volváis al cercado —dijo a sus enemigos—, porque Moore piensa rociarle, desde el aire, de nitroglicerina.

Un silencio preñado de asombro se extendió por el bosque en tinieblas.

La quietud duró un momento y hacia el fin del intervalo Doc estaba mirando, no al punto donde permanecían, extáticos, los

bandidos, sino a lo alto.

Justamente tenía clavada la vista en aquella parte de cielo que ese extendía sobre el recinto amurallado. Éste estaba ahora iluminado porque en su excitación lo habían encendido todo los bandidos.

La luz de las bombillas era tan potente, que esclarecían un radio muy amplio en torno de la casa. Sobre ella se cernía un objeto plateado que oscilaba levemente de arriba abajo.

Como lo denunciaba, tan sólo, el pálido fulgor procedente de los talleres, habían pasado inadvertido hasta entonces.

¡Era le vehículo mandado por Leases Moore y Quince Randweil!

—Es un ardid. Lo que ese pretende es que no volvamos a la casa —chilló uno de los bandidos.

Sus compañeros reanudaron la carrera y aun cuando Savage tornó a advertirles, ya no le hicieron caos. Entonces guardó silencio y se quedó inmóvil en el punto mismo que ocupaba.

Comenzaba a apoderarse de él una ansiedad muy desagradable.

Renny se le acercó empuñando la lámpara.

—Tu aviso les ha servido de poco —comentó en tono seco.

Doc no le contestó, los otros miembros del grupo se aproximaron.

La aeronave continuaba oscilando, sobre el cercado, como si sus mandos no estuvieran perfeccionados lo bastante para mantenerla en una absoluta inmovilidad.

Entonces sonó el estampido de un rifle, al cual sucedieron otros más. Y una ametralladora inició su rápido tableteo.

Desde el interior de la casa tiraban sobre la aeronave para obligarla a retirarse. Los tiros sueltos se iban convirtiendo, empero, en una descarga continua. De pronto surgió un círculo de luz en la superficie de la bola.

Era que se había abierto en ella una escotilla. Debajo se dibujó un objeto oscuro, pequeño, que caía rápidamente.

Por su tamaño se asemejaba a un osezno. Otro objeto le sucedió y luego otro, y otro, hasta cinco. Los cinco estaban en el aire cuando tocó tierra el que primero fuera lanzado. Intensa claridad se esparció por el bosque al estatal la nitroglicerina, tembló la tierra y se estremeció y cayeron algunos árboles.

El viento levantado por la explosión llegó hasta el punto

ocupado por el grupo de los liberados cautivos, les derribó y los temblores de tierra les hicieron rodar por el suelo como por efecto de un terremoto.

Del cercado no se había escapado grupo alguno. Era muy posible que no viviera hombre alguno para gemir tras de la catástrofe.

Nubes de polvo, lenguas de fuego, se levantaban hasta el cielo y no obstante su volumen considerable, ocultaron la aeronave a los ojos de los supervivientes.

Parecía invisible, como perdida en la oscuridad de la noche. La caída de los escombros originaba un verdadero e incesante rugido; ella añadía combustible al cercado en llamas, del que se desprendía una persistente columna de humo negro.

—¡Cuidado con el tanque de la gasolina! —balbuceó Lanca Jaxon.

Y después ya no se habló más.

Las aeronaves encerradas en el patio cercado habían sido destrozadas, hechas trizas por la explosión y nuestros amigos no podían verlas.

El humo se extendía en todas direcciones, semejante a un hongo colosal, y la luz del incendio saltaba por encima jugueteando como duendecillos vestidos de escarlata sobre un banco de vapor tenebroso.

Doc dijo: —Opino que debíamos hacer algo.

Mas, antes de que pudieran dar un paso, sonó en lo alto una especie de sollozo, lo mismo que si un murciélago gigante cruzara raudo los espacios, junto a ellos, y de súbito distinguieron sobre sus cabezas la bola de Moore y de Randweil.

—¡Van a atacarnos! —exclamó Monk.

Justamente se hallaban, a la sazón, en un claro del bosque, iluminados de lleno por el resplandor del incendio. Doc extendió un brazo y empujó a sus camaradas en dirección del árbol más próximo.

Luego tomó en sus brazos a Lanca, que aun no estaba en disposición de correr. En cuanto les hubo ocultado el follaje les instó el hombre de bronce a que se corrieran a la izquierda.

En aquel punto había un montón de ramas caídas.

—Colocaos debajo —les aconsejó.

Ellos le obedecieron. Trascurrió uno, dos minutos. Luego se

levantó el terreno bajo sus pies, les ensordeció el tímpano una explosión aterradora y el espacio asumió un matiz cárdeno, encendido, cual si acabara de caer un rayo. En torno de ellos llovían menudos fragmentos con un sonido igual al que hubiera producido un ejército de ratas que correteara por el bosque.

—Han arrojado más nitro —aulló Renny—. Sin duda intentan acabar con nosotros.

Las ramas que les cobijaban se habían corrido un poco, y a través de ellas y mirando a lo alto, vió Doc la esfera de la escotilla abierta como un ojo redondo y sanguinolento.

Por ellas asomaba medio cuerpo un individuo graso de anchos hombros —Quince Randweil, sin duda— y miraba al suelo.

Todos le vieron mover un brazo y gritarle algo a la persona que tenía a su espalda. Les había visto y pedía a Moore, que asumía el mando de la nave, que colocara la bola justamente encima de sus cabezas.

Luego se hizo atrás de momento, y cuando reapareció empuñaba un recipiente lleno de nitro que parecía tan grande como una bota de vino.

Costábale trabajo sostenerlo en vilo, más, inclinado el cuerpo hacia delante, se preparó a arrojarla al vacío.

Monk dijo con seca voz aguda: —Ham, puesto que vamos a morir, deseo presentarte mis excusas. Me he reído mucho de ti...

Ham murmuró: —Pedazo de animal, no me hagas...

Doc le atajó diciendo vivamente:

—¡Renny! Puesto que llevas un revólver...

¡Pum! Hizo aquel a su espalda. El sonido se repitió en el espacio sólo que infinitamente más fuerte. Fue un sonido indescriptible.

Doc, que miraba a la sazón a la bola y a Randweil comprendió lo que acababa de ocurrir. Había explotado el nitro que el bribón tenía ente las manos.

Poco antes estaba allí la esfera; ahora ya no estaba. Las pupilas de Doc reflejaron intenso dolor y la compresión del peligro inminente que se iba a cernir sobre ellos en cuanto comenzaran a caer los fragmentos de la motonave.

Por ello no se dio cuenta del tiempo trascurrido hasta que habló uno de sus compañeros. La voz de Renny fue la que le dijo en son de excusa: —Oye, Doc; mi intención no era hacer lo que has visto.

Se cambiaba de una mano a otra el revólver humeante que sin duda estaba muy caliente todavía, y miró a Doc con aflicción.

—¿Qué podía yo hacer? —murmuró.

—Nada —le contestó Doc.

—Pero no pretendí tocar el nitro —protestó Renny—. ¡De verdad que no! Mi idea era rozar a Randweil con el proyectil para asustarle y obligarle a renunciar a su intento de arrojar la carga de nitro sobre nosotros. Pero hay tan poca luz que no es posible afirmar la puntería.

—Pues no lo has hecho mal del todo —insinuó Monk, que revelaba instintos sanguinarios en ciertas ocasiones.

—No es posible tirar bien en estas condicione —siguió diciendo Renny—. Desde luego me he precipitado. Ahora comprendo que lo que Doc deseaba era que le entregara yo el arma. ¿Eh, Doc?

—Sí, Renny —replicó el hombre de bronce—. Pero, marchemos. Quiero ver si se puede hacer algo en el cercado.

Evidentemente no se podía hacer nada. Ello saltaba a la vista y lo comprendieron en cuanto se hubiera acercado a él.

La explosión originada por la nitroglicerina había sido espantosa y había destrozado no solamente los cuatro vehículos aéreos, sino asimismo el tanque y los talleres de construcción.

Sobre ellos debió caer uno de los proyectiles si no cayeron más, porque de ellos quedaban solamente fragmentos retorcidos de acero o pedazos de madera.

Incluso las paredes de la cerca habíanse desmenuzado de manera increíble.

Doc no se paró a buscar la caja de caudales. No esperaba que hubiera quedado nada de ella, porque justamente ardía la habitación donde se encontraba y de ella se desprendía el calor ardiente de un horno.

El suelo de la fragua se había hundido mucho y la depresión que ahora formaba estaba llena de la gasolina que se había salido del tanque.

Así no cabía suponer que se hubieran salvado del desastre los “corazones” de las aeronaves, el mecanismo de los cuales era el secreto de su maravilloso funcionamiento.

—¡Por el toro sagrado! —exclamó tristemente Renny—. Me parece que de hoy en adelante nadie conocerá cómo funcionaban

esas esferas.

Doc aprobó la exclamación meneando con pausado ademán la cabeza.

Desde luego procedería a hacer una investigación, pero le parecía dudoso que ella pudiera resolver el secreto que tanto deseara averiguar.

Quizá la casualidad le ayudara a descubrir alguna nueva teoría, pero nada más. De todos modos estaba decidido a trabajar sin descanso por espacio de unos meses.

Monk separó los ojos de las llamas visiblemente afectado.

—¡Debimos caer antes en ello! —observó.

—¿Caer en qué? —quiso saber Renny.

—En que aquí, Lanca Jaxon, derribó a tierra al jefe de la banda, asestándole un golpe en la cabeza —explicó Monk—. Ella dice que le dejó privado de conocimiento. Tal vez esté por ahí. Si así fuera podríamos cogerle y hacerle decir…

—No se haga ilusiones —replicó con voz velada Lanca Jaxon.

Monk la miró, perplejo.

—¿Por qué?

—Sencillamente, porque le dejé junto al muro del cercado —replicó ella—, y ha debido matarle la explosión. Estoy segura de ello.

Monk se sumió de nuevo en sombras reflexiones, mas caso al punto se apoderó de él otra idea.

—¿A quien dejó usted sin sentido?

—¡A Stunted, al bribón de Stunted! —replicó Lanca.

Renny lanzó una exclamación con su voz estentórea.

**FIN**

Título original: *The Secret In The Sky*